

Revista de la Facultad de Filosofía  
y Letras de la UNAM

# UTOPIAS

Número

1

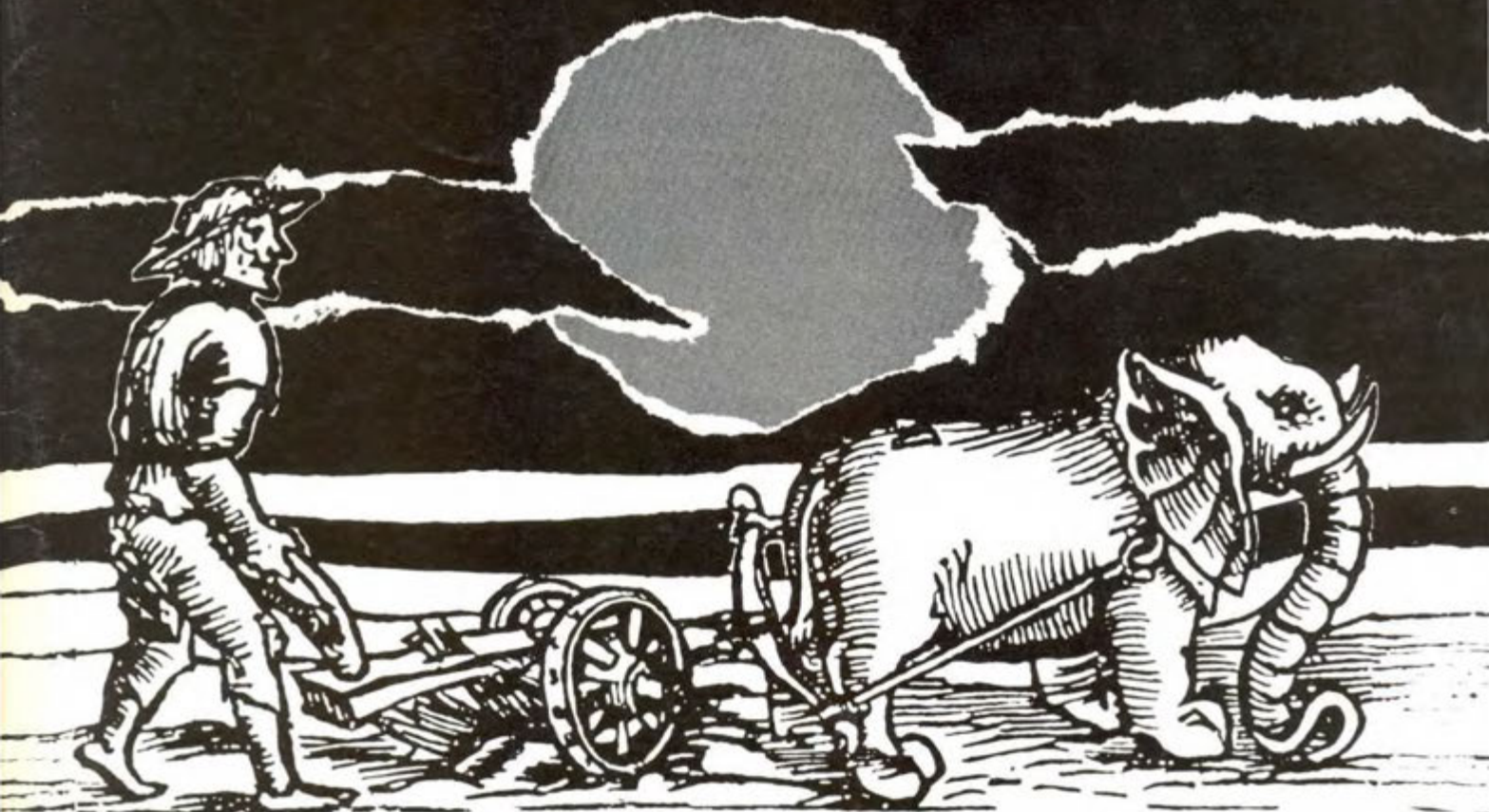
Marzo-abril  
de 1989

**Isaiah Berlin: *La búsqueda del ideal***

**Fernando del Paso: *Un siglo y dos imperios***

**Adolfo Sánchez Vázquez: *Universidad y política***

**Helio Jaguaribe: *América Latina y el mundo***



Juan José Arreola/*Su López Velarde* □ José Jiménez/*Fritz J. Raddatz/Los años locos de Berlín* □ Gonzalo Celorio/*César Vallejo* □ Dossier: *El Congreso Constituyente de 1857*  
□ *Carlos Pereyra entre nosotros*

4 mil pesos

# X FERIA INTERNACIONAL DEL LIBRO



palacio de minería

**méxico**

X international book fair in mexico  
X foire internationale du livre au mexique

**del 4 al 12 de marzo de 1989  
en el palacio de minería,  
ciudad de méxico**

organiza  
**universidad nacional autónoma de méxico**  
a través de  
**facultad de ingeniería, unam**  
**coordinación de humanidades, unam**  
**coordinación de difusión cultural, unam**  
**cámara nacional de la industria editorial mexicana**



información information: tacuba no. 5 méxico -06000,d.f.  
teis: 512-87-23 y 521-46-87 télex: 1777429 unamme apartado postal 20-515 méxico 01000,d.f.



## *Universidad de México*

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Enero, 1989

456

- ◆ *Sandro Penna* ◆ *Giovani Testori* ◆ *Amelia Rosselli*  
◆ *Sebastiano Vassalli* ◆ *Leonardo Sinisgalli* ◆ *Vittorio Sereni*  
◆ *Antonio Porta* ◆ *Mario Luzi* ◆ *Edoardo Sanguineti*  
◆ *Dino Campana* ◆ *Franco Fortini:*

### *LA OTRA CARA DE LA LUNA*

Edificio anexo a la antigua Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, primer piso, Ciudad Universitaria  
Apartado postal 70 288, 04510 México, D.F. Tels: 550-5559 y 548-4352

- Suscripción  
 Renovación

- Adjunto cheque o giro postal por la cantidad de *veinticinco mil pesos 00/100 moneda nacional*  
 Adjunto cheque por la cantidad de 90 Dlls. U.S. Cy. (cuota para el extranjero)

Nombre

Dirección

Colonia

Ciudad

Estado

País

Teléfono

# UTOPIAS

□ Número 1 □ Marzo-abril de 1989

Director: Arturo Azuela

Subdirectores: Cesáreo Morales,  
Carlos Pereyra (†)

Consejo editorial: Juan José Arreola, Etienne Balibar, Rubén Bonifaz Nuño, Michelangelo Bovero, Tomás Brody (†), Horacio Cerutti, Salvador Elizondo, Sergio Fernández, Maurizio Ferraris, Víctor Flores Olea, Gabriel García Márquez, Pablo González Casanova, Luisa Josefina Hernández, Miguel León-Portilla, Juan Miguel Lope Blanch, Carlos Monsiváis, Eduardo Nicol, Edmundo O'Gorman, Juan Ortega y Medina, Federico Ortiz Quesada, Ludolfo Paramio, Sergio Pitol, Adolfo Sánchez Vázquez, Gianni Vattimo, Luis Villoro, Leopoldo Zea

Consejo de redacción: Herman Bellinghausen, Gerardo de la Fuente Lora, Francisco Noriega, Juan Meléndez

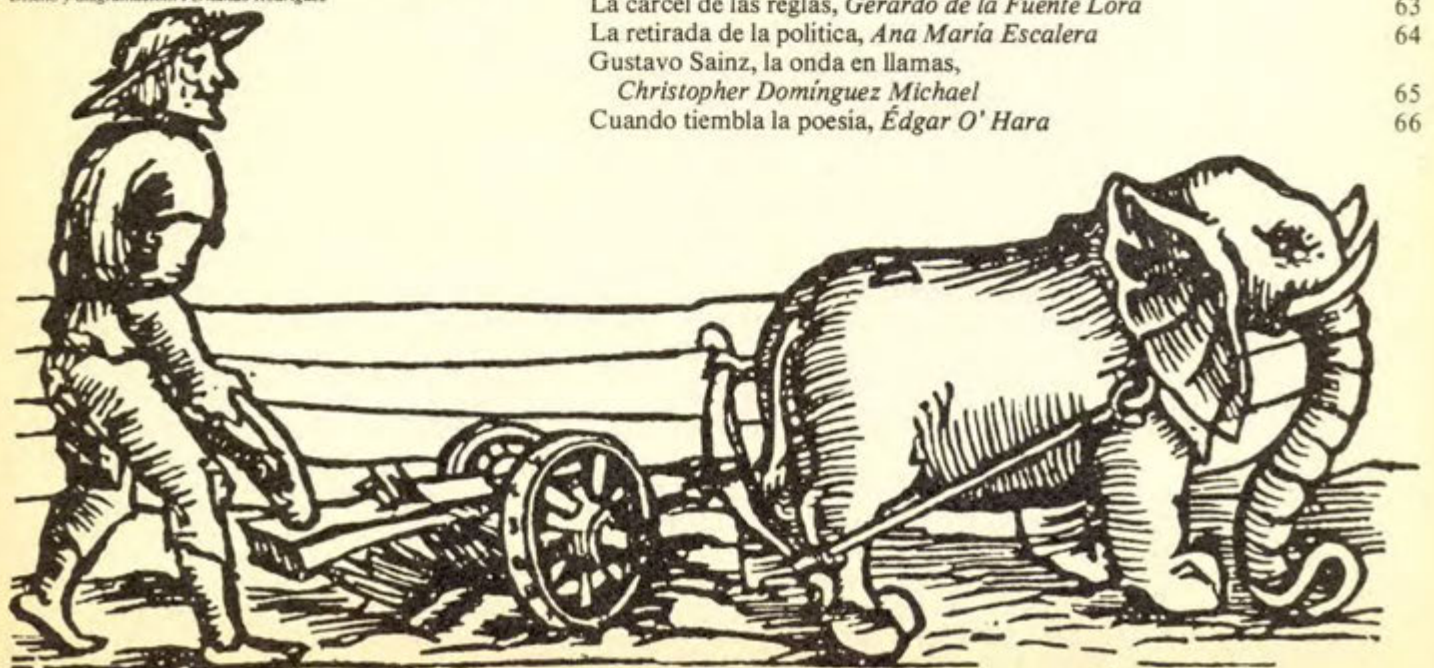
Coordinadores: Esther Cohen, Horacio Costa, Elsa Cross, Fernando Danel, Elisabetta Di Castro, Ana María Escalera, Ana Mari Gomis, César González, Malena Mijares, Manuel Ulacia

Administración general: Juan Meléndez

Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM  
Secretaría General  
Ciudad Universitaria; Coyoacán; 04510 México, D.F.  
Teléfono 548 14 52

Producción editorial: *Equipo Editor, S.C.*; Ámsterdam, 33-B, primer piso; colonia Hipódromo; 06100 México, D.F.; teléfonos 533 39 02 y 211 86 86  
Cuidado de la edición: *María del Carmen Merodio y Miguel Ángel Guzmán*  
Diseño y diagramación: *Fernando Rodríguez*

<b>Liminar</b>	2
Claridad de Carlos Pereyra, <i>David Huerta</i> A Carlos Pereyra, <i>Griselda Gutiérrez Castañeda</i>	3 5
<b>Cuestiones de teoría</b>	
La búsqueda del ideal, <i>Isaiah Berlin</i> América Latina ante el desafío de la marginación, <i>Helio Jaguaribe</i>	6 12
<b>El acontecimiento</b>	
Universidad, sociedad y política, <i>Adolfo Sánchez Vázquez</i> El futuro de la UNAM, <i>Carlos Muñoz Izquierdo</i>	22 28
<b>Cultura y crítica</b>	
Cambio e inmovilidad/ Un siglo y dos imperios, <i>Fernando del Paso</i> 15 de junio: Ramón López Velarde, <i>Juan José Arreola</i> <i>Los años locos de Berlín</i> La vida como azar/ Espacio y tiempo históricos en la Alemania del primer tercio del siglo, <i>José Jiménez</i> Ensayo sobre la diacronía, <i>Fritz J. Raddatz</i> César Vallejo/ La tradición subvertida, <i>Gonzalo Celorio</i>	33 38 41 48 51
<b>Dossier</b>	
Congreso del 57/ Una utopía ciudadana	55
<b>Libros e información</b>	
La cárcel de las reglas, <i>Gerardo de la Fuente Lora</i> La retirada de la política, <i>Ana María Escalera</i> Gustavo Sainz, la onda en llamas, <i>Christopher Domínguez Michael</i> Cuando tiembla la poesía, <i>Édgar O' Hara</i>	63 64 65 66



# Liminar



Nuestros tiempos, todo lo indica, son de transición. ¿Hacia qué? No lo sabemos. Por lo pronto, tres revoluciones nos envuelven con sus retos y desafíos. La mundialización de la economía, que acaba, casi, con los límites de la nación. Una nueva revolución tecnológica en la que el conocimiento adquiere el rango de primera fuerza productiva. Finalmente, las exigencias de mayor autonomía individual y de mejores reglas para la interacción social que aseguren el logro de una justicia más acabada, interpretada ésta como imparcialidad en el sentido rawlsiano, nos llevan a una verdadera revolución política, cuya consecuencia inmediata más importante es la *refundación* de la democracia.

Tres despliegues que, al transformar la razón y el campo entero de la praxis, acaban con todas nuestras viejas certidumbres. Triple deriva que nos acerca al abismo de la inconmensurabilidad del hombre. Nuestro mundo nos aparece complejo y exigiendo cada día la decisión que lo recrea. Estamos en y ante la posmodernidad. Es el fin de las grandes utopías: la exigencia de una verdad perfectamente demostrada cede su lugar a la contrastación de verdades incompletas y transitorias; la búsqueda de la transparencia total del poder se convierte en intercambio de argumentos cada vez más rigurosos; la promesa de un mundo perfecto se cambia por la de la mejor sociedad posible.

Los grandes ideales, monolíticos y autoritarios, se derrumban uno tras otro: el del mercado como orden natural de la justicia; el del socialismo como utopía

impuesta; el del Estado como encarnación del bien público. Llegó el tiempo del pluralismo y de la competencia, aun entre los dioses. El mercado requiere la política y ésta el mercado. La dimensión experimental de la democracia presenta nuevos desafíos tanto al socialismo como al capitalismo. El Estado ha de reformarse atendiendo a las demandas de la sociedad.

Por eso, nuestra tarea, la de todos, es proponer horizontes consensuales y posibilistas en los distintos campos que reclaman nuestra acción: México, que vive esta transición democratizadora alentada por el pluralismo y la competencia política; la Universidad, urgida de profundas reformas; América Latina, buscando una reinserción más eficiente en la economía mundial.

Necesitamos que las ideas circulen, todas, sin exclusiones, y que se discuta abierta y ampliamente en torno a ellas. Desde distintos lugares y a través de diferentes revistas ese trabajo ha comenzado en México hace tiempo. *Utopías* se une ahora a esa labor, llevando al campo de la opinión pública los trabajos y la reflexión de los profesores de la Facultad de Filosofía y Letras.

Siguiendo su rica tradición cultural, la Facultad se abre una vez más a la sociedad para participar en los debates actuales, criticar y hacer propuestas; esperando que, a su vez, las inquietudes de la sociedad traigan nuevo vigor a nuestras actividades diarias.

Los retos que enfrentamos piden, como en los tiempos de Spinoza, una "reforma del entendimiento"; la Facultad de Filosofía y Letras ha de ponerse a la altura de esa tarea.

# Claridad de Carlos Pereyra

David Huerta

Carlos Pereyra era un pensador infatigable. Lo era de las dos maneras productivamente complementarias en que, creemos, hay que serlo: producía ideas sin cesar y tenía la capacidad y la fuerza para comunicarlas, en la cátedra y en la página impresa. Al mismo tiempo, era también un estudioso que no se daba ningún descanso: leía con rigor y con abundancia. Poseía una sólida ética de trabajo, que se reflejaba —como han escrito sus colegas del diario *La Jornada*— hasta en los originales mecanográficos que entregaba a la imprenta, siempre impecables...

Con lo dicho hasta aquí podría componerse el retrato de un intelectual responsable y trabajador, pero quizá no muy original. Pereyra era, en cambio, sumamente original. ¿En qué consistía, entonces, su originalidad? En revisar continuamente las ideas, confrontarlas, discutir las, desecharlas si tal era el caso, negarlas si ésa era la exigencia o combinarlas con otras para producir nuevas luces, nuevos espacios de reflexión. El pensamiento no era para él esa entidad espiritual elevada o esa máquina limpia que, contra el fondo de una blancura sin mancha, proyectara los rasgos inteligibles de la abstracción; el pensamiento era para Carlos Pereyra un hecho impuro del mundo, la expresión de tensiones y desahogos sin cuento, el campo mismo donde la materia se cumple y se diversifica. Ahí, en el pensamiento, tenía todo su sentido la dimensión materialista, estricta y plenamente política de su tarea intelectual. La política estaba en el centro continuo que se desplazaba en los textos de Pereyra, en diferentes puntos nodales que configuraban temas del poder: sindicatos, elecciones, luchas obreras, universidades, el Estado, la violencia, el autoritarismo, la izquierda, el marxismo, la historia. Esos temas eran el mundo para Pereyra; eran la política; eran el sentido mismo de sus actividades y el cauce de sus inquietudes. En esos temas se reconocía y contribuía a que nosotros, sus lectores, nos reconociéramos en una permanente discusión —lo que quiere decir que entendía cabalmente que, para ponerlo en términos de Nietzsche, hay que conseguir algo en cada momento de todo proceso, sin la opresión del finalismo, sin el autoritarismo de los fines.

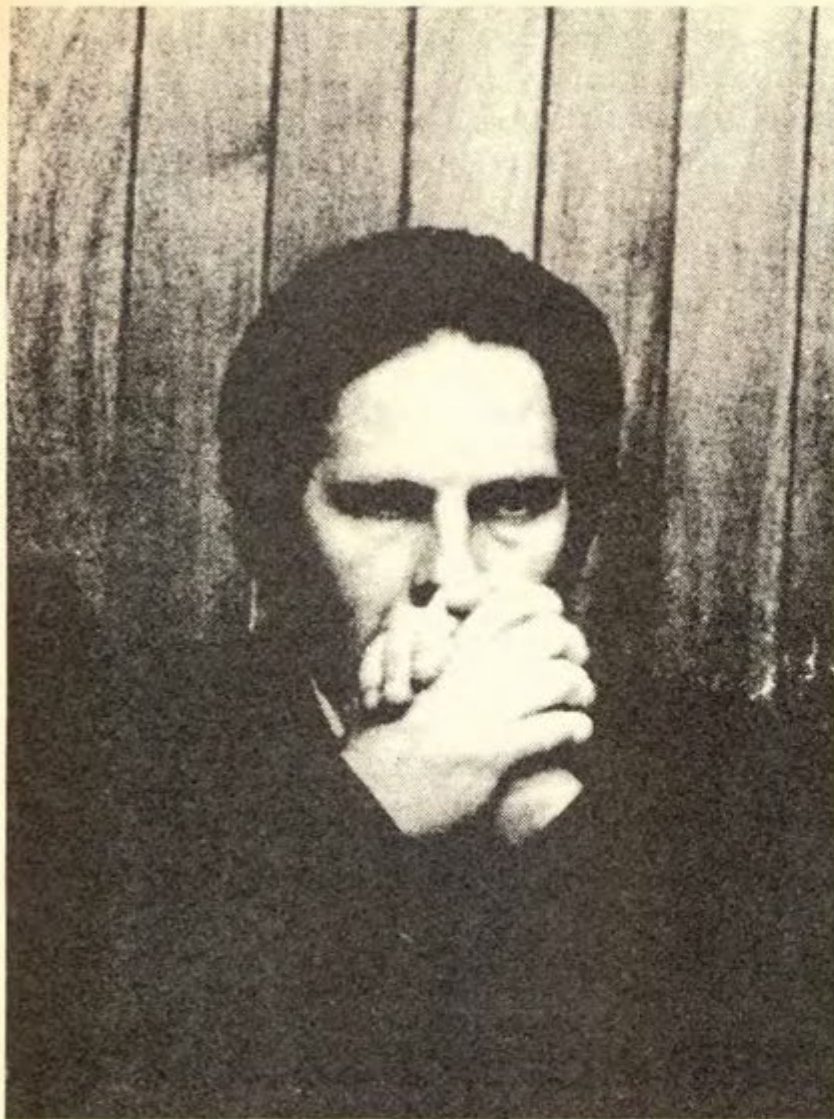
Desde su adolescencia se interesó por la

filosofía y, en general, por las elaboraciones teóricas que iba descubriendo, cabe suponer, fascinado e intrigado, en las páginas de los libros. Entre sus amigos y compañeros de generación —muchos de ellos, más tarde, colegas o compañeros de lucha—, pronto destacó como uno de los que, gracias a la asiduidad y el método, se iban formando una preparación más sólida, más fundamentada y documentada. Algo tenía que ver con esto su larga temporada en el Colegio Alemán. Para pensadores como Pereyra, leer y estudiar eran actividades tan vitales y decisivas como respirar. No se apartó nunca, empero, de la expresión oral: de ahí su excelencia como profesor en las aulas de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional. El marxismo fue su preocupación y su pasión desde los primeros años de estudio hasta el final.

¿Cómo veía Carlos Pereyra el marxismo; cómo lo pensaba y lo ponía en funcionamiento? Lo veía, acaso, como una eficaz composición del mundo, de las fuerzas e inercias que en todo momento y lugar se despliegan: una composición eficaz en el sentido, precisamente, de que permite *pensar* o empezar a pensar lo que es y lo que ocurre, el acto y el fundamento, los principios y los efectos, las vicisitudes y las permanencias o, al menos, las regularidades, en todo su dinamismo y con toda su complejidad.

Pereyra sabía ciertamente poner el marxismo en funcionamiento, en marcha: era una vía de la escritura reflexiva y analítica. De ahí su elección del periodismo editorial, hace ya lustros, para poner en circulación sus proposiciones y sus tesis. Más que una forma de plasmar opiniones, discursos retóricos o de mera *actualidad*, como suele ocurrir en el terreno de ese género urgente, Pereyra consideraba el artículo editorial como una herramienta para dirimir las cuestiones más apremiantes que le dan forma y sentido a la historia inmediata, pieza clave de la historia mayor, punto de confluencia del pasado y el presente en perpetua elaboración del porvenir.

Concentró sus energías de escritor en las páginas de los periódicos y revistas; su bibliografía, por ello, no es muy abundante. Es una lástima, porque Pereyra poseía indudablemente los dones para desplegar, en textos de mucho mayor aliento que el que permite



el artículo editorial, sus energías intelectuales, su rigor crítico.

Pereyra escribía a mano con una letra diminuta y absolutamente clara; corregía poco o nada sus originales, que luego pasaba a máquina a una velocidad pasmosa, pues era un mecanógrafo consumado. Toda esa parte instrumental de su trabajo reflejaba la nitidez y el orden de su pensamiento, el cuidado de su reflexión, las minuciosas etapas que iba cubriendo hasta darle relieve y viabilidad expresiva a sus ideas. El texto era para él una especie de lugar de confrontaciones; no le interesaba mayormente el brillo literario pero, no obstante, su escritura, debido a su concentración, capturaba con facilidad la atención de los lectores. Tuvo muchos y fieles, sobre todo entre quienes se interesan por la vida social y política de México. No temía las opiniones adversas, pero solía irritarlo sobremedida esa mezcla letal de tontería e ignorancia que recurre con puntualidad en el debate político, sobre todo en los dichos de sedicentes radicales.

Una fotografía de Rogelio Cuéllar publicada al día siguiente de su sepelio muestra a Carlos Pereyra en una pose típica: con las manos enlazadas, como de quien ora, apoyadas en la boca, que adivinamos cerrada con fuerza; con la mirada aguda, muy afilada. Es una hermosa fotografía. Pereyra era un hombre con un amplio registro emocional, pero predominaba en su carácter la nota austera, y aun en ocasiones, adusta, lo cual se refleja muy bien en la fotografía de Cuéllar. Pero más que austera o adusta, la mirada de Pereyra en esa imagen detenida es la de un hombre que sabía perfectamente entrar en sí mismo, que conocía los senderos de su propio ser para adentrarse en el pensamiento. No lo hacía para emprender la lírica búsqueda de una interioridad transparente o de una *esencia espiritual* o psicológica, sino que lo hacía en una suerte de repliegue táctico, para observar el mundo con todas las armas críticas a su disposición. No era la suya una mirada fría, ni mucho menos distante: era una mirada concentrada, que situaba en un haz de percepciones los motivos del análisis. Así podía abarcar y sintetizar a la vez.

En esa fotografía, Pereyra tiene la mirada de un guerrero, no en el sentido de quien desea destruir o conquistar; más bien en el sentido de un hombre templado, alerta, que percibe el mundo en toda su anchura y en toda su profundidad. Y que percibe lo circundante *en relación con todo*. No siempre es fácil evitar los riesgos de la dureza inmóvil cuando uno se concentra tanto como Pereyra en esa fotografía —pero él conservaba, evidentemente, una disponibilidad flexible, una ductilidad y una fluidez en verdad admirables—. En la mirada se resolvían las tensiones del pensamiento analítico de Carlos Pereyra. Una mirada que recorría los textos, el devenir de las comunidades, la discusión interminable de los temas que desembocan en la transformación de las sociedades.

Estoy convencido de que Carlos Pereyra era un revolucionario en el simple y llano sentido de que creía que las cosas pueden y deben estar mejor de lo que están. Actuaba en consecuencia con esa convicción: como profesor, como filósofo, como periodista, como militante.

Da un poco de pena poner aquí una fórmula descriptiva que hubiera provocado el desacuerdo ceñudo de Pereyra, pero no tiene remedio: en esa fotografía su semblante tiene el irresistible dejo de un maestro de budismo zen.

# A Carlos Pereyra

Griselda Gutiérrez Castañeda

**T**uti, ¿cómo ves lo de Cárdenas?  
—¿Y lo del Congreso Universitario?  
—¿Qué te parece si organizamos este ciclo de conferencias?

Son preguntas que compañeros, colegas y alumnos hacíamos a Pereyra con la confianza que se tiene en la brújula, seguros de que apunta siempre al norte, a la sensatez y al juicio ponderado.

No era casual que despertara en tantos esta confianza; la forma en que encaraba sus distintos quehaceres profesionales nos daba elementos de sobra.

En el caso de la filosofía, son muchos los que aceptan la premisa de que la fuente de su riqueza y sentido se sitúa fuera de ésta, pero pocos los que se entregan al estudio de la realidad social y política con la disciplina ejemplar con que Pereyra lo hizo, consciente de que éste era el mejor antidoto contra las construcciones de pensamiento especulativas y estériles. Como testimonio nos quedan sus innumerables ensayos filosóficos y sus libros *Configuraciones: teoría e historia*, *Violencia y política* y *El sujeto de la historia*.

Su labor filosófica respetó siempre las reglas del juego: la delimitación correcta de los problemas, la pulcra utilización de los argumentos y la claridad conceptual y expositiva, que le dan toda su fuerza al poder de la crítica.

Reglas que manejó con maestría, dándole cabal cumplimiento a una de sus principales preocupaciones, la proyección de la filosofía en el ámbito social, que en su caso tenía por sustento un claro compromiso político con las causas democráticas, el cual mantuvo firme desde sus años juveniles hasta sus últimos días.

Estas preocupaciones lo hacían un estudioso ávido, dispuesto siempre a conocer nuevos planteamientos y corrientes de pensamiento, en aras de configurar alternativas para la filosofía a tono con los tiempos.

Esta apertura nunca lo hizo presa fácil de las modas, ni lo llevó a caer en eclecticismos; fue ante todo gente de principios y firmes convicciones, aunque enemigo siempre de los dogmatismos y las ortodoxias.

Así, a quienes como sus alumnos nos inició en el estudio de la filosofía política y de la historia,

nos enseñó a valorar el papel de la lectura directa de los clásicos en la cual él se había formado, pero también nos introdujo a los debates contemporáneos, ya que fue uno de los primeros difusores en nuestro medio del marxismo francés, así como del italiano. Y en todo momento nos enseñó, con el ejemplo, la importancia de hacer una lectura sin concesiones, ni a principios de autoridad, ni a la cerrazón de las escuelas.

Su profundo conocimiento del carácter complejo y plural de las luchas sociales y de la mecánica de las instituciones políticas le permitió captar la profundidad de la crisis teórica y política del discurso clásico de la izquierda. De ahí su visión eminentemente realista, pero no por ello menos proyectiva, de las posibilidades de juego, su escepticismo respecto a las perspectivas de los nuevos movimientos sociales o formas espontáneas de lucha, al margen de la construcción de un sistema de partidos, en aras de configurar nuevas formas de hegemonía.

Eran muchas las enseñanzas que Pereyra nos ofrecía como filósofo, hombre de partido, periodista y analista político: a nuestras certezas oponer el recurso de la duda; a la necedad, la improvisación, el espontaneísmo o la ingenuidad, el recurso del juicio ponderado, la aplicación disciplinada y el uso consistente y riguroso de la racionalidad.

Para quienes circunstancialmente compartíamos los mismos espacios de trabajo, su tesón y entrega diligente representaban un principio de orden.

Hay para quienes, desde sus viejos radicalismos, representó un principio de realidad.

Y a quienes nos significaba un punto de referencia y una opinión de consulta obligada, entre café y café, ironía y sarcasmo, nos deja con nuestras preguntas abiertas y con un doble reto: crecer por cuenta propia y curarnos de su ausencia.

# La búsqueda del ideal

Isaiah Berlin

Quiero comenzar expresando mi profundo agradecimiento por el gran honor que la Fundación Giovanni Agnelli me ha concedido. He notado con admiración que en Italia se tiende a prestar mayor atención a la vida intelectual que en cualquier otro sitio. Esto es cierto no sólo en el caso de las revistas especializadas y similares, sino también en la prensa diaria. Sólo puedo decir que estoy agradecido y orgulloso de ser un beneficiario de esta actitud tan sinceramente ilustrada.

Si entiendo correctamente el propósito de la Fundación, ésta desea recalcar la especial importancia de las ideas éticas en el mundo en que vivimos. Sin duda, esto es lo correcto. Existen, a mi modo de ver, dos factores que por encima de los demás han delineado la historia humana en este siglo: uno es el desarrollo de las ciencias naturales y la tecnología, ciertamente el más grande discurso de éxito en nuestro tiempo; a este factor se le ha prestado una atención mayor y creciente en todos los ámbitos. El otro factor, sin duda, consiste en las grandes tormentas ideológicas que han alterado virtualmente la vida de toda la humanidad: la revolución rusa y sus secuelas, las tiranías totalitarias tanto de derecha como de izquierda, y las explosiones de nacionalismo, racismo y, en ciertos lugares, de fanatismo religioso que curiosamente ninguno de los más perceptivos pensadores sociales del siglo XIX pudo predecir jamás.

Cuando nuestros descendientes se aproximen a nuestra era, dentro de dos o tres siglos (si la humanidad sobrevive hasta entonces), creo que estos dos fenómenos serán considerados como las características sobresalientes de nuestro siglo y como los que necesiten más explicación y análisis. Sin embargo, es conveniente reconocer que estos grandes movimientos comenzaron por ser ideas en las cabezas de la gente: ideas acerca de lo que las relaciones entre los hombres han sido, son y podían ser, y de lo que deberían ser; reconocamos también cómo ellas se han transformado en el nombre de una visión de la meta suprema en las mentes de los líderes, entre los profetas se-

guidos por ejércitos. Estas ideas son la sustancia de lo ético. El pensamiento ético consiste en el examen sistemático de las relaciones de los seres humanos entre sí, las concepciones, los intereses y los ideales que dan origen a las formas humanas del trato mutuo, y los sistemas de valores en los que se trazan tales objetivos de vida. Esas creencias sobre cómo debe vivirse la vida, lo que hombres y mujeres deben ser y hacer, son objeto de preocupación moral; y cuando se aplican a grupos y naciones, y, en especial, a la humanidad como un todo, se llaman filosofía política, que no es sino la ética aplicada a la sociedad.

Si esperamos entender el mundo a menudo violento en que vivimos (a menos que tratemos de entenderlo, no podremos esperar ser capaces de actuar racionalmente en él y sobre él), no podemos limitar nuestra atención a las grandes fuerzas impersonales, naturales o humanas que actúan sobre nosotros. Los fines y motivos que guían las acciones humanas deben ser considerados a la luz de todo lo que conocemos y entendemos; sus raíces y su crecimiento, sus esencias y sobre todo su validez deben examinarse críticamente con todos los recursos intelectuales a nuestro alcance. Esta necesidad urgente, aparte del valor intrínseco del descubrimiento de la verdad acerca de las relaciones humanas, hace de lo ético un terreno de primerísima importancia. Solamente los bárbaros carecen de curiosidad acerca de su procedencia: cómo fue que llegaron a donde están, hacia dónde parecen ir; si quieren ir allá o no y, si es así, por qué, y si no, por qué no.

El estudio de la diversidad de las ideas sobre la vida, que impregnan tales valores y objetivos, es algo en lo que he invertido 40 años de mi larga existencia, tratando de aclarármelo. Me gustaría, si me lo permiten, decir algo sobre cómo llegó a absorberme este tema y, en particular, sobre un punto crucial que alteró mis reflexiones acerca de su razón de ser. Esto inevitablemente se tocará en alguna forma autobiográfica, por lo cual les presento mis disculpas, pero lamento no conocer otra manera de relatarlo.

En cierto momento de mis lecturas me topé naturalmente con las principales obras de Maquiavelo. Me causaron una impresión profunda y duradera e hicieron tambalear mi temprana fe.

No derivé de ellas las enseñanzas más obvias —cómo obtener y retener el poder político, o mediante qué fuerzas o estratagema los mandatarios deben actuar si quieren regenerar sus sociedades o protegerse a sí mismos y a sus estados de enemigos interiores o exteriores; o cuáles deben ser las principales cualidades de los dirigentes, por un lado, y de los ciudadanos, por el otro, si quieren hacer florecer sus estados—, sino otra cosa. Maquiavelo no fue historiador: creía posible poder restaurar algo similar a la república romana o la Roma del antiguo principado. Creyó que para lograrlo se necesitaba una clase dirigente de hombres valientes, llenos de recursos, inteligentes, repletos de dones, que supieran cómo asir las oportunidades y sacarles provecho, y ciudadanos que

Traducción de  
Ana María Escalera

El 15 de febrero de 1988, en Turin, Isaiah Berlin pronunció estas palabras al recibir el Premio Internacional Giovanni Agnelli, sobre "La dimensión ética en las sociedades avanzadas".



fuesen protegidos adecuadamente, patrióticos, orgullosos de su Estado, epitomes de las virtudes paganas y viriles.

Así fue como Roma se elevó al poder y conquistó el mundo, y la ausencia de esta forma de sabiduría, vitalidad y coraje ante la adversidad, la ausencia de las cualidades tanto del león como de la zorra, fue lo que al final la condujo a su caída. Los estados decadentes son conquistados por invasores vigorosos que saben conservar estas virtudes.

Pero Maquiavelo también sostuvo, junto con lo anterior, las virtudes cristianas de la humildad, la aceptación del sufrimiento, el poco apego al mundo, la esperanza de salvación en una vida posterior, virtudes que —afirmó abiertamente— si quisieran establecer un Estado de tipo romano, no lo conseguirían. Aquellos que viven de acuerdo con los preceptos de la moralidad cristiana están sujetos a ser pisoteados por la despiadada búsqueda del poder de hombres que pueden recrear y dominar solos la república que él mismo quiso ver. Él no condenó las virtudes cristianas. Tan sólo indicó que los dos tipos de moral son incompatibles, y no reconoció la existencia de ningún criterio omnipotente a partir del cual seríamos capaces de decidir la vida correcta para todos los hombres. La combinación de virtud y valores cristianos para él era imposible. Maquiavelo simplemente dejaba elegir al lector; sin embargo, él sabía su preferencia.

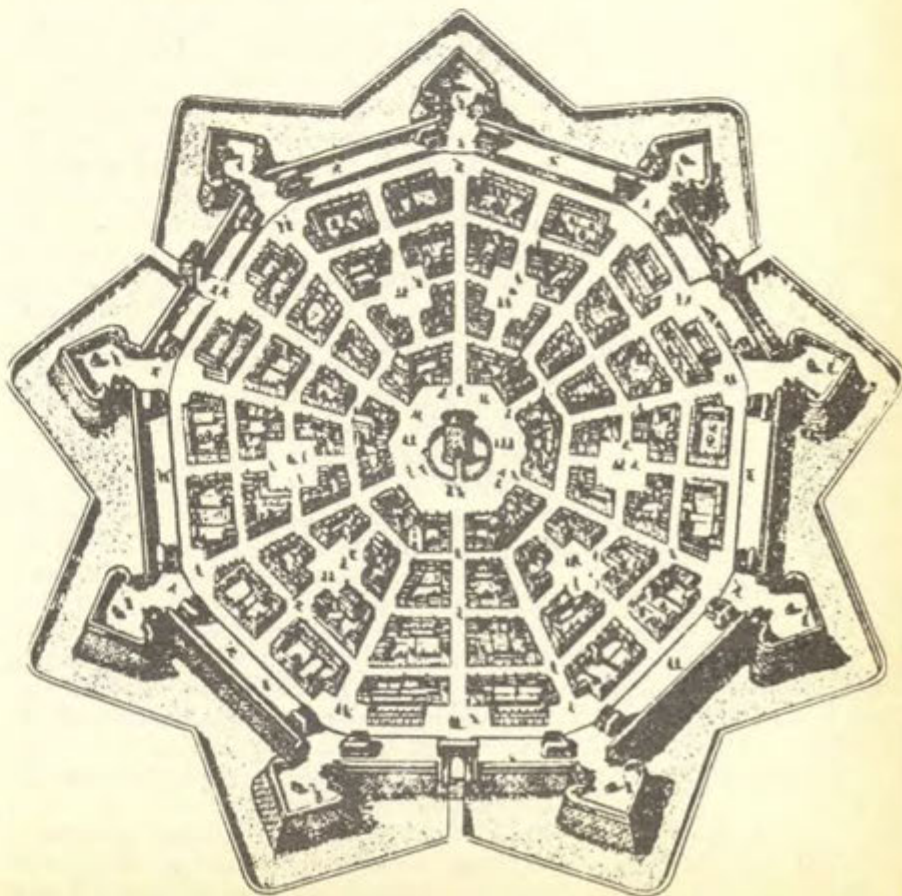
La idea que arraigó en mi mente y que llegó como un gran impacto fue darme cuenta de que no todos los valores supremos sostenidos por la humanidad, ahora y en el pasado, eran necesariamente compatibles entre sí. Esto minó mis primeras certezas, basadas en la *philosophia perennis*, de que no debiera existir conflicto entre los fines verdaderos, entre las verdaderas soluciones a los problemas centrales de la vida.

Después me topé con la *Scienza Nuova*, de Giambattista Vico. En Oxford casi nadie había oído hablar de Vico, pero un filósofo, Robin Collingwood, quien había traducido el libro de Croce sobre Vico, me impulsó a leerlo. Esto abrió mis ojos a algo nuevo. Vico parecía preocupado por la sucesión de las culturas humanas; según él, cada sociedad posee su propia visión de la realidad, del mundo en el que vive, de sí misma y de sus luchas, así como de sus relaciones con su propio pasado y con la naturaleza. Esta visión de la sociedad se transmite en todo lo que sus miembros hacen, piensan y sienten, y se expresa e incorpora en el tipo de palabras, las formas de lenguaje que usan, las imágenes, las metáforas, las formas de culto, las instituciones que generan; incorporan y manifiestan su imagen de la realidad y de su lugar en ella, por las cuales viven. Estas visiones difieren en cada totalidad social sucesiva; cada una tiene sus propios talentos, valores, modos de reacción, inconmensurables con respecto a los otros; cada una debe ser entendida en sus propios términos, entendida y no necesariamente evaluada.

Los griegos homéricos —su clase dominante—, nos dice Vico, fueron crueles, bárbaros, malvados, opresores de los débiles; sin embargo, crearon la *Iliada* y la *Odisea*, algo que nosotros no podríamos hacer en nuestra más ilustrada época. Sus grandes obras maestras les pertenecen, y una vez que se transforma la visión del mundo, la posibilidad de ese tipo de creación desaparece por igual. Nosotros, por nuestra parte, tenemos nuestras ciencias, nuestros pensadores, nuestros poetas; no existe ninguna escala ascendente entre los antiguos y los modernos.

Si esto es cierto, sería absurdo decir que Racine es mejor poeta que Sófocles, o que Bach es más rudimentario que Beethoven; decir, por ejemplo, que los impresionistas fueron la meta a la que los pintores florentinos aspiraban pero no supieron alcanzar. Los valores de estas culturas fueron diferentes y no eran necesariamente compatibles entre sí. Voltaire, que pensaba que los valores y los ideales de las ilustradas excepciones dentro de un mar de oscuridad —de la Atenas clásica, por ejemplo, o de la Florencia renacentista; de la Francia en el Grand Siècle y de su propio tiempo— eran casi idénticos entre sí, estaba equivocando. La Roma de Maquiavelo, de hecho, no existió. Para Vico, en cambio, existió una pluralidad de civilizaciones (sus ciclos repetitivos, pero esto no es lo importante), cada una de ellas con su modelo único y propio.

Maquiavelo concebía la existencia de dos visiones incompatibles: habría sociedades cuyas cultu-





demos ponernos de su parte —ambos son valores últimos que para ciertos hombres y mujeres son obsoletos y que son inteligibles para todos nosotros si tenemos simpatía e imaginación, o comprensión de los seres humanos—. La igualdad puede exigir la restricción de la libertad de aquellos que desean dominar; la libertad —sin un mínimo de la cual no tendríamos la posibilidad de seguir siendo humanos, según entendemos el término— tiene que ser restringida a fin de dar cabida al bienestar social, a alimentar al hambriento, a vestir al desnudo, a abrigar a los sin hogar, a dar espacio a la libertad de los demás, a permitir el ejercicio de la justicia y lo justo.

Antígona se enfrenta con un dilema al que Sófocles dió una solución; Sartre ofreció la opuesta; y Hegel propuso la *sublimación* hacia un nivel superior, pobre consuelo para aquellos que agonizan ante dilemas de este tipo.

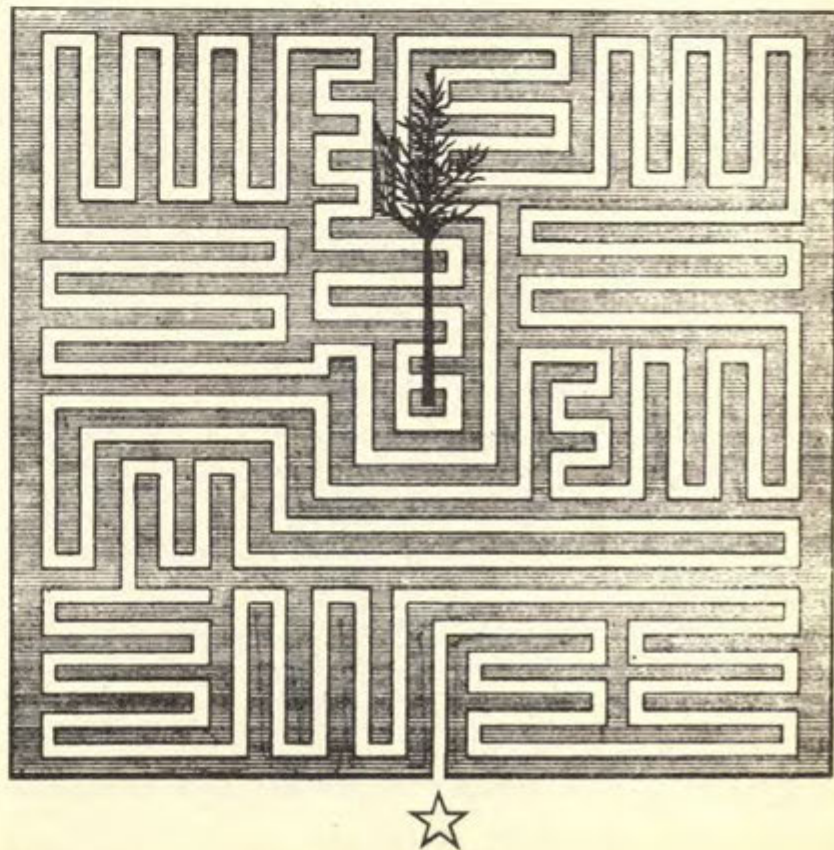
La espontaneidad, maravillosa cualidad humana, no es compatible con la capacidad para la planificación organizada, para calcular el qué, cuánto y dónde de los cuales pueda depender el bienestar de la sociedad. Somos conscientes de las terribles alternativas en nuestro pasado reciente. ¿Debe un hombre resistir una tiranía monstruosa a costa de todo, aun a expensas de la vida de sus familiares y sus hijos? ¿Deben ser torturados los niños para extraerles información sobre traidores peligrosos y criminales?

Estas colisiones entre los valores poseen la esencia de lo que son y de lo que somos nosotros. Si alguien nos dijera que estas contradicciones se resolverán en un mundo perfecto en el que todas las cosas buenas serán armonizadas en principio, deberíamos responderle que los significados que asigna a palabras que denotan para nosotros valores en conflicto no son los nuestros. Deberíamos decirle que el mundo en el cual lo que vemos como valores incompatibles no estaría en conflicto es un mundo más allá de nuestro alcance; que los principios que están armonizados en este otro mundo no son los principios que nos son familiares; si se transforman, es en concepciones desconocidas en esta tierra. Pero es en esta tierra en la que vivimos, y es aquí donde creemos y actuamos.

La noción de la totalidad perfecta, la solución final, en la que todas las cosas buenas coexisten, me parece no sólo inalcanzable —lo que es pergrullada—, sino conceptualmente incoherente: no sé qué se quiere decir con una armonía de este tipo. Algunos de los grandes bienes (virtudes) no pueden coexistir. Ésta es una verdad conceptual. Estamos condenados a escoger, y cada elección puede connotar una pérdida irreparable. Felices aquellos que viven bajo una disciplina aceptada sin cuestionamientos, que libremente obedecen las órdenes de los líderes, espirituales o temporales, cuya palabra es aceptada completamente como ley intocable; o aquellos que por sus propios métodos llegan a convicciones claras e inamovibles acerca de qué hacer y ser sin admitir la menor duda. Sólo puedo decir que aquellos que descansan en esas cómodas camas dogmáticas son víctimas

de formas de miopía autoinducidas, anteojeras que pueden resultar tranquilizadoras pero no sirven para comprender lo que es el ser humano.

Esto en cuanto a la objeción teórica, fatal, me parece, para la noción del estado perfecto como la meta correcta de nuestros esfuerzos. Pero existe también un obstáculo práctico sociopsicológico, un obstáculo que puede imputarse a aquellos cuya fe simple, que ha nutrido a la humanidad por bastante tiempo, es resistente contra argumentos filosóficos de todo tipo. Es cierto que algunos problemas pueden resolverse, algunas enfermedades curarse, tanto en lo individual como en lo colectivo. Podemos salvar a los hombres del hambre o de la miseria o de la injusticia, podemos rescatarlos de la esclavitud o de la prisión, y hacer el bien —todos los hombres tienen un sentido básico del bien y del mal, sin importar a qué cultura pertenezcan—. Pero cualquier estudio de la sociedad muestra que toda solución crea una nueva situación que engendra a su vez nuevas necesidades propias, nuevas demandas. Los niños han obtenido lo que sus padres y abuelos anhelaban: mayor libertad, mayor bienestar material, una sociedad más justa; pero las viejas enfermedades se han olvidado y los niños enfrentan nuevos problemas, concebidos por las mismas soluciones a los viejos problemas, y éstos, si a su vez pueden resolverse, generan nuevas situaciones, y con ellas nuevos requerimientos, y así sucesivamente, por siempre y de manera impredecible.



No podemos legislar para las desconocidas consecuencias de las consecuencias de las consecuencias. Los marxistas nos dicen que, una vez que se gane la batalla y comience la verdadera historia, los nuevos problemas que puedan surgir generarán sus propias soluciones, que podrán ser ejercidas pacíficamente por las fuerzas armoniosamente unidas de la sociedad sin clases. Esto me parece un motivo de optimismo metafísico para el cual no hay evidencia en la experiencia histórica. En una sociedad en la cual las mismas metas son aceptadas universalmente, los problemas sólo pueden ser de los medios, todos solucionables tecnológicamente. Ésta es una sociedad en la cual la vida interna del hombre, la imaginación moral y espiritual y estética ya no habla; ¿es por esto por lo que deben ser destruidos hombres y mujeres, o las sociedades deben ser esclavizadas? Las utopías tienen su valor —nada ensancha tan maravillosamente los horizontes imaginativos de las potencialidades humanas—, pero como guías de la conducta pueden ser literalmente fatales. Heráclito tenía razón, las cosas no pueden permanecer quietas. Entonces, sacó la conclusión de que el mismo concepto de una solución final no sólo es impracticable, sino —si estoy en lo correcto, y algunos valores no pueden más que chocar— también incoherente. La posibilidad de una solución final —aun si olvidamos el terrible sentido que estas palabras adquirieron en el tiempo de Hitler— se torna una ilusión, y muy peligrosa. Porque si uno realmente cree que esa solución es posible, sin duda que ningún costo sería excesivo para obtenerla; para hacer a la humanidad justa, feliz, creativa y armoniosa para siempre, ¡ningún precio sería demasiado alto! Para hacer esa tortilla seguramente no habría límite para el número de huevos que debiera romperse: ésa es la fe de Lenin, de Trotsky, de Mao, de Pol Pot. Si conozco la única vía verdadera a la solución final de los problemas de la sociedad, también sé hacia dónde conducir la caravana humana; y en tanto tú ignoras lo que yo conozco, no se te permitirá la libertad de elección, ni aun en ciertas ocasiones, si queremos obtener resultados. Tú declaras que una política te hará más feliz o más libre, o te dará más espacio para respirar; pero yo sé que tú estás equivocado, yo sé lo que tú necesitas, lo que cualquier hombre necesita; y si existiera la menor resistencia a causa de ignorancia o malevolencia, entonces tendría que acabarse con ella, y cientos de miles deberían perecer para hacer felices para siempre a millones. ¿Qué otra elección nos restaría a nosotros, los que poseemos el conocimiento, sino la de sacrificar voluntariamente a todos? ♪

Algunos profetas armados buscan salvar a la humanidad; otros, únicamente a su propia raza por sus atributos superiores, pero cualquiera que sea el motivo, los millones de masacrados en guerras y revoluciones —cámaras de gas, gulags, genocidios, todas las monstruosidades por las cuales nuestro siglo será recordado— son el precio que los hombres deben pagar por la felicidad de generaciones futuras. Si tu deseo de salvar a la

humanidad es sincero, debieras endurecer tu corazón, sin importarte el costo.

La respuesta a esto fue dada hace más de un siglo por el ruso radical Alexander Herzen. En su ensayo "Desde la otra orilla", que es en efecto un obituario de la revolución de 1848, dice que una nueva forma de sacrificio humano ha surgido en su tiempo. Seres humanos en los altares de las abstracciones: nación, Iglesia, partido, clase, progreso, las fuerzas de la historia. Todas éstas han sido invocadas en su momento y en el nuestro: si demandan el sacrificio de seres humanos, deben ser satisfechas. Éstas son sus palabras:

Si el progreso es el fin, ¿para quién estamos trabajando?

¿Quién es este Moloch que, mientras los trabajadores se acercan a él, en lugar de recompensarlos tan sólo retrocede, y como consuelo a las exhaustas multitudes condenadas que gritan "*Morituri te salutant*" puede devolver únicamente la respuesta burlona de que después de su muerte todo será hermoso sobre la tierra?

¿Sinceramente se desea condenar a todos los seres humanos actuales al triste papel... de galeotes, con el barro hasta las rodillas, arrastrando una barcaza... con la inscripción de "progreso en el futuro" en su proa?... Un fin que es tan infinitamente remoto no es un fin, sino, si se quiere, una trampa; un fin debe ser más cercano: debería estar, cuando menos, en el salario, o en el placer del trabajo terminado.

La única cosa de la que podemos estar seguros es de la realidad del sacrificio, de la muerte y los muertos. Pero el ideal por el cual han muerto permanece irrealizable. Los huevos han sido rotos, y el hábito de romperlos ha aumentado, pero la tortilla continúa invisible. Los sacrificios por metas a corto plazo, coerción, si el apuro de los hombres es suficientemente desesperado y su realidad requiere medidas extremas, podrían justificarse. Sin embargo, los holocaustos en nombre de metas lejanas constituyen una cruel burla contra todo lo que los hombres aprecian más ahora y en cualquier tiempo.

Si la vieja creencia en la posibilidad de realización última de la armonía total es una falacia, y las posiciones de los pensadores a las que he acudido —Maquiavelo, Vico, Herder, Herzen— son válidas; si aceptáramos que los grandes bienes pueden entrar en colisión, que algunos no pueden coexistir, aunque otros más lo hagan; en fin, que uno no puede tenerlo todo, ni en principio ni en la práctica, y si la creatividad humana depende de una diversidad de elecciones mutuamente excluyentes, entonces, como Chernychevsky y Lenin preguntaron cierta vez: "¿Qué hacer?", ¿cómo escoger entre varias posibilidades?, ¿qué y cuánto debemos sacrificar y a qué? No existe, me parece, una respuesta clara. Pero la colisión, aunque no pueda evitarse, podría ser suavizada. Las exigencias pueden balancearse, es posible establecer compromisos: en situaciones concretas no toda exigencia puede equiparar tanta libertad por tanta

igualdad; tanta condenación moral por tanto entendimiento de una situación humana dada; tanto por la fuerza total de la ley y tanto más por las prerrogativas de la piedad, por alimentar al hambriento, vestir al desnudo, curar al enfermo, dar techo a los sin hogar. Las prioridades, ni últimas ni absolutas, deben establecerse.

La primera obligación pública es evitar los extremos del sufrimiento. Revoluciones, guerras, asesinatos, medidas extremas pueden requerirse en situaciones desesperadas. Pero la historia nos enseña que sus consecuencias rara vez pueden anticiparse; no existen garantías, ni siquiera en momentos de alta probabilidad, de que sus actos conduzcan a mejoras. Podemos escoger el riesgo de la acción drástica, en la vida personal o en lo público, pero debemos estar conscientes y nunca olvidar que podemos estar equivocados, que la seguridad acerca de los efectos de tales medidas invariablemente conduce al sufrimiento evitable de los inocentes. Así, estamos obligados a comprometernos mediante convenios; las reglas, los valores, los principios, deben ceder entre sí, en diversos grados y en situaciones específicas. Las soluciones utilitarias pueden ser malas, pero la mayoría de las veces sospecho que pueden ser benéficas. Lo mejor que puede hacerse, por regla general, es mantener un precario equilibrio que prevendrá que ocurran situaciones desesperadas, elecciones intolerables —para una sociedad decente éste es un primer requisito—, y por el cual siempre podemos luchar a la luz de nuestro conocimiento limitado, aun con nuestro entendimiento imperfecto de los individuos y las sociedades. En estos asuntos es muy necesaria cierta humildad.

Esto puede parecer una respuesta muy insipida; no es la clase de cosas por las que los jóvenes idealistas quieren pelear y sufrir, la causa de una sociedad nueva y más noble. Y por supuesto, no debemos dramatizar la incompatibilidad de los valores; existe un amplio acuerdo entre gente de diversas sociedades en largos lapsos acerca de lo que es bueno o malo, correcto o incorrecto. Por supuesto que las tradiciones, formas de ver y actitudes pueden diferir de manera legítima; los principios generales suelen hacer tabla rasa de la necesidad humana. La situación concreta lo es casi todo. No hay escape: debemos decidir decidiendo; el riesgo moral no puede evitarse siempre. Todo lo que podemos esperar es que ninguno de los factores relevantes sea ignorado, que los propósitos que buscamos realizar los vean como elementos de una forma total de vida, que puede ser realizada o dañada por las decisiones.

Pero al final no es un asunto de mero juicio subjetivo; lo dictan las formas de vida de la sociedad a la que uno pertenece, una sociedad entre otras, con valores en común, estén o no en conflicto, con la mayoría de la humanidad a lo largo de la historia. Hay, si no valores universales, al menos un mínimo de ellos, sin el cual las sociedades podrían escasamente sobrevivir. Pocos tendrían hoy en defender la esclavitud o el asesinato ritual, o las cámaras de gas nazis, o la tortu-

ra de seres humanos por puro placer o por ignorancia, por la ganancia o incluso por el bien político —o el deber de los niños de denunciar a sus propios padres exigido tanto por la revolución francesa como por la rusa, o el asesinato sin razón—. No existe justificación para transigir en esto. Pero, por otro lado, la búsqueda de la perfección me parece una receta para el derramamiento de sangre que no resulta mejor ni aun si es exigida por los idealistas más sinceros, los puros de corazón. No ha vivido jamás un moralista más riguroso que Emmanuel Kant, pero aun él dijo en un momento de iluminación: "De la torcida madera de la humanidad jamás se hizo cosa alguna que fuera derecha". Forzar a la gente a la uniformidad exigida por esquemas creídos dogmáticamente es casi siempre el camino a la deshumanización. Sólo podemos hacer lo que podemos, pero eso lo debemos hacer contra todas las dificultades.

Por supuesto, tendrán lugar colisiones políticas o sociales; el mero conflicto de los valores positivos hace esto inevitable. Y, sin embargo, creo que pueden minimizarse promoviendo y preservando un equilibrio precario, permanentemente amenazado y en constante necesidad de reparación. Sólo eso, repito, es la precondition para las sociedades decentes y para el comportamiento moralmente aceptable; de lo contrario, estaríamos sujetos a perder nuestro camino. ¿Solución aburrida, dirán ustedes? No es la madera de la que están hechas las acciones heroicas, ¿o sí? No obstante, si hay alguna verdad en esta posición, tal vez eso baste. Un eminente filósofo norteamericano de nuestro tiempo dijo en una ocasión: "No existe una razón *a priori* para suponer que la verdad, al ser descubierta, será necesariamente interesante". Será suficiente con ser verdadera, o aun una aproximación a la verdad; consecuentemente, no me siento avergonzado por decirlo. La verdad, dijo Tolstoi, es la cosa más hermosa en el mundo entero. No sé si esto es así en el terreno de lo ético, pero me parece bastante cercano a lo que la mayoría de nosotros cree que no debe abandonarse tan a la ligera.



# América Latina ante el desafío de la marginación

Helio Jaguaribe

## I. EL ACTUAL SISTEMA INTERNACIONAL

### *Dos interpretaciones*

Raymond Aron, con la lucidez que lo caracterizaba, distinguía dos dimensiones principales en el escenario internacional: la de un mercado mundial unificado y la de un sistema interestatal desunificado. A pesar de las limitaciones impuestas por la ausencia de una moneda internacional adecuada —función que el dólar no cumple bien, pero que ni el *écu* ni los derechos de giro sustituyen satisfactoriamente—, el intercambio de bienes y servicios entre los países del mundo se procesan con fluidez y confiabilidad razonables, sin considerar el régimen y el alineamiento político de cada uno de ellos. Por otro lado, en el plano político, el mundo sigue dividido entre 128 estados soberanos (en la clasificación del Banco Mundial), con niveles de capacidad extremadamente distintos, distribuidos en tres bloques —pronorteamericanos, prosoviéticos y no alineados—, cuya coordinación internacional, por las Naciones Unidas, es sumamente deficiente.

Como he tenido la oportunidad de exponer en escritos anteriores (cfr., por ejemplo, *O Novo Cenário Internacional*, Río de Janeiro, 1986), otra aproximación, heurísticamente adecuada, para la comprensión del actual sistema internacional es lograr su entendimiento como un sistema interimperial. Dos sistemas imperiales, el estadounidense y el soviético, se dividen entre ellos la hegemonía del mundo, sin abarcar la totalidad, ya que subsisten países que conservan márgenes de autonomía importantes en relación con ambas superpotencias, tales como, en escala internacional, China, y, en escala regional, India, en Asia, y Brasil, en Sudamérica.

Los dos sistemas imperiales de nuestro tiempo

se distinguen notablemente de los imperios precursores. Sin profundizar en este punto, se pueden diferenciar, en la experiencia histórica, cuatro tipos de imperios: a) los imperios étnicos, de la antigüedad oriental; b) los imperios culturales, como el de Alejandro o el imperio romano; c) los imperios económicos, como el británico o el francés hasta la reciente descolonización; y d) los imperios estratégicos, como, de manera incipiente, ocurrió con la Liga de Delos y en la actualidad sucede con los imperios estadounidense y soviético.

Los imperios estratégicos no tienen como orientación la ocupación territorial de otros países. Sin embargo, su acción hegemónica asume contornos geográficos bastante nítidos y es particularmente intensa en determinadas áreas, como son los casos de América Central, para los Estados Unidos, y de Europa oriental, para la Unión Soviética. Los imperios estratégicos son sistemas mundiales de poder originalmente creados por las preocupaciones defensivas de una superpotencia, en relación con las amenazas a las que se considera expuesta ante otro sistema de poder. El poder de movilización del comunismo internacional, apoyado por el poder nacional de la Unión Soviética, ha generado en los Estados Unidos, después de la segunda guerra mundial, la convicción de la necesidad de la formación de un sistema defensivo y preventivo, que ha conducido al rearme norteamericano y a la OTAN. La misma perspectiva se puede aplicar del lado soviético: lo que se entendía como el bloqueo a la Unión Soviética por las potencias capitalistas, bajo el comando de los Estados Unidos, llevó al armamentismo soviético y a la formación de un sistema protector de los estados satélites de Europa oriental, coordinados por el Pacto de Varsovia.

### *El sistema interimperial*

El presente sistema interimperial se caracteriza por el hecho de que ambos imperios presentan una articulación entre centro y periferia. Ese sistema intraimperial es común a ambos, independientemente de sus diferencias específicas. Éstas, sin duda, son importantes y se manifiestan en dos aspectos principales. El primero de ellos se refiere a la naturaleza de los vínculos entre centro y periferia en cada uno de los sistemas. El segundo, consecuencia en gran medida del primero, se refiere a la diferencia entre el monocentrismo soviético en relación con el policentrismo estadounidense.

Lo que básicamente, en el sistema imperial estadounidense, une la periferia al centro es el efecto acumulativo de una comunidad de intereses con una comunidad de valores y estilos de vida, en el ámbito de una participación común en la cultura occidental. Europa occidental, Japón y los países desarrollados del Commonwealth, que conforman el primer círculo de la periferia del sistema, junto con las élites dirigentes de América

Latina y de algunos otros países subdesarrollados de la órbita norteamericana, que conforman el segundo círculo de esa periferia, tienen intereses económicos comunes que configuran el mercado mundial al que se refiere Raymond Aron. Tienen, además, en los casos de la OECD y de América Latina, valores y estilos de vida comunes, propios de la cultura occidental, de la cual son en términos históricos los actuales representantes. En el caso de Japón, la persistencia de su identidad cultural propia se ha hecho compatible con la deliberada occidentalización del país que abarca espacios crecientes en la vida japonesa.

Por el contrario, en el caso del sistema soviético, lo que vincula la periferia con el centro es una relación de causalidad circular entre ideología legitimadora del poder y un sistema de poder que preserva el predominio de esta misma ideología. Se trata de algo cuyo entendimiento requiere el empleo de categorías extraídas de la sociología de la religión. El dogma religioso asegura la legitimidad del poder (del papa, del emperador o del rey), y ese poder, a su vez, asegura la prevalencia del dogma y la recurrente criminalización de las herejías.

El segundo aspecto que distingue los dos sistemas imperiales, relacionado con el anterior, es la gran amplitud del policentrismo estadounidense *versus* el monocentrismo soviético. El sistema estadounidense es estratégicamente monocéntrico. Solamente Washington dirige el poder nuclear. Pero es ampliamente policéntrico en términos económicos y culturales; su influencia se distribuye entre los países europeos y Japón, siempre bajo la condición del predominio *de facto* de los Estados Unidos. Por otro lado, el sistema soviético es formalmente monocéntrico en todos los aspectos relevantes de la vida colectiva. Sin embargo, es apreciable el espacio de autonomía cultural y económica *de facto* disfrutado por los países de la órbita soviética, siempre y cuando se pueda garantizar la compatibilidad con el monolitismo básico del sistema.

Ambos sistemas están experimentando dos tipos de desgaste, en contraste con su continuo fortalecimiento técnico-militar. Uno de ellos es común a los dos y se refiere a la pérdida de validez de sus presuntos propósitos de salvación mundial. En lo que concierne a los Estados Unidos, su mensaje de defensa del mundo libre, y, en lo que respecta a la Unión Soviética, su mensaje de promoción de un mundo sin enajenación social, han perdido credibilidad. Sin perjuicio de las características propias de cada uno de los regímenes, a partir de los años sesenta se ha vuelto evidente, con el agotamiento de la temática de la guerra fría, el hecho de que ambas superpotencias son imperios estratégicos, cuya actuación mundial está comandada por principios de *maximización* del propio poder y de *minimización* del poder de la potencia adversaria, independientemente de consideraciones normativas.

Ese aspecto del desgaste experimentado por ambas superpotencias tiene como principal consecuencia la de privar de legitimidad a sus posibles

demandas hacia las respectivas periferias de formas desinteresadas de cooperación fundadas en supuestos altos propósitos internacionales. Aún más importante es el segundo tipo de desgaste experimentado por los dos centros imperiales. Tal desgaste es de distinta naturaleza en cada una de las superpotencias.

En el caso de los Estados Unidos, el problema que enfrenta es el de preservar su primacía económico-tecnológica, en el ámbito de la libre concurrencia internacional que es postulada por su mismo régimen, frente a los crecientes indicios de superioridad de Japón y los desafíos que vendrán con la unificación final de la Comunidad Europea a partir de 1992. En el caso de la Unión Soviética, el problema que enfrenta proviene del potencial de contradicciones serias que el proceso de las reformas introducidas por Gorbachov contiene, en relación con el régimen de convalidación circular existente entre ideología y poder. Como ha sido observado por estudiosos de la materia, la Unión Soviética, desde Krushev, experimenta, por motivos de eficiencia entre otros, una creciente necesidad de descentralización decisoria y operacional, de mayor libertad de opinión y de expresión, y de mejor uso de los mecanismos de mercado. Asimismo, en la proporción en la que crece el espacio de pragmatismo del régimen soviético, se contrae el del dogmatismo. ¿Cómo evitar el cuestionamiento de un poder fundado en la ideología en la misma Unión Soviética, y aun, en forma más delicada, en los países satélites, en la medida



en que la ideología vaya perdiendo su validez y vigencia?

### *Los tres mundos*

Frente a los dos centros imperiales y a su periferia más inmediata, que constituyen lo que generalmente se ha denominado primero y segundo mundos, se configura un Tercer Mundo, que comprende países en su mayoría situados en el hemisferio sur y que se caracterizan por varias formas de subdesarrollo.

La existencia de un Tercer Mundo, en un escenario internacional definido por el sistema inter-imperial antes mencionado, se explica por dos razones. Por una parte, porque, como ya fue observado, los sistemas imperiales, aunque hegemónicos en sus respectivas áreas, no son omniabarcadores. Un país como China, cuyo desarrollo posrevolucionario se procesa inicialmente bajo la égida soviética, a partir de la década de los sesenta logra condiciones propias para convertirse en potencia autónoma. En un margen más restringido, países como la India o el Brasil obtienen significativos espacios de autonomía a partir del segundo tercio del presente siglo. Por otra parte, en cuanto a la ya mencionada condición policéntrica del sistema imperial norteamericano, el Tercer Mundo, con la excepción de algunos países de economías centralizadas —como Cuba—, incluye a países subdesarrollados de economías de mercado, que se sitúan en el segundo y en el tercer círculo de la periferia del sistema estadounidense. Con diversos grados de dependencia respecto al sistema imperial, que van de la relativa autonomía de Brasil a la estricta dependencia de Honduras, conservan la condición de un Tercer Mundo, dada la circunstancia de que su no incorporación al área céntrica reduce, decisivamente para ésta, los costos administrativos relacionados con aquellos países. Como lo ha probado la experiencia colonialista más reciente, la formalización de los vínculos de dependencia presenta un saldo negativo en términos de la relación costo-beneficio, porque los costos directos e indirectos del colonialismo formal son significativamente superiores a los beneficios extraídos por su vía. El colonialismo informal, o neocolonialismo, proporciona a los países centrales los principales beneficios del colonialismo formal sin casi ninguno de sus inconvenientes.

El Tercer Mundo tiene orígenes históricos relativamente recientes. Hasta el Renacimiento, el mundo consistía en un conjunto de civilizaciones mal conectadas entre sí, si no completamente separadas. Esas civilizaciones, con la relativa excepción de las precolombinas de América, por su escasa utilización de metales, tenían básicamente el mismo nivel tecnológico y económico.

Del siglo XVI al XIX los descubrimientos y la expansión colonial, a partir de una Europa que se desarrolla aceleradamente con las revoluciones mercantil e industrial, unifican el mundo, pero in-

roducen la segmentación básica entre el centro europeo —al que se incorporarán los Estados Unidos— y el resto del mundo, que pasa a configurar una periferia subdesarrollada.

La restauración Meiji dirige a Japón a un proceso de industrialización, que concluye hacia fines del siglo XIX. La revolución rusa crea un sistema desarrollado autónomo, que se expandirá después de la segunda guerra mundial. Después de ésta, se consolida la trisegmentación del mundo. El Primer Mundo, que comprende a los países desarrollados de economía de mercado de Europa occidental, los Estados Unidos y Japón. El Segundo Mundo, que comprende a la Unión Soviética y a Europa oriental, con economías centralizadas que presentan apreciable grado de desarrollo. El Tercer Mundo, que comprende a los países subdesarrollados de África, Asia y América Latina, en los que predominan economías de mercado.

El Tercer Mundo comprende a un grupo muy heterogéneo de países, cuyo rasgo común está dado por las distintas modalidades del subdesarrollo. La esencia de éste consiste en un insatisfactorio empleo de los factores de producción o de organización de la sociedad, dadas las condiciones contemporáneamente disponibles.

Exceptuados los casos extremos de deficiencias ambientales, la insatisfactoria utilización de factores, peculiar del Tercer Mundo, está vinculada a una continua disfuncionalidad en las relaciones élite-masa que conlleva a un régimen económico-social de suma cero. Gracias a este régimen, en economías basadas en actividades primarias, la apropiación del excedente por la élite se orienta, casi exclusivamente, a garantizarle a ésta altos niveles de consumo y formas ostentosas de poder, con el subsecuente mantenimiento de las masas en la ignorancia y la miseria.

Agréguese que, a partir de la colonización europea del mundo y la formación de la segmentación centro-periferia, las crecientes diferencias de la productividad entre ésta y aquél generan condiciones de intercambio estructuralmente desfavorables para la periferia, condiciones que persisten y se agravan en razón de la persistencia y el aumento del diferencial de productividad. En el presente, un trabajador del Tercer Mundo, con el mismo nivel de calificación que uno del Primer Mundo, necesita trabajar doce veces más para obtener el mismo ingreso. Se estima que a finales del siglo en curso esta proporción se elevará veinte veces.

### *Dos ejes en conflicto*

En un mundo con las características antes bosquejadas, las relaciones internacionales tienden a su polarización a lo largo de dos ejes de conflicto: Este-Oeste y Norte-Sur. El primero de ellos implica las tensiones interimperiales. Como el sistema interimperial se compone de dos centros que buscan la maximización del poder adversario, la relación del conflicto es inherente al mismo sistema.





El conflicto Norte-Sur también tiene carácter estructural, en la medida en que el favorecimiento, por razones históricas, de las condiciones operativas en el Primer Mundo en relación con las del Tercero tiende a intensificarse, generando esfuerzos de los países del Tercer Mundo para modificar este régimen, que chocan contra esfuerzos opuestos de los beneficiarios del régimen.

El conflicto Este-Oeste que se observa desde el final de la segunda guerra mundial ha pasado por distintas fases; de la guerra fría a la *détente*, y de ésta a un nuevo periodo de confrontación, hasta configurar, con la ascensión de Gorbachov al poder en 1985, un retorno a formas cooperativas de convivencia, sin perjuicio del antagonismo sistemático que persiste entre los dos centros imperiales.

El conflicto Norte-Sur, por el contrario, después de vanas pero reiteradas expectativas de un gran plan de ayuda para los países del Tercer Mundo, está aumentando —en condiciones crecientemente deterioradas por los efectos de la deuda externa— por la constatación cada vez más nítida, en los países del Tercer Mundo, de que solamente una eficaz acción unilateral, por iniciativa propia —especialmente en lo que se refiere a la deuda—, podrá reducir el desbalance estructural existente entre los dos mundos.

#### *Tendencias evolutivas en el Norte*

Como he mencionado anteriormente, las relaciones soviético-estadounidenses se dirigen, en el presente, hacia una nueva etapa de reducción de tensiones. Retomando, en condiciones más favorables y con otra competencia personal, muchas de las posiciones de Krushev de principios de la década de los sesenta, Gorbachov busca reducir de manera decisiva los riesgos de guerra y los niveles de armamentismo. La política internacional de Gorbachov está claramente condicionada por sus propósitos reformistas y liberalizantes en el ámbito interno del sistema soviético. Después de casi lograr un acuerdo importante en Reikiavik en 1986, el secretario general llega, en la cumbre de Washington de noviembre de 1987, a un importante acuerdo de eliminación de los cohetes nucleares de alcance intermedio. Esos cohetes, que en escasos cinco minutos pueden alcanzar su destino, representaban un factor que hacía casi inevitable con el tiempo un accidente que desencadenaría la guerra. Además de la eliminación de esos peligrosos instrumentos, los acuerdos Gorbachov-Reagan abrieron camino para una significativa reducción del arsenal nuclear de ambas potencias. Circunstancias vinculadas con la proximidad de las elecciones en los Estados Unidos parecen indicar la posposición de las grandes negociaciones para después de la formación del nuevo gobierno. Asimismo, se ha abierto una amplia perspectiva de reducción de tensiones y de creciente cooperación soviético-estadounidense.

Tal tendencia conlleva la perspectiva de una importante transformación del escenario interna-



cional, induciendo a la formación de un régimen de *condominio* mundial entre las dos superpotencias. A pesar de las dudas remanecientes —que se originan en un posible desequilibrio estratégico que sería introducido por el proyecto de la IDE del presidente Reagan en el caso de que este proyecto llegara a término con éxito—, las relaciones soviético-estadounidenses se encaminan hacia una reducción de tensiones, en el ámbito de una coexistencia pacífica, dictada por la constatación de una estable capacidad de aniquilación mutua, en condiciones tales que los intereses de ambas superpotencias convergen en la tendencia de administración común del mundo.

Son innumerables las consecuencias que resultarían de la creación de un *condominio* mundial soviético-estadounidense. Desde luego, por razones de reciprocidad no tienen interés, para cada una de las superpotencias, las actividades destinadas al mantenimiento de focos de desestabilización de una de ellas en las áreas de influencia de la otra. Por lo tanto, la Unión Soviética se prepara para interrumpir su apoyo a la guerrilla centroamericana y retira, por decisión autónoma, sus tropas de Afganistán. Por otro lado, los Estados Unidos se preparan para interrumpir su apoyo a la guerrilla de Angola y a los mujaidines afganos. La no intervención, por parte de cada centro imperial, en el área de predominio del otro consolida en forma cabal la hegemonía de las superpotencias en sus respectivas zonas de influencia.

Tal consolidación tiende a reducir de modo sustancial el margen de autonomía de los países periféricos. Ese efecto es particularmente nocivo para países como Brasil —que se encuentra en

vías de superación de su subdesarrollo remanente, con la consecuente modificación de su *status* internacional—, que podrán ser conducidos, bajo el nuevo régimen de *condominio*, a un congelamiento de su presente *statu quo*. De forma análoga, países como México, que buscan compensar su muy amplia inserción geoeconómica y geopolítica en el sistema estadounidense a través de una relación autónoma con Sudamérica, podrán no disponer más de esa política compensatoria.

Sin embargo, la circunstancia de que los centros imperiales estén sufriendo los desgastes mencionados reduce de modo significativo las condiciones del ejercicio de su hegemonía, a pesar de las tendencias referidas. No se trata solamente del hecho de que han perdido credibilidad los propósitos salvadores de ambas superpotencias; se trata, además, de que la crisis económica experimentada por los Estados Unidos y la crisis ideológica padecida por la Unión Soviética afectan, de modo sustancial, su misma consistencia interna y su capacidad de acción externa. ¿Cómo podrán los Estados Unidos administrar el mercado mundial y mantener su libre inserción en el mismo si se vuelven estructuralmente deficitarios? ¿Cómo podrá la Unión Soviética mantener el monopolio político de los partidos comunistas, en la propia Unión Soviética y en Europa oriental, si la exigencia de eficacia erosiona la legitimidad de la ideología que fundamenta el monopolio político?

### *Tendencias evolutivas en el Sur*

Mientras el primero y el segundo mundos se encaminan hacia una cierta unificación del sistema interimperial a través del *condominio* soviético-estadounidense —aunque los efectos de este proceso se disminuyan por las deficiencias internas antes señaladas—, el Tercer Mundo, al contrario, camina hacia crecientes diferencias y desuniones.

La unidad del Tercer Mundo no logró en sus momentos más favorables traspasar el nivel del discurso. El Grupo de los 77 se ha revelado impotente en términos operativos, y los países árabes, en la más propicia fase de los petrodólares —entre 1973 y 1980— se revelaron incapaces para formular un proyecto viable y válido para el Tercer Mundo, o por lo menos para imprimir una consistente unidad a cualquier proyecto árabe común, como lo demuestra la desunión frente a Israel y con relación a la cuestión palestina.

No quiero analizar aquí más detenidamente las causas que impidieron que el Tercer Mundo lograra un mínimo de concertación internacional; quiero solamente observar que las tendencias en curso apuntan hacia una creciente diversificación. El Tercer Mundo se está diferenciando en cinco grandes grupos de países: *a)* los países asiáticos de grandes mercados internos, que se encuentran en activo proceso de desarrollo, como China, en menor grado la India y Paquistán, y en un futuro posJomeini, Irán; *b)* los medianos y pequeños países asiáticos, exportadores de manufacturas,

como Corea, Formosa y otros; *c)* los países latinoamericanos de industrialización avanzada, como Brasil, México y Argentina; *d)* los países petroleros, como Arabia Saudita y Kuwait; y *e)* los países de capacidad productiva baja y gran pobreza, incluyendo la mayoría de los países del Tercer Mundo.

Esos cinco grupos de países, aunque resientan la asimetría estructural de las relaciones Norte-Sur, reaccionan en forma muy distinta a esa asimetría y, de una manera general, a las condiciones de su subdesarrollo mismo. El proceso de desarrollo y modernización de China es en extremo promisorio; lo mismo ocurre en el caso de la India, en un grado más moderado y más calificado. También es promisorio el desarrollo de los nuevos países industrializados asiáticos, con base en las exportaciones. Es más problemática la situación de los países relativamente industrializados de América Latina, gracias al manifiesto agotamiento del modelo de desarrollo por sustitución de importaciones, al que siguen vinculados. Es también problemática la condición de los países petroleros, en la medida en que una riqueza necesariamente agotable no está siendo lo suficientemente utilizada para la modernización y para la formación de bases económicas de alternativa. El caso de los países menos desarrollados del Tercer Mundo, finalmente, es tajantemente desalentador y parece no tener solución mientras no se forme un contexto internacional mucho más favorable, lo que no es previsible en las próximas décadas.

Todo indica, por lo tanto, que el Tercer Mundo no llegará a ser un actor histórico colectivo; continuará apareciendo como un inconexo conglomerado de países cuyo único rasgo común es el subdesarrollo. Sin embargo, todo indica también que se están configurando importantes papeles en relación con un limitado grupo de países del área, que tenderán a ejercer, con relevante margen de autonomía, un significativo papel en el escenario internacional hasta fines de siglo o principios del próximo. China es el más promisorio de estos países. En América Latina hay condiciones para que los países de mayor grado de desarrollo en la región recuperen con rapidez su ritmo de crecimiento y de modernización precedentes, bajo la condición de que logren modernizar su política económica y su sistema social y político.

## II. AMÉRICA LATINA

### *Características actuales*

Como en general en el Tercer Mundo, América Latina se caracteriza en la actualidad por la creciente diferenciación entre los países que la integran. Mientras en los años cincuenta la región presentaba importantes características comunes, no sólo en el plano cultural, sino también en lo económico, las décadas que siguieron acentuaron marcadamente las diferencias.

En el presente, cabe distinguir en América La-

tina, como en el caso del Tercer Mundo, cinco grupos de países: a) los países de América Central y el Caribe; b) el caso particular de México; c) los países de industrialización avanzada en América del Sur: Brasil y Argentina; d) los países sudamericanos de desarrollo medio: Venezuela, Colombia, Chile y Uruguay; e) los países sudamericanos de menor desarrollo.

Se puede observar la importancia que reviste la diferenciación entre los países al norte y al sur del mar Caribe, que ha sido motivada por el extraordinario peso gravitacional de los Estados Unidos. México, con estructuras sociales iguales a las de Brasil, constituye un caso particular, debido a su vinculación goeconómica y geopolítica con los Estados Unidos. A su vez, los países centroamericanos y caribeños, aunque presenten una estructura social propia que permitiría considerarlos como un subgrupo específico, encuentran en su relación con los Estados Unidos un decisivo condicionamiento de su realidad nacional.

Los países de Centroamérica y el Caribe heredaron de su pasado una problemática doble: de superación de los problemas de viabilidad nacional, ocasionados por sus pequeñas dimensiones y, con la excepción de Costa Rica, de superación de la dominación de oligarquías obsoletas, cada vez más vinculadas a dirigentes militares con características de sicarios. El primer problema ha sido favorablemente resuelto, aunque no adecuadamente establecido —a través de los intentos de integración subregional, como el Mercomún Centroamericano—. El segundo problema no ha logrado una solución conveniente, debido a la alianza entre las oligarquías locales y poderosos sectores económicos de los Estados Unidos. Se ha impedido, repetidamente, con la mencionada excepción de Costa Rica, la formación de un espacio político para la clase media centroamericana, lo que ha forzado a las nuevas generaciones a optar entre la cínica connivencia con el *statu quo* o el revolucionarismo guerrillero.

Dentro de distintas condiciones, en función de su amplia población, compleja estructura económica y social, y del particular camino político que siguió a la revolución de 1910, la situación goeconómica de México ha ejercido y sigue ejerciendo, cada vez más, decisiva influencia sobre el país. La necesidad de preservar el control nacional sobre la propia economía ante las poderosísimas presiones de la economía estadounidense, además de condiciones que se originaron en la revolución mexicana, llevaron a la constitución de una gigantesca burocracia estatal. La contrapartida de este sistema, además del estímulo a la corrupción, fueron las altas tasas de ineficiencia y el retraso en la modernización del país.

En el cuadro sudamericano, menos expuesto al inmenso peso gravitacional de los Estados Unidos, el modelo de desarrollo por sustitución de importaciones, básicamente seguido por los países del área en las tres décadas posteriores a la segunda guerra mundial, ha generado efectos muy distintos. Países como Brasil y, en menor grado,

Argentina han logrado un avanzado nivel de industrialización. Los países de dimensiones medias han tenido resultados más modestos. Aún menores fueron los resultados obtenidos por los países pequeños. Agréguese que, incluso en relación con los países de grandes dimensiones, el modelo de sustitución de importaciones agotó sus posibilidades a partir del momento en que llegaron a un nivel que prácticamente no permite presiones mayores que las ya existentes.

Los dos choques del petróleo, en 1973 y 1979, y, en conexión con ellos, la acumulación de la enorme deuda externa, han deteriorado profundamente la economía de los países latinoamericanos no exportadores de petróleo, terminando por afectar también a los exportadores. En Argentina, complicados problemas políticos vinculados con las vicisitudes históricas del peronismo y el anti-peronismo, y en Brasil el dualismo estructural de la sociedad brasileña, se han entretreído con las dificultades económicas y generado un prolongado proceso de inflación y estancamiento en la década de los ochenta.

El cuadro latinoamericano es de crisis generalizada y de estancamiento en el transcurso de la presente década. Inclusive países de dimensiones semicontinentales e importante nivel relativo de desarrollo como Brasil se encuentran con *impases* económicos gravísimos, en condiciones sociales de altísima tensión y, consecuentemente, con serias dificultades políticas. Por otro lado, la obvia necesidad de expansión de mercados no puede



ya ser atendida a través de la antigua aspiración a la integración económica de América Latina. Los países latinoamericanos se han vuelto demasiado distintos para que sea posible, en un futuro previsible, una integración regional. En la actualidad, en el ámbito más restringido y menos heterogéneo de la misma ALADI no es viable la proposición de formas integrativas mucho más estrechas que las actuales.

### *El desafío internacional*

En el marco de las condiciones anteriormente indicadas, los países latinoamericanos se dirigen hacia un franco deterioro de su posición relativa —si no es que absoluta, en algunos casos— en el escenario internacional. Para todos, tal deterioro afecta externamente su capacidad de negociación e internamente su capacidad de modernización y desarrollo.

Imprime particular gravedad a la presente crisis el hecho de que ésta los puede inmovilizar, tanto doméstica como internacionalmente, en el momento en que se producen, de manera acelerada, cambios de la mayor relevancia en el escenario internacional. Tales cambios presentan cuatro principales aspectos.

1. La formación de un régimen de *condominio* soviético-estadounidense de hegemonía mundial que, a pesar de las limitaciones que lo aquejan, reducirá significativamente el margen de autonomía de los países periféricos.

2. Cambios en la importancia relativa de los factores de predominio mundial, con la transferencia del acento en la influencia del plano político-militar hacia el económico-tecnológico.

3. Modificación de la relevancia de los factores de producción, con la degradación de la importancia de las materias primas y de la mano de obra barata, contra una creciente relevancia de los factores tecnológico y gerencial.

4. Formación de grandes sistemas productivos, que comprende a los Estados Unidos, el Japón, la Comunidad Económica Europea, con apreciable participación de los nuevos países industrializados asiáticos y la marginación económica del resto del mundo.

Para evitar que se consolide su marginalidad, ante tales desafíos los países latinoamericanos disponen de un plazo extremadamente corto para superar sus crisis internas, reorientar su estrategia de crecimiento y adoptar medidas que les permitan superar su aislamiento internacional. Dada la extrema diversidad de los países de la región, es evidente que los objetivos específicos perseguidos por cada uno de ellos no podrán ser los mismos. Sin embargo, se pueden identificar ciertos requisitos básicos que tendrán que ser atendidos por todos ellos, en el marco de las modalidades que los distinguen entre sí.

Tales requisitos son, fundamentalmente, los cuatro que siguen:

1. Requisitos de integración nacional, que con-

lleven a la formación, social y territorialmente, de una mayoría de la población establemente comprometida con los intereses generales del país.

2. Requisitos de operatividad pública, que conlleven, institucional y funcionalmente, a la viabilidad operativa del Estado, afectado, en casi todos estos países, por déficit presupuestales muy inflacionarios y una terrible ineficiencia burocrática.

3. Requisitos de dinamización del crecimiento económico, estancado por la combinación de las deficiencias del sector público con el agotamiento del modelo de desarrollo de sustitución de importaciones.

4. Requisitos de soporte internacional, que rompan el aislamiento de los países de la región a través de concertaciones interlatinoamericanas y de otras articulaciones internacionales.

Estos requisitos —cuyo cumplimiento no sólo no es nada fácil, sino que se presenta con un margen restringido de éxito en un gran número de países— encuentran modalidades muy diversas, según las condiciones de cada país. Para los de América Central la integración nacional consiste, fundamentalmente, en un acuerdo realista entre los gobiernos y los guerrilleros, que permita la formación de mayorías aptas para asegurar su gobernabilidad misma. Para países como Brasil o México, la integración nacional consiste en la rápida ejecución de un amplio programa de desarrollo social que a ritmo acelerado incorpore a las grandes masas a niveles superiores de vida, de capacitación y de participación.

De la misma forma, la viabilidad operativa del Estado representa para algunos países un esfuerzo apreciable de *despatrimonialización* del sector público. Para los países más desarrollados de la región, lo que está urgentemente en juego es una doble reforma, fiscal y administrativa. Reformas que eleven razonablemente la tributación bruta y de modo significativo la tributación líquida, y que, además, impriman funcionalidad al gasto público.

Con relación a la recuperación del crecimiento económico y la adopción de un nuevo modelo de desarrollo, se amplía el repertorio de las modalidades propias de cada país de la región. De manera general, el proteccionismo económico latinoamericano, después de haber producido en muchos casos resultados excelentes —como ocurrió en forma notable en el caso de Brasil—, ha entrado en un régimen de rendimientos pasivos o aun negativos. Esto se explica porque, de una forma u otra, los sistemas productivos de la región han quedado, con pocas excepciones, bastante *notarIALIZED*,<sup>1</sup> lo que ha generado, concomitantemente, un poderoso corporativismo en el ámbito interno de las grandes empresas públicas. Este mismo proteccionismo, por otro lado, impulsa cada vez más el rezago de la industria latinoamericana, congelándola en sistemas tecnológicamente obsoletos, lo que dificultará su futura competitividad internacional.

La dinamización del crecimiento económico es una tarea imperiosa y urgente, pero de ejecución

<sup>1</sup> *NotarIALIZED*, del portugués *cartorializar*, neologismo usual en el actual lenguaje periodístico brasileño, que semánticamente implica el proceso de creciente burocratización del aparato productivo del Estado, por la distribución de puestos en las empresas oficiales o paraestatales a partir de un sistema de *compadrazgo*, originado en acuerdos políticos antes que en necesidades operativas reales. (Nota del traductor.)

delicada. En el marco del usual movimiento pendular que caracteriza el funcionamiento de la opinión pública, la crítica al proteccionismo frecuentemente lleva a exageraciones insensatas de apertura internacional, que conducen al rápido desaprovechamiento de amplios sectores productivos. De lo que se trata, en verdad, es de establecer una inversión en las expectativas que deje claro, para el sector productivo, que las exigencias de competitividad internacional, de una manera general, serán crecientes. Al mismo tiempo, en la puesta en práctica de esta política se debe adoptar un gradualismo prudente y una aplicación complementaria de medidas que aseguren la modernización del sector productivo, en vez de su aniquilación.

Al respecto, importa señalar —particularmente en el caso de los países de desarrollo relativo mayor— la profunda diferencia que presenta la defensa de los intereses nacionales, si se comparan las actuales condiciones con las de los años cincuenta y sesenta. Hace unas cuantas décadas la nacionalización de ciertos sectores estratégicos, frecuentemente a través de la creación de monopolios estatales, constituía en la práctica la única forma viable de adecuar la orientación empresarial de esos sectores a los intereses nacionales. Bajo las condiciones presentes, los países más desarrollados de la región disponen de instrumentos públicos suficientes para el control y la supervisión adecuados de su economía. La atribución restrictiva a monopolios públicos, o incluso a empresas estrictamente nacionales, del ejercicio de ciertas actividades se ha vuelto frecuentemente contraproducente, al reducir en contra del interés nacional la capacidad de crecimiento y de modernización de tales sectores. Lo que ha incrementado decisivamente su importancia es el perfeccionamiento de la capacidad y de la idoneidad de los instrumentos de supervisión pública, inclusive en lo referente al desempeño de su área de competencia científico-tecnológica a nivel de laboratorio.

Finalmente, en lo que atañe a los requisitos de soporte internacional, América Latina no puede perderse más en la utopía y la retórica. La utopía de llegar a una integración global, regional o aun subregional en un futuro cercano; la retórica de las declaraciones de principio y de enunciación de supuestas directrices comunes de política, carentes de cualquier credibilidad operativa. La integración, especialmente en términos subregionales, sigue siendo un desiderátum válido a largo plazo. Urge, sin embargo, partir inmediatamente hacia formas operativas de concertación entre países que ofrecen las condiciones para tales ajustes.

### *Concertación en América Latina*

El espacio de posibilidades de concertación es extremadamente amplio en América Latina. Sin perjuicio de otras modalidades, el régimen de concertaciones operativas proporciona a los pequeños países, como en el caso de los centroamericanos y caribeños, la posibilidad de constitución de

empresas multinacionales eficientes y rentables, que superen las limitaciones de sus respectivos mercados domésticos. Los transportes aéreos y marítimos son sectores típicamente favorables para tales concertaciones. Las concertaciones operativas entre países de mayores dimensiones ofrecen posibilidades aún más amplias. La trina-cional Latinequip, para la comercialización de bienes de capital de América Latina, creada en 1986 por acuerdo conjunto de Nacional Financiera, de México, del Banco del Estado de São Paulo, de Brasil, y del Banco de la Provincia de Buenos Aires, de Argentina, es un ejemplo exitoso de tales posibilidades. A fines de 1987 Latinequip tenía en cartera operaciones con valor de 655 millones de dólares, 68 por ciento de los cuales tiene elevada probabilidad de ejecución.

Además de ajustes específicamente operativos, son, sin embargo, de la mayor importancia para América Latina las concertaciones de carácter más global, que establezcan mecanismos de mercado común entre países de características complementarias, en el marco de un régimen que mantenga relaciones razonablemente equilibradas entre ellos. Un paso decisivo ha sido dado por el acuerdo de integración económica entre Brasil y Argentina, firmado en Buenos Aires en 1986, al que posteriormente se ha incorporado Uruguay.

El acuerdo de Buenos Aires, complementado con actos posteriores, tiene el mérito de ser amplio, operativo, realista y dinámicamente equilibrado. Los doce protocolos del documento origi-





nal cubren una amplia gama de sectores, desde el comercio internacional en general, con los correspondientes arreglos financieros, hasta diversos sectores de elevada tecnología, en los que se incluyen, entre otros, el conjunto de bienes de capital y actividades de punta, como la energía nuclear, la industria aeronáutica y la biotecnología. Por otro lado, es un acuerdo operativo y realista. No se trata de definición de principios, sino de metas claramente determinadas, en términos de intercambios o *joint ventures*. Metas concebidas con realismo, cuyo alcance corresponde de hecho a las posibilidades y los intereses de los signatarios. Además, vale mencionar que el acuerdo fue concebido para mantener un equilibrio dinámico en las relaciones entre los dos países y orientado a estimular su desarrollo tecnológico, garantizándoles concomitantemente medidas correctivas para evitar que sus beneficios sean desigualmente repartidos.

El mecanismo de las concertaciones ofrece posibilidades inmediatas y amplias para que los países latinoamericanos superen el aislamiento internacional y las limitaciones que experimentan, debido a las restricciones de su mercado interno o de sus recursos económicos y humanos. Si la integración, a nivel regional y sobre todo subregional, mantiene su validez como objetivo a largo plazo, las concertaciones propician instrumentos inmediatamente utilizables y aptos para producir, a corto o mediano plazo, resultados extremadamente importantes.

#### *Sistema de cooperación y asistencia recíprocas*

Entre las posibilidades de concertación sobresale en América Latina, principalmente en el ámbito de la ALADI, la constitución de un sistema de cooperación y asistencia recíprocas. El sistema de cooperación argentino-brasileño, que ya incorpora a Uruguay, ofrece un excelente punto de partida para un sistema más amplio.

Como ha sido señalado por representantes de ambos países, es ciertamente preciso dar al régimen de integración argentino-brasileño, antes de abrirlo a otros países, un margen de tiempo suficiente para que fluyan las relaciones de intercambio no solamente entre los estados, sino también, de forma especial, entre los agentes de sus respectivas sociedades civiles —empresas, científicos, consumidores—. No obstante, también es prioritario y urgente reducir la vulnerabilidad internacional de los países de la región y elevar al mismo tiempo su capacidad externa de negociación. Además de proceder a una radical revisión en el régimen de la deuda —inalcanzable por la iniciativa aislada de cualquier país latinoamericano—muchísimas otras cuestiones de la agenda internacional requieren un mecanismo de concertación regional para la defensa satisfactoria de los legítimos intereses de los países miembros.

El mecanismo que con tal fin se considera es

un sistema que complemente y amplie los beneficios del engranaje económico entre Brasil y Argentina, a través del ingreso en este marco, además de Uruguay, de dos países productores de petróleo: Venezuela y México. Estudios preliminares, realizados por iniciativa del Instituto de Estudios Políticos y Sociales de Rio de Janeiro, Brasil, a principios de 1985, han revelado que el ingreso de un país como México al sistema de cooperación argentino-brasileño ejercería efectos multiplicativos, y no sencillamente de adición en el sistema. El ingreso de Venezuela a tal sistema aumentaría aún más su ámbito de relevancia.

Básicamente, lo que ocurre cuando se pasa de un sistema bilateral a un sistema multilateral selectivo es que se compensan desequilibrios que tenderían a ocurrir en un intercambio meramente bilateral, lográndose un nivel mucho más alto de beneficios recíprocos. La inclusión de los cinco países de referencia en un sistema multilateral de canjes generaría un intercambio extremadamente significativo y dinámicamente equilibrado.

En el trienio 1984-1986, las importaciones entre esos cinco países alcanzaron una media anual de 3,5 mil millones de dólares (ver cuadros 1 y 2). Un régimen de intercambio entre esos cinco países, regulado por una moneda-convenio, con saldos liquidables en monedas nacionales de los acreedores, en un periodo de uno a dos años permitiría que se elevase rápidamente la cifra anterior hasta 8 o 10 mil millones de dólares. Ese monto resultaría de la sustitución de importaciones actualmente efectuadas en dólares por importaciones del sistema hechas en moneda-convenio, lo que implicaría una decisiva economía de divisas. Por otro lado, como las exportaciones de los países referidos hacia el área del dólar no se hallan limitadas por restricciones en la oferta, sino en la demanda, la puesta en operación del sistema no reduciría el monto de sus exportaciones en dólares.

La eficiencia del sistema referido se volvería aún más elevada si, además de un régimen especial de intercambio que incluya *joint ventures* y demás proyectos comunes, se incluyera también en él, en el marco de condiciones realistas, un mecanismo de asistencia recíproca ante la eventualidad de situaciones de crisis. En la hipótesis de que una trama internacional amenazara con privar a uno de los países miembros del sistema de insumos esenciales para su economía, como petróleo, para Brasil, o alimentos, para México o Venezuela, el sistema estaría habilitado para suministrar, en un periodo razonable, un flujo mínimo del ítem faltante, suficiente para evitar el colapso económico del país afectado.

Sin embargo, es indispensable para el funcionamiento estable del sistema que se proceda con enorme realismo en la determinación de las prestaciones y contraprestaciones a cargo de los países miembros. Es particularmente necesario, a fin de que México esté en condiciones propicias para participar en él, considerar con objetividad las limitaciones, de orden geoeconómico y geopolítico,



que se le presentan debido a su inserción en el área territorial norteamericana. Solamente tal sistema podrá asegurar a México un espacio más amplio de autonomía internacional. Pero ésta sólo podrá ser alcanzada si tanto México como sus compañeros sudamericanos tomen en cuenta las condiciones de posibilidad de su ejercicio práctico.

### Conclusiones

Factores internos y externos están ejerciendo efectos en extremo negativos para los países latinoamericanos en el curso de la presente década. Inmovilizados interna e internacionalmente por sus crisis, estos países se enfrentan a un escenario internacional en proceso de cambio acelerado. Como antes he señalado, cuatro aspectos principales de tales cambios merecen especial atención:

1. La formación de un régimen de *condominio* soviético-estadounidense de hegemonía mundial que, a pesar de las limitaciones que lo aquejan, reducirá significativamente el margen de los países periféricos.

2. Cambios en la importancia relativa de los factores de predominio mundial, con la transferencia de la influencia del plano político-militar al económico-tecnológico.

3. Modificaciones en la relevancia de los factores de producción, con la disminución de la importancia de las materias primas y de la mano de obra barata frente a una creciente relevancia de los factores tecnológicos y administrativos.

4. Formación de grandes sistemas productivos, incluyendo a los Estados Unidos, Japón y la Comunidad Económica Europea, con apreciable participación de los nuevos países industrializados asiáticos y la marginación económica del resto del mundo.

Para enfrentar esta crisis importa, como ya he mencionado, que se atiendan los siguientes requisitos:

1. Requisitos de integración nacional que conduzcan a la formación, social y territorialmente, de una mayoría de la población establemente comprometida con los intereses generales del país.

2. Requisitos de operatividad pública que conduzcan, institucional y funcionalmente, a la viabilidad operativa del Estado, afectado, en casi todos esos países, por déficit presupuestales fuertemente inflacionarios y por una terrible ineficiencia burocrática.

3. Requisitos de dinamización del crecimiento económico, estancado por la combinación de las deficiencias del sector público con el agotamiento del modelo de desarrollo de sustitución de importaciones.

4. Requisitos de apoyo internacional que rompan el aislamiento de los países de la región, a través de concertaciones interlatinoamericanas y de otras articulaciones internacionales.

Los cimientos de todo esto los condiciona un amplio consenso en torno de esos objetivos fun-

damentales, que movilice la voluntad política necesaria para su logro, por lo menos en los países más aptos para iniciar un sistema de cooperación y asistencia recíprocas. Si esa voluntad política no se manifiesta hacia el final de la presente década, son extremadamente sombrías las perspectivas de América Latina para lo que resta del siglo, afirmándose cada vez más la probabilidad de que la región integre una de las grandes áreas marginadas del mundo.

Cuadro 1  
Comercio exterior de Argentina,  
Brasil, México, Uruguay y Venezuela  
1985 (Millones de dólares)

País	Exportación	Importación
Argentina	8 396	3 814
Brasil	25 637	14 346
México	21 866	13 459
Uruguay	853	666
Venezuela	12 272	8 178
Total	69 024	40 463

Total de importaciones de ese grupo de países efectuadas a países del mismo grupo /Media anual del trienio 1984-1986 3 491

Porcentaje de esas importaciones sobre importaciones totales 9,7%

Fuente: Informe del Banco Mundial, 1987.

Cuadro 2  
Importaciones  
(Millones de dólares)

Importadores	Año	Exportadores					Total
		Argentina	Brasil	México	Uruguay	Venezuela	
Argentina	84	—	529	171	87	126	
	85	—	488	268	86	84	
	86	—	737	156	118	42	
	med. an.		585	198	97	84	964
Brasil	84	831	—	208	127	366	
	85	611	—	160	125	309	
	86	690	—	145	205	344	
	med. an.	711	—	171	152	340	1 374
México	84	78	631	—	47	58	
	85	60	385	—	16	55	
	86	100	151	—	63	60	
	med. an.	56	391	—	42	58	547
Uruguay	84	98	128	10	—	8	
	85	64	147	7	—	4	
	86	93	301	8	—	3	
	med. an.	85	192	8	—	5	290
Venezuela	84	5	544	3	2	—	
	85	1	264	13	2	—	
	86	6	95	9	5	—	
	med. an.	4	301	8	3	—	316
Total (m.a.)		856	1 469	385	294	487	3 491

Fuente: BID-INTAL, *El comercio interlatinoamericano en los años 80*, noviembre de 1987.

# Universidad, sociedad y política

Adolfo Sánchez Vázquez

**1.** La UNAM es una institución social específica, cuyos problemas deben ser examinados en el Congreso Universitario tomando en cuenta sus características propias, así como el contexto nacional y social en que cumple sus fines y funciones. En consecuencia, sus problemas no pueden ser abordados poniendo como modelos universidades extranjeras, que tienen otras características y responden a otras condiciones nacionales y sociales.

2. La Universidad no existe por sí y para sí, sino por y para la sociedad, el país. Existe para satisfacer determinadas necesidades sociales, y por ello no puede ser separada de la sociedad. Si hoy necesita transformarse es no sólo porque la sociedad lo ha hecho, sino también porque su transformación es necesaria precisamente para transformar el país, la nación, la sociedad.

3. Como institución social específica que existe para servir al país, a la sociedad, la UNAM ha de cumplir ciertos fines propios, específicos. Estos fines, tradicionalmente asignados a las universidades, son: a) producir conocimientos; b) transmitir los conocimientos adquiridos y con base en ellos formar a los profesionales que necesita la sociedad, y c) difundir los conocimientos y, en general la cultura, más allá de la Universidad.

El incumplimiento de estos fines o su cumplimiento mediocre o defectuoso atentan contra la razón de ser de la Universidad como institución social específica.

4. Como tal institución, los fines específicos señalados no son fines en sí, sino fines que a su vez son medios para cumplir el fin último que justifica su existencia: servir al país, a la sociedad. Este fin, en cuanto que debe impregnar todas las actividades y funciones de la UNAM, no es extrínseco, sino intrínseco a ella. Hay una dialéctica insoslayable de los fines de la Universidad: no cumple su finalidad social si no cumple sus fines propios, específicos: producir conocimientos, transmitirlos, difundirlos y formar profesionales; pero tampoco los cumple si esta producción, transmisión, formación y difusión se desligan de la orientación social, nacional o finalidad última de la institución.

5. El diagnóstico realizado por la Rectoría de la UNAM (*Fortaleza y debilidad de la UNAM*, 16 de abril de 1986), confirmado por otros análisis y estudios de miembros o sectores de la comunidad universitaria, permite llegar a la conclusión de que, no obstante los logros alcanzados en el cumplimiento de sus fines propios, específicos, logros que no pueden dejar de ser reconocidos, la producción de conocimientos o investigación, la docencia y la formación de profesionales es, en términos generales, insuficiente y de un nivel académico insatisfactorio. Y cuando este nivel se alcanza satisfactoriamente, la investigación y la docencia se hallan, en gran parte, separadas de la finalidad social que debe presidir la producción y transmisión del saber, así como, con base en ellas, la formación de los profesionales que la sociedad necesita. Al no cumplir adecuadamente sus fines propios o al cumplirlos desligados de su finalidad úl-

tima, social, la UNAM no es hoy la institución de educación superior que la sociedad, el país, la nación, necesitan.

6. La situación actual de la Universidad es un fenómeno complejo que no admite los enfoques unilaterales que atienden sólo un elemento o grupo de elementos aislados. De ahí que haya que considerar esa situación tomando en cuenta las relaciones internas entre sus diversos componentes, así como la relación que guarda la institución con lo que está fuera de ella: el Estado, la estructura económica y social del país, el sistema nacional de educación en sus diferentes niveles: primario, medio y superior, etcétera. Siendo como es una parte de la sociedad, una parte específica, la Universidad no es una isla social separada de la sociedad en la que existe y actúa, y por la que, en definitiva, existe.

7. De lo anterior se deduce que, al señalar las causas de la situación actual y proponer soluciones para superarla, haya que tomar en cuenta la relación interna entre los problemas universitarios y la relación que éstos guardan con factores externos. Hay problemas universitarios que surgen fundamentalmente por causas internas y problemas cuya solución no depende básicamente de la Universidad. Hay, finalmente, problemas cuya solución depende de la conjunción de factores internos y externos.

Así, por ejemplo, la elaboración de planes de estudios más adecuados en las diferentes escuelas y facultades es un problema interno de la Universidad; la obtención de los recursos adecuados para impulsar la investigación está sujeta a la decisión de una instancia exterior: el Estado; la extensión de la docencia y el aprendizaje a un alto nivel dependen de la creación de las condiciones necesarias para que los profesores y estudiantes puedan llegar y mantenerse en ese nivel, lo cual depende no sólo de la Universidad, sino también de la sociedad y del Estado.



Hay problemas que toca a la Universidad resolver, y éstos —en la situación actual— deben estar en el centro de la atención del Congreso; hay otros que sólo pueden ser resueltos con la intervención del Estado. Pero en este caso la Universidad debe pugnar porque esta interrelación en problemas fundamentales universitarios (subsidio adecuado, creación de condiciones materiales para elevar el nivel académico y otros) no lesione la autonomía de la Universidad y contribuya al mejor cumplimiento de sus fines específicos y de su finalidad social.

8. Teniendo presente esta imbricación de factores internos y externos en la situación actual de la Universidad, podemos señalar algunas de las causas que íntimamente entrelazadas determinan dicha situación. Nos referiremos principalmente a las causas y a los obstáculos que se registran en el cumplimiento de sus fines y funciones propios: investigación y docencia, así como en la estructura orgánica y académica de la Universidad necesaria para ese cumplimiento.

9. No obstante que en la UNAM se realiza la mayor parte de la investigación, y aun reconociéndose sus logros del más alto nivel, ella es insatisfactoria —por su calidad y cantidad— con respecto a las necesidades sociales y a las exigencias de la revolución científica, cultural y tecnológica de la que no puede marginarse nuestro país.

Entre los obstáculos que se levantan en la elevación y extensión de la investigación en la UNAM están: *a)* el insuficiente apoyo del Estado en este campo; *b)* la falta de una planeación adecuada que responda a las necesidades básicas de la sociedad; *c)* la concentración de la investigación en institutos separados entre sí y de la docencia en la misma área del saber (la separación institucionalizada de la investigación y la docencia es dañina para una y otra, ya que la docencia a nivel superior tiene que descansar en una elevada investigación, y ésta, a su

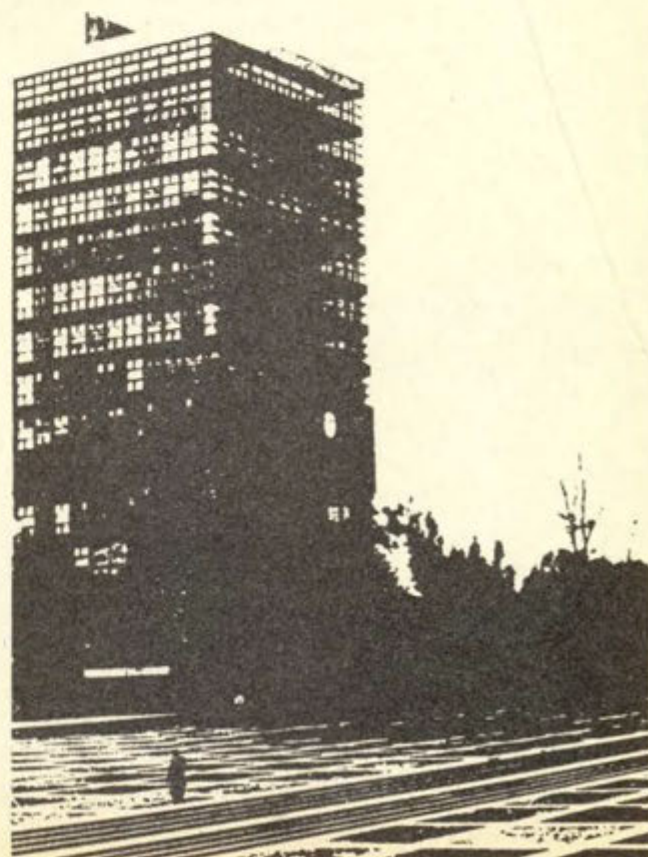
vez, se enriquece y pone a prueba en la docencia; *d)* la concepción de la investigación como actividad exclusiva de centros especiales o de posgrado, cuando la preparación para la investigación para futuros investigadores debe darse a los estudiantes desde los primeros años de la licenciatura; *e)* la mentalidad individualista, egoísta, de muchos investigadores preocupados ante todo por su prestigio personal o por la repercusión de sus trabajos en los medios científicos internacionales, más que por sus efectos en la comunidad universitaria y en la sociedad (la existencia de revistas en la UNAM en las que los investigadores nacionales —ciertamente, no todos— publican sus trabajos en inglés revela claramente la mentalidad citada).

10. La docencia en la UNAM, con las excepciones que confirman la regla, es mediocre y tradicional, sobre todo en el nivel medio (preparatorias y CCH) y licenciaturas. El rendimiento del promedio de los alumnos es bajo, y con base en la experiencia de nuestra facultad podemos concluir que en ella nuestros alumnos carecen del bagaje mínimo indispensable para seguir, en el nivel académico necesario, los cursos obligatorios y optativos, así como los seminarios. También aquí caben las excepciones de la regla, y destacar a un grupo de alumnos con un nivel aceptable e incluso elevado.

Aunque en este bajo nivel académico de la docencia y el aprendizaje en nuestra universidad pueden señalarse diversas causas, entre ellas: *a)* la herencia negativa que deja a la Universidad el sistema educativo nacional (en sus niveles de primaria y secundaria); *b)* la rebaja de las exigencias académicas en la evaluación del trabajo académico de los profesores y del aprovechamiento de los alumnos; *c)* las deficiencias de los planes de estudio y de los métodos pedagógicos tradicionales empleados; *d)* ausentismo del personal académico en ciertas dependencias (no en nuestra facultad), la causa fundamental

del desnivel académico de profesores y alumnos se tiende a buscar en el crecimiento impetuoso del número de alumnos de la UNAM en las últimas décadas: de unos 100 mil en 1970 a más de 300 mil en la actualidad. Este crecimiento espectacular es el que suele caracterizarse como masificación de la Universidad. Pero la masificación así entendida, como acceso de esta gran masa de estudiantes a la UNAM, no es la causa fundamental —ni mucho menos la única— de la baja calidad académica de la Universidad, y, por tanto, de que no cumpla satisfactoriamente sus fines propios, específicos.

11. El crecimiento de la población escolar ha sido realmente impresionante, hasta quedar constituida en la actualidad en la siguiente forma: 140 mil alumnos en bachillerato, más de 150 mil en licenciatura, unos 14 mil en posgrado y más de 20 mil en programas de educación especial. A esta población escolar corresponden cerca de 30



mil profesores e investigadores, y más de 26 mil trabajadores administrativos. Si la existencia de una enorme población escolar fuera la causa principal del desnivel académico, la clave de la solución estaría en una selectividad rigurosa e implacable, practicada al comienzo, durante y al final del proceso educativo, para asegurar así la reducción y el mantenimiento de la población escolar dentro de los límites exigidos por un excelente nivel académico.

12. La masificación, entendida como acceso de un gran número de estudiantes a la Universidad y tomando en cuenta las necesidades del país, lejos de ser un fenómeno negativo, es justamente lo contrario. Se vuelve negativa, como sucede en la actualidad en la UNAM, cuando no se han creado las condiciones materiales y académicas necesarias para extender en gran escala la calidad académica en la enseñanza, el aprendizaje y la formación de profesionales. La masificación de por sí no es incompatible con un buen nivel académico.

En consecuencia, el dilema universidad de masas de bajo nivel o universidad selectiva, elitista, de elevada calidad académica, es falso. La Universidad, como institución social destinada a servir al país, no puede reducir la población escolar sin renunciar al compromiso fundamental y prioritario que tiene con la sociedad; pero la Universidad tampoco puede rebajar el nivel académico, porque ello iría contra los fines específicos de la Universidad, que ha de cumplir al asumir ese compromiso. El país no tiene nada que ganar y sí mucho que perder con una investigación pobre, una docencia mediocre y un aprendizaje decepcionante. Necesita un alto nivel académico para el mayor número posible, y no sólo para una élite que, dadas las condiciones sociales vigentes, procedería del sector privilegiado —económica, social y culturalmente— de la sociedad.

13. El principio de la selectivi-

dad con el que se pretende asegurar la superación académica va en contra de las necesidades del país, que exigen un número mucho mayor del que constituye la población escolar actual de nivel superior. Por otra parte, al fijarse la atención en las pruebas selectivas, ya sea al comienzo, durante o al final de la carrera, y no en las condiciones académicas y materiales que deben crearse para extender la calidad académica —es decir, al fijar la atención en los resultados académicos y no en el proceso que debe conducir a ellos—, la educación tiene que ser forzosamente restrictiva. Pero esta restricción académica es, a la vez, social, ya que recae sobre todo en quienes se encuentran más desprotegidos socialmente para recorrer el camino (para seguir el proceso educativo) que ha de conducir a los más altos resultados académicos.

14. El cumplimiento de los fines académicos y sociales de la Universidad requiere que sus miembros se organicen para formar una verdadera comunidad, y que la expresión "comunidad universitaria" no sea puramente retórica. La Universidad la constituyen tres sectores distintos que cumplen en ella funciones diversas: personal académico (investigadores y profesores), estudiantes y trabajadores. Estas funciones diversas son necesarias y se complementan para que la Universidad pueda cumplir sus fines específicos y sus compromisos con el país y la sociedad. Justamente por ello, y porque todos los sectores han de estar interesados en la finalidad social de la Universidad común a ellos, los diferentes sectores universitarios y sus miembros se integran para formar una comunidad. La comunidad no excluye las diferencias ideológicas ni los legítimos intereses particulares que derivan de las distintas funciones que cumplen en la Universidad. Pero estas diferencias e intereses no se convierten en antagonismos, ya que no son irreconciliables, dada la finalidad común que los preside.

En este sentido, la Universidad constituye una comunidad y no una sociedad en miniatura. Es una parte de la sociedad, pero no un simple reflejo de ella, en donde se reproduzcan sus antagonismos, ya que los sectores universitarios, cuando actúan propiamente como tales, no tienen intereses antagonicos. Como comunidad destinada ante todo a producir, transmitir y difundir conocimientos, lo propiamente comunitario excluye los antagonismos, pero no la pluralidad de ideas, corrientes o proyectos, necesaria para la producción, transmisión y difusión del saber.

15. La Universidad sirve al país, a la sociedad, cumpliendo sus fines propios, ya señalados, como institución social autónoma. La autonomía para organizarse, legislarse a sí misma, planear y programar sus actividades, y nombrar a sus profesores y autoridades, es vital para que el Estado, fuerzas políticas o sociales diversas, no traten de mediatizarla, ni apartarla de sus tareas específicas. Una universidad sujeta al Estado, a un partido o a un sector social particular no puede cumplir sus fines propios, ni, por tanto, los fines sociales con los que se halla comprometida. Por ello finalidad social y autonomía, lejos de contraponerse, se necesitan mutuamente.

Pero la autonomía como capacidad —reconocida constitucionalmente— de disponer de sí misma sólo es propiamente de toda la Universidad, y no solamente de un sector de ella, si la comunidad universitaria en su conjunto participa en ese proceso de autodeterminación; es decir, si la autonomía se vincula con una democratización efectiva de la vida de la Universidad. Autonomía sin democracia es autonomía para un sector que se destaca o separa de ella, pero no para toda la Universidad.

16. El cumplimiento de los fines específicos de la Universidad requiere como condición insoslayable la observancia del principio de la libertad de investiga-

ción y libertad de cátedra, ya que sin una y otra no se puede, respectivamente, producir y transmitir conocimientos. Pero ambas libertades no pueden entenderse como libertades para el dogmatismo, el doctrinarismo, la incompetencia o la irresponsabilidad. Tampoco pueden entenderse, amparándose en una supuesta neutralidad ideológica de todo conocimiento, como libertades incompatibles con la finalidad social a la que ha de servir la Universidad, ya que en definitiva las funciones propias de universidad que sirven a esa finalidad en el terreno del saber sólo pueden cumplirse si impera la libertad en la investigación y la docencia.

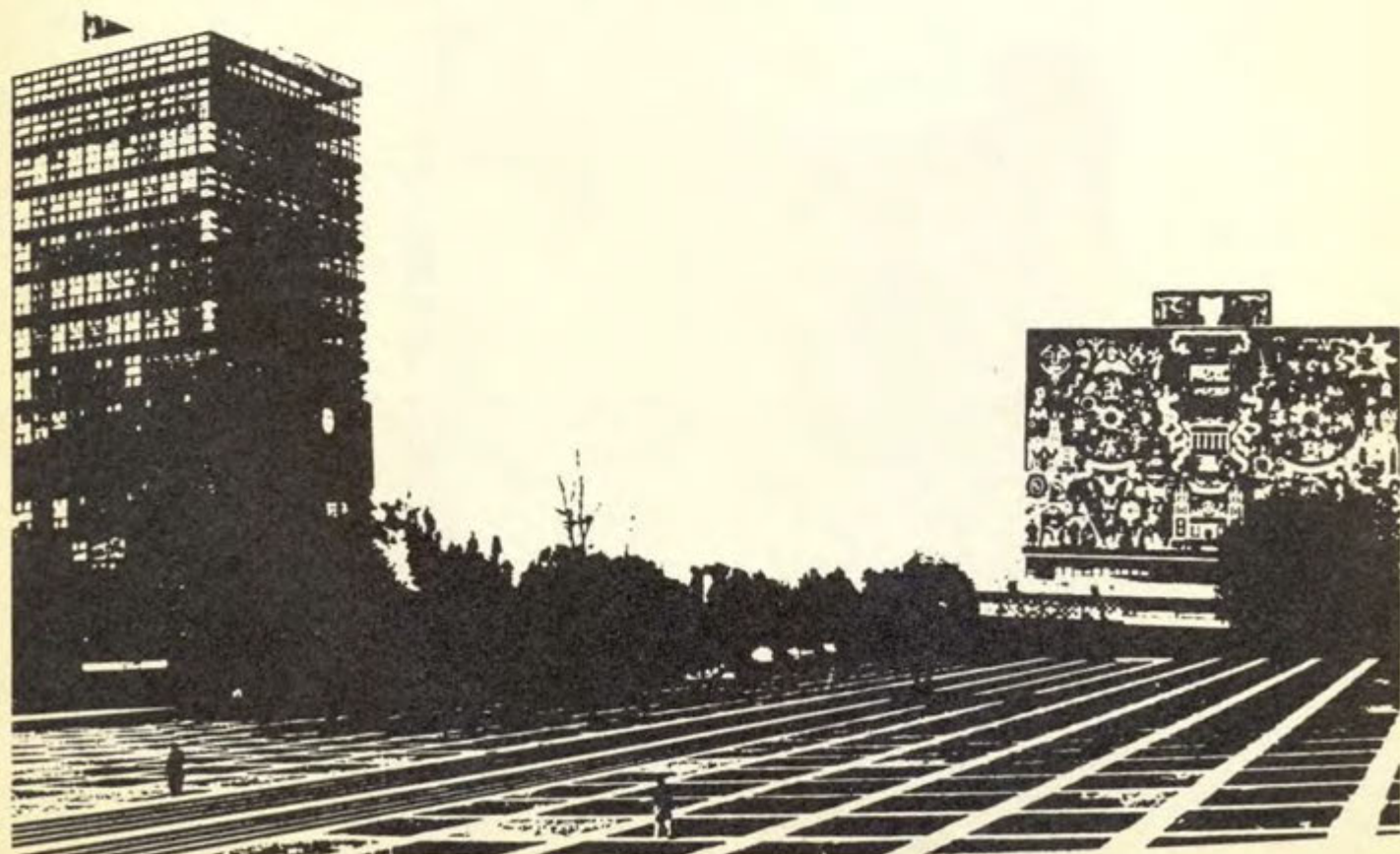
17. La Universidad sólo puede ser una comunidad efectiva que excluya de su seno los antagonismos, aunque no las diferencias ideológicas de todo tipo, cuando todos sus miembros y sectores pueden participar en las decisiones que afectan la vida de toda la comunidad o pueden elegir y controlar a las

autoridades que, en nombre de la comunidad, toman dichas decisiones. En pocas palabras, la comunidad sólo es propiamente tal cuando por las relaciones entre sus miembros y sus representantes es democrática.

Lo que caracteriza actualmente a la estructura de la UNAM, su régimen de gobierno y las relaciones entre sus diversos sectores —académico, estudiantil y trabajador— es su estructura profundamente antidemocrática. Este carácter antidemocrático se pone de manifiesto en la existencia de un cuerpo de funcionarios y autoridades no elegidos democráticamente, ni sujetos al control de la comunidad, que concentra en sus manos el poder de decisión en las cuestiones más importantes de la comunidad. La Universidad necesita, en sus justos límites, un conjunto de funcionarios y autoridades. Pero no puede aceptar —porque ello se convierte en un obstáculo para que cumpla sus fines propios y su insoslayable finalidad social— su transformación en un sector

separado de la comunidad y situado, con su poder propio, por encima de ella, lo que justifica su caracterización, en la situación actual, como burocracia.

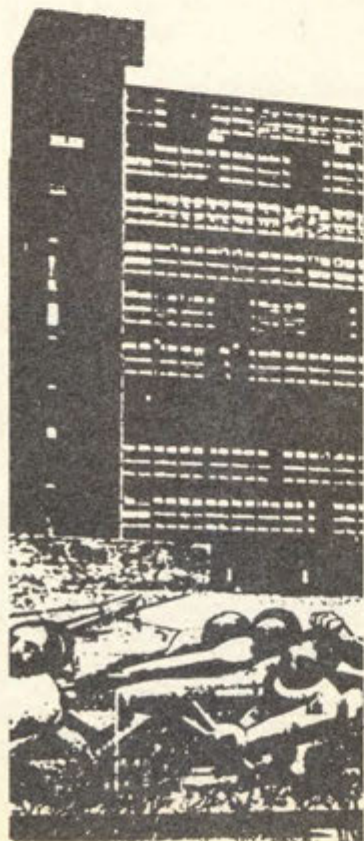
La transformación democrática de la UNAM consistirá en devolver a la comunidad ese poder que se ha separado de ella, poniendo bajo su control a las autoridades elegidas democráticamente, y participando en la forma adecuada en la decisión de las cuestiones relacionadas con el cumplimiento de los fines de la Universidad. Pero la participación democrática de la comunidad no debe plantearse desde un punto de vista igualitario abstracto. Asegurar la participación de la comunidad no significa que todos deben participar en todo y de la misma manera. Hay cuestiones como las relacionadas con la finalidad social, el compromiso con la nación, el régimen de gobierno, en las que *todos* deben participar. Asimismo, hay también cuestiones que afectan sobre todo a profesores y a estudiantes en general, o a una escuela o facultad



en particular, o a un solo sector —los investigadores de una rama muy especializada del saber, los trabajadores y otros—. Pero tomando en cuenta estas particularidades, corresponde a la comunidad tomar las decisiones que toca a los funcionarios y autoridades ejecutar.

La democracia no es sólo asunto formal, sino que tiene que manifestarse en la vida real de un modo efectivo. La democracia es incompatible con la manipulación de la mayoría por grupos o camarillas, y es incompatible también con su simulación. Por ello debe partir de las unidades mínimas (academias, colegios de profesores o salones de clase, años escolares, tratándose de los estudiantes). La democracia universitaria se anula si el activismo de una minoría acaba por imponer su voluntad, o si el cansancio o la apatía dejan el campo libre para que la minoría aparezca como mayoría (tal es el riesgo del asambleísmo).

18. Puesto que la Universidad



es una institución específica al servicio de la sociedad, del país, para lo cual tiene que cumplir ciertos fines específicos que requieren, a su vez, autonomía, libertad de cátedra y democracia interna, las relaciones entre universidad y política tienen que considerarse en el marco de esta caracterización. La autonomía garantiza que ninguna instancia exterior, política o social, la aparte del cumplimiento de sus fines. La libertad de cátedra, al oponerse a la sujeción a una doctrina o corriente de pensamiento, asegura la pluralidad de ideas indispensable para producir, transmitir y difundir el saber. La democracia interna, al propiciar la participación de toda la comunidad en el diseño de sus fines, permite una realización de ellos más elevada y más acorde con las necesidades del país.

Especificada así la naturaleza, fines y funciones de la Universidad, hay que precisar también de qué política se habla cuando se le pone —en un sentido u otro— en relación con la Universidad. Por supuesto, hay que descartar la política como politiquería, es decir, como actividad oscura, tortuosa, encaminada a satisfacer en y con la Universidad intereses mezquinos, turbios, de grupos o personas. Puede hablarse también de política partidista o de partido como actividad práctica de los individuos agrupados y comprometidos con él para mantener, reformar o cambiar el poder, y, con ello, el estado de cosas vigente en el país. Como cualquier otro ciudadano, el universitario puede, si lo desea, practicar esa política. Finalmente, política es toda actividad de los miembros de la sociedad —organizados o no en partidos—, así como de los grupos, instituciones o entidades sociales, que tiene que ver con los asuntos públicos y, en particular, en relación con el Estado.

19. La realización de los fines de la Universidad es incompatible con la política en el primer sentido: como politiquería. En cuanto al segundo, como politi-

ca partidista, la Universidad reconoce la legitimidad y necesidad de esta política, pero sin asumir como institución la política de un partido. Aunque los universitarios pueden hacer política partidista dentro de ella, la Universidad como institución no puede sujetarse, sin violar su autonomía, a las decisiones de un partido. Pero esto no puede impedir que los partidos —y no sólo ellos: también sectores sociales diversos y miembros de la sociedad no agrupados en partidos— se pronuncien públicamente dentro y fuera de la Universidad sobre sus asuntos vitales y, en primer lugar, sobre cómo cumple —o incumple— su finalidad social. Y esto tiene claramente un alcance político.

De modo análogo, los universitarios no sólo deben conocer dentro de la Universidad las doctrinas o corrientes en que se apoyan determinadas actividades políticas, sino también la visión que tienen del país, al que la Universidad debe servir, los diferentes partidos o sectores sociales. Esto no viola la autonomía, ni la libertad de cátedra. Sólo las violaría si la Universidad se sujetara a las decisiones de un partido o si, dentro de ella, se impusiera una corriente de pensamiento o una tendencia filosófica, científica o social.

20. La Universidad no puede dejar de hacer política, ni ocultar que la hace, entendida en el amplio sentido que antes hemos señalado. Establecer prioridades en un proyecto nacional y determinar la naturaleza y el alcance de éste, es hacer política. Examinar la política presupuestaria del Estado, enfrentarse a su política actual de recortes en materia de educación, pugnar porque el apoyo del Estado corresponda a las exigencias académicas y orientar la producción de conocimientos contra el subdesarrollo y la dependencia, es hacer política.

Por otro lado, en circunstancias históricas determinadas, la UNAM como institución, y no sólo los universitarios (lucha por la autonomía en 1929; defensa conjunta de la autonomía

y de las libertades democráticas del país, en 1968), ha hecho abierta y claramente política. Pero, ciertamente, la política —o más bien, determinada política— puede ser incompatible con los fines de la Universidad cuando obstaculiza o impide su cumplimiento. Los daña o anula cuando, al tratar de someter la Universidad a objetivos partidistas o inmediatos, se niegan las condiciones mismas indispensables (autonomía, libertad de cátedra e investigación) para cumplir sus fines sociales y académicos. Y atenta contra ellos, igualmente, cuando la política desplaza lo que en la Universidad es esencial: el diálogo, la persuasión, la negociación, por la violencia, la intimidación o la injuria. Y se contraponen a ellos, por último, cuando la esencia democrática de la política en la Universidad sucumbe ante la manipulación, el clientelismo político o el autoritarismo.

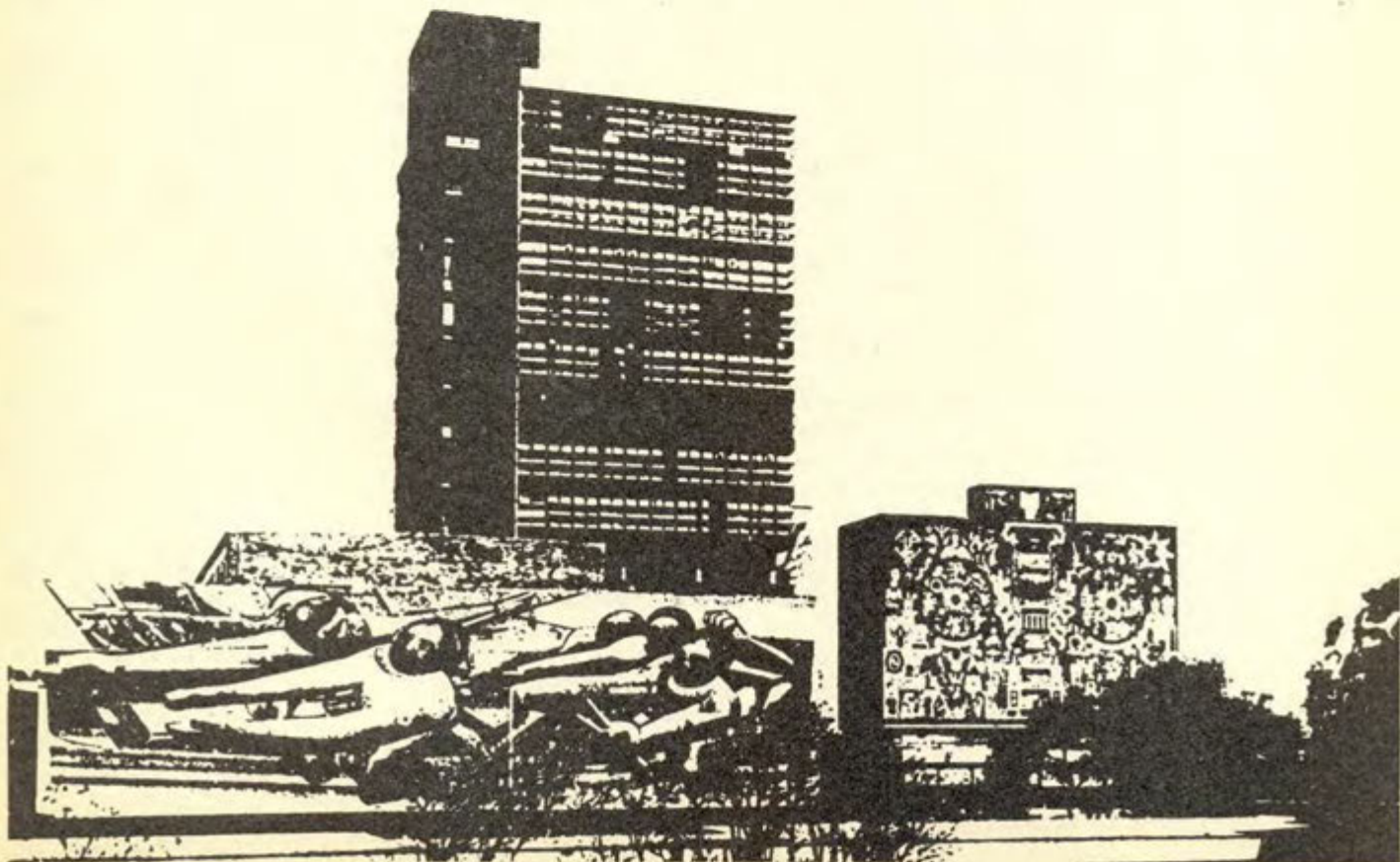
21. Pero el antídoto contra la política que no sirve a la Universidad, y que por tanto es in-

compatible con la política en su sentido más profundo encaminada a servirla, y en consecuencia a servir al país, no es la academia pura, incontaminada, al margen de toda política. El dilema ¿academia o política? es falso, porque no se trata de sacrificar un término u otro, como hacen tanto el academicismo como el politicismo. El primero, ignorando la finalidad social de la Universidad, hace de los fines académicos, fines en sí. El segundo, pretendiendo sujetar la Universidad a cierta política en nombre de su finalidad social, ignora —o pretende ignorar— que la Universidad sólo puede cumplir esa finalidad social cumpliendo sus fines específicos, académicos.

En un sentido propiamente universitario, lo académico es político, y lo político no puede desligarse de lo académico. Concebida como institución social que cumple específicamente, en el área del saber, una finalidad social, no puede aceptar el dilema de academia o política. Decidirse en favor de un térmi-

no del dilema con exclusión del otro significa separar tajantemente lo que en la Universidad tiene que estar indisolublemente unido. Decidirse por la academia es pretender hacer de la Universidad una entidad aséptica o neutra ideológica y políticamente, aunque en la realidad se sirva con ello a determinada política. Decidirse por la política sacrificando en la práctica la academia —como demuestran ciertas experiencias lamentables en nuestro país— es contribuir a destruir la Universidad como institución social que, para cumplir su finalidad social y hacer la política necesaria para ello, tiene que cumplir sus fines propios, académicos. Así pues, ni academia desligada de la política, ni política al margen o en contra de la academia.

*Ciudad Universitaria,  
2 de junio de 1988*



# El futuro de la UNAM

Carlos Muñoz Izquierdo

Tanto las características que distinguen a la Universidad cuando se inicia el siglo XXI, como la forma en que esta casa de estudios desempeña las funciones que en esos momentos le encomienda la sociedad —que será entonces, sin duda, más compleja y dinámica que la de los años ochenta de este siglo—, dependen de las decisiones que se adopten desde ahora, en los diversos aspectos del desarrollo de la institución.

Entre las preocupaciones subyacentes en las reformas universitarias que actualmente están siendo analizadas, se advierte muy claramente una inquietud por mejorar, en general, la calidad académica de los programas que ofrece esta casa de estudios. De esa inquietud han emanado diversas iniciativas, que reconocen la necesidad de seleccionar en una forma más rigurosa a quienes sean admitidos como alumnos en los distintos programas académicos de la Universidad.

Las discusiones que hasta ahora han suscitado estas iniciativas carecen, desde nuestro punto de vista, de la profundidad que requieren. A esto se debe que amplios sectores de la comunidad universitaria —al conjugar los efectos que necesariamente producirán estas medidas en la selectividad del alumnado con los de otros fenómenos que se están advirtiendo en el sistema productivo (y que habrán de repercutir en los mercados de trabajo a los que concurren los egresados de la educación superior)— hayan puesto en duda el papel que la Universidad desempeñará en lo sucesi-

vo en la movilidad intergeneracional de los sectores mayoritarios de la sociedad. Este papel, como es sabido, está muy estrechamente vinculado con el que se espera que la Universidad desempeñe en la gestación de una sociedad más participativa e igualitaria.

Es necesario advertir al respecto que la probabilidad de que la UNAM contribuya a la movilidad social depende, en primer término, de que su educación alcance niveles cualitativos que ahora parecen lejanos —al menos en determinados programas cuya matrícula se ha expandido más rápidamente durante los últimos años—. Por lo tanto, las reformas que están siendo discutidas por la comunidad constituyen un primer paso encaminado hacia el cumplimiento de este propósito.

Sin embargo, el desempeño adecuado de las funciones sociales de la Universidad también depende del cumplimiento de otras dos condiciones. La primera consiste en que las oportunidades de recibir educación superior —de adecuada calidad— no estén relacionadas con la posición social en que se encuentren quienes tengan acceso a ella; y, la segunda, en que la educación impartida tenga las características necesarias para poder producir efectos satisfactorios en la posibilidad de obtener un empleo, *status* ocupacional y en los niveles de vida de los egresados.

Por lo anterior, en este ensayo planteamos la hipótesis de que las reformas que pronto serán implantadas en esta casa de estudios —las cuales, fundamentalmente, se dirigen hacia el mejoramiento de la calidad de la enseñanza— formarán parte de un proceso de transformación más amplio, a través del cual la Universidad irá contribuyendo con mayor eficacia a la gestación de una sociedad más igualitaria, participativa e independiente. Nos parece plausible que, para lograr este propósito, la comunidad universitaria busque y ensaye, a mediano plazo, otras políticas y programas que contribuyan a satisfacer paulati-

namente las condiciones de las que depende el cabal cumplimiento de las funciones sociales de la institución.

*La posición social de los alumnos y el acceso a la educación superior*

Situación actual

La expansión que experimentó la matrícula universitaria durante los últimos lustros estuvo determinada, como es sabido, por políticas de admisión bastante flexibles (como la del llamado pase automático para los alumnos egresados de instituciones de nivel medio superior dependientes de la Universidad). A través de esas políticas se pretendía impulsar la movilidad intergeneracional de las clases mayoritarias de la sociedad. Se suponía, en efecto, que cualquier restricción al acceso a la educación superior impediría el cumplimiento de ese propósito.

A través del tiempo, sin embargo, se ha observado que las políticas adoptadas producen resultados distintos de los esperados. Si bien es cierto que el acceso generalizado a la Universidad generó cambios importantes en la composición social del alumnado matriculado en este nivel educativo —gracias a la *masificación* de la matrícula—, con esto sólo se produjo una aparente democratización de la enseñanza. En realidad, se generó un notable distanciamiento entre la calidad de la enseñanza que la Universidad debería impartir (para contribuir a impulsar efectivamente la movilidad social) y la educación que en verdad puede ofrecer a quienes carecen de la preparación académica y de otras cualidades que son indispensables para el adecuado desempeño en las facultades y escuelas que imparten enseñanza superior.

*Escenario probable a corto plazo*

Las tendencias que se pueden esperar —en tanto no sean apli-

cadadas (en el sistema educativo preuniversitario) determinadas políticas para expresamente modificar el perfil académico de los egresados de la enseñanza media superior— apuntan hacia una mayor heterogeneidad en los niveles académicos de quienes soliciten ingresar a las facultades y escuelas profesionales de la Universidad. Esa heterogeneidad estará vinculada con una creciente diferenciación cualitativa entre las instituciones que ofrecen educación media superior; y, por ende, también estará asociada con fuertes disparidades entre los niveles socioeconómicos de quienes están preparados suficientemente para recibir educación de este nivel y los de quienes no reúnan las características requeridas para un adecuado desempeño en la enseñanza superior.

A la luz de lo anterior, en la Universidad ya no se aceptará como válida la tesis de que la educación superior debe ser ofrecida en forma universal. Las reformas que está discutiendo la comunidad universitaria indican claramente que son necesarias medidas encaminadas a impartir la enseñanza superior en forma selectiva.

Las medidas encaminadas a seleccionar a quienes ingresen a la enseñanza superior —las cuales probablemente no sólo se aplicarán en esta casa de estudios, sino también en las demás instituciones de educación superior del país— implican impartir esta educación, en forma predominante, a alumnos cuyas familias están colocadas en los estratos medios y superiores de la distribución del ingreso. Para contrarrestar este fenómeno, es probable que a los demás egresados de la educación media superior se les ofrezcan otros tipos de educación al terminar la enseñanza secundaria (encaminada hacia la capacitación para el desempeño de ciertas ocupaciones de nivel subprofesional).

Desafortunadamente, la dinámica de los mercados de trabajo a los que concurren los egresados de este nivel educativo permite prever que quienes tengan acceso a las instituciones que

imparten educación superior disfrutarán de ciertos beneficios —de orden económico y social— que superarán notoriamente a los de los egresados de las demás instituciones que ofrezcan educación postsecundaria. En consecuencia, es probable que la selectividad social de la educación superior —si no es implantada junto con otras medidas— contribuya a incrementar las distancias hoy por hoy existentes entre los niveles de vida de quienes se encuentran en los diversos estratos de la sociedad.

#### *Escenario probable a mediano plazo*

Por lo anterior, podemos prever que la Universidad continuará el proceso de transformación que ha iniciado y aplicará gradualmente algunas políticas complementarias. Éstas asegurarán que sólo sean admitidos en la enseñanza superior quienes estén suficientemente preparados para ello,<sup>1</sup> pero impedirán, al mismo tiempo, que las oportunidades de recibir esta educación se correlacionen con los niveles socioeconómicos de las familias de los alumnos admitidos. Este objetivo, desde luego, no podrá lograrse a corto plazo, sino que se irá traduciendo en metas graduales que serán alcanzadas mediante diversos programas adecuadamente planeados.

En términos generales, estos programas se desarrollarán en la enseñanza media superior. Sin embargo, en una primera etapa (es decir, durante los años en que sigan egresando alumnos que no hayan podido ser beneficiados por estos programas), también serán aplicados en la enseñanza superior. Desde la perspectiva de la morfología del sistema educativo, los programas mencionados serán comparables a los *troncos comunes* o a los tramos dedicados a los *estudios generales* actualmente existentes en algunos casos. Sin embargo, se diferenciarán en cuanto a la naturaleza de sus funciones. En efecto, los estudios que actualmente se realizan (en al-



gunas instituciones) durante los primeros años de la enseñanza superior no cumplen con eficacia sus funciones propedéuticas, sino que más bien contribuyen, de hecho, a eliminar a los alumnos que no han llegado preparados a este nivel educativo. En cambio, los programas que la Universidad establecerá en el futuro se propondrán desarrollar equilibradamente todas las características y habilidades necesarias para un adecuado desempeño en la enseñanza superior. Por tanto, tales programas contribuirán, entre otras cosas:

a) Al desarrollo de las estructuras cognoscitivas asociadas con el razonamiento formal (abstracción, análisis, síntesis, etcétera).

b) Al desarrollo de actitudes favorables para solucionar los urgentes problemas nacionales (lo que por ende implica la preocupación por la independencia del país y el deseo de incrementar su propia cultura).

c) Al desarrollo de los rasgos de la personalidad indispensables para el progreso académico

<sup>1</sup> También se puede prever que serán revisados los procedimientos actualmente establecidos para seleccionar a los alumnos que soliciten su admisión a la educación superior, ya que los exámenes de admisión que actualmente se aplican no siempre tienen una adecuada capacidad predictiva. Es probable que algunos exámenes sean sustituidos por otros instrumentos de selección.



(autoaceptación, adecuada autovaloración, confianza en las propias capacidades, equilibrio emocional, capacidad para diferir la satisfacción de algunas necesidades).

d) A la adquisición de los hábitos que permiten aprovechar estas actitudes y características (esfuerzo, tenacidad, perseverancia, etcétera).

Desde luego, estos programas tendrán un carácter transitorio, ya que, a mediano plazo, la enseñanza media será capaz de cumplir estos objetivos en forma generalizada. De lo anterior se deduce que la Universidad también planteará, a mediano plazo, una reforma integral en ese nivel educativo. La reforma abarcará, por ejemplo:

a) El diseño y aplicación de nuevos programas de formación de profesores.

b) La modificación de los criterios de contratación y promoción de los docentes.

c) El diseño de los planes y programas de estudio.

d) Diversas medidas encaminadas a apoyar el aprendizaje (especialmente el de los jóvenes pertenecientes a los sectores mayoritarios de la sociedad). Entre estas últimas, serán prioritarias las medidas que se relacionen con la producción de materiales didácticos (particularmente los que promuevan y faciliten el autodidactismo y el desarrollo de las habilidades arriba mencionadas), así como las que impulsen el funcionamiento de círculos de estudio dedicados a facilitar el avance académico de los alumnos pertenecientes a los sectores sociales mencionados.

### *Impacto de la educación superior en los mercados de trabajo*

#### Situación actual

Diversas investigaciones han demostrado que, durante las últimas décadas, diversos programas de educación superior —entre los que se encuentran, de seguro, algunos de los que ofrece la Universidad Nacional— no

han contribuido, en la medida esperada, a impulsar la movilidad intergeneracional de quienes los cursaron.

Lo anterior se ha debido, en primer lugar, a que el crecimiento de la matrícula correspondiente a esos programas generó cohortes de egresados cuyos volúmenes rebasaron a los de las oportunidades de empleo existentes en los mercados de trabajo profesionales, lo cual generó, a su vez, los conocidos fenómenos del *credencialismo* y de la *desvaloración* de la escolaridad en los mercados de trabajo.

En segundo lugar, el problema mencionado también parece haber sido determinado, en algunos casos, por la falta de correspondencia entre las características cualitativas de la educación impartida y la preparación profesional exigida por los empleadores —aunque generalmente a partir de criterios insuficientemente sustentados— en los correspondientes mercados de trabajo.

En tercer lugar, el problema aludido ha sido atribuible a que los diseños curriculares (de la mayoría de las licenciaturas) están orientados hacia el ejercicio profesional que se ha generalizado en los sectores más organizados del sistema productivo. Al mismo tiempo, la educación impartida a través de esos programas no ha puesto el acento —como hubiera sido deseable— en el desarrollo de las capacidades necesarias para construir conocimientos y desarrollar soluciones originales a los problemas específicos de las diversas profesiones. En general, esa educación se ha propuesto transmitir conocimientos y promover la adquisición de determinadas destrezas encaminadas a aplicarlos.

Lo anterior significa que los egresados de la educación superior no se han preparado para el ejercicio profesional correspondiente a los ámbitos del sistema productivo diferentes de aquellos en los que tradicionalmente se han concentrado quienes han tenido acceso a la educación de este nivel. Tal ejercicio, sin duda, exige una formación profe-

sional con características muy distintas de las que tiene la preparación ofrecida usualmente por las instituciones de educación superior. El hecho de que en la mayoría de los programas de educación superior no se haya ofrecido hasta ahora esa formación no sólo ha tenido obvias implicaciones para el subdesarrollo tecnológico del país, sino que también ha intervenido en el proceso de desvaloración de los títulos profesionales —puesto que ha contribuido a la excesiva concentración de los egresados de la educación superior en aquellos sectores del sistema productivo cuyo crecimiento ha sido insuficiente para absorber a los neoprofesionistas en condiciones aceptables.

### *Escenario probable a corto plazo*

Las principales tendencias que se pueden esperar a corto plazo en los mercados de trabajo pueden resumirse en los siguientes puntos:

a) En términos agregados (o globales), el número de egresados y desertores del sistema educativo —es decir, la oferta total de recursos humanos— seguirá siendo mayor al de las oportunidades de conseguir empleo en los sectores modernos del sistema productivo.

b) Además, la demanda de personal calificado de nivel subprofesional —especialmente por personal con calificaciones muy concretas o específicas—, así como la demanda de personal no calificado, seguirá disminuyendo, lo que se deberá al reemplazo de algunas tareas calificadas por las nuevas tecnologías de automatización, y a la obsolescencia de algunas ocupaciones tradicionales.

c) En cambio, seguirá aumentando la demanda de personal altamente calificado (ingenieros, programadores, especialistas en sistemas, etcétera).

Por tanto, se desarrollará un proceso de *polarización* de las calificaciones entre un reducido número de especialistas de alto nivel, que desempeñará las ta-



reas de diseño, planeación, administración y control —por una parte— y la mayoría de la fuerza laboral —por la otra—. Una proporción importante de las ocupaciones será fácilmente sustituible. Quienes las desempeñen perderán el control sobre la producción, tendrán a su cargo, mayoritariamente, tareas rutinarias —que no requieren calificación— y estarán expuestos al desempleo tecnológico.

Ante estos fenómenos, es probable que —en el corto plazo— los planificadores de la educación superior (es decir, no sólo los de las instituciones universitarias) propongan políticas que busquen:

a) Disminuir el número de egresados de las carreras tradicionales.

b) Permitir el crecimiento de las carreras cuya demanda laboral siga aumentando, pero sólo en la medida en que sea posible impartir educación de alta calidad.

c) Expandir la matrícula de las instituciones que ofrezcan enseñanza subprofesional (tanto de nivel medio superior como de nivel postsecundario).

d) Ofrecer oportunidades de capacitación encaminadas a *reconvertir* las calificaciones de acuerdo con las cambiantes necesidades del sistema productivo.

Cabe advertir que, si bien es cierto que estas políticas podrán contribuir a lograr un relativo equilibrio entre la oferta y la demanda de recursos humanos altamente calificados, no podrán resolver los problemas ocupacionales de los individuos que no sean admitidos en las instituciones que impartan educación de nivel superior. Por tanto, de ese modo, la Universidad no podrá favorecer la movilidad social de los sectores mayoritarios de la población.

#### *Escenario probable a mediano plazo*

Para afrontar las tendencias descritas, la Universidad procurará generalizar, a mediano plazo, una formación científica y tecnológica apoyada en bases

intelectuales más sólidas, que permita desarrollar, entre otras cosas, la capacidad de adaptación y versatilidad en el mercado ocupacional, indispensable tanto para poder participar creativamente en los sectores de la economía que han permanecido rezagados como para estar en condiciones de adquirir las nuevas habilidades que vayan requiriendo los sectores modernos del sistema productivo. Por tanto, irá suprimiendo los programas encaminados a ofrecer la formación que en la actualidad es necesaria para desempeñar ocupaciones específicas —las cuales están sujetas, además, a altas tasas de sustituibilidad—. Esto es previsible porque las llamadas recalificación o reconversión de la mano de obra —así como la creación de nuevos modelos de ejercicio profesional en los sectores no modernos del sistema productivo— sólo serán posibles cuando se cuente con una sólida base intelectual, que permita desarrollar la capacidad de abstracción, análisis, síntesis y manejo de lenguajes simbólicos. Por tanto, sólo podrán ser *recalificadas* eficazmente —o tendrán la capacidad de desarrollar modelos alternativos de ejercer diversas profesiones— las personas que hayan alcanzado niveles educativos elevados, y cuya calidad sea superior a la que tiene la educación que se imparte hoy en la mayoría de los programas de educación superior.

Para lograr estos propósitos, la Universidad experimentará gradualmente una transformación cualitativa de gran envergadura. Esa transformación se reflejará en los contenidos curriculares, los métodos de enseñanza-aprendizaje, los programas de formación de profesores, la profesionalización de la docencia y la organización de la enseñanza.

Consecuentemente, será diseñado un ambicioso plan de desarrollo universitario que conjugará la investigación educativa y el desarrollo experimental de modelos de enseñanza-aprendizaje con:

a) La orientación de los pro-

gramas de formación de profesores hacia el desarrollo de habilidades necesarias para promover la construcción del conocimiento.

b) La vinculación de los programas de inducción y retención de los docentes con los procesos de evaluación de la efectividad de la enseñanza.

c) El diseño y gradual difusión de nuevos planes y programas de estudios.

d) La producción de materiales didácticos.

e) La vinculación de la Universidad con unidades productivas integrantes de los sectores nacional y social de la economía. (Esta vinculación no sólo permitirá detectar los perfiles de las nuevas profesiones que deberán ser diseñadas con la finalidad de favorecer el empleo de los egresados, sino que también tendrá la finalidad de promover —a través de proyectos de investigación y desarrollo— la productividad de los sectores mencionados.)

Por tanto, consideramos que la comunidad universitaria diseñará e implantará, a mediano plazo, nuevas reformas orientadas hacia la dirección prevista. Si las hipótesis antes planteadas son acertadas, podremos mirar con optimismo el futuro de la UNAM, ya que así será más eficaz el servicio que se preste a los sectores mayoritarios y al desarrollo económico del país.





## Un siglo y dos imperios

Fernando del Paso

En la década de los años sesenta del siglo pasado, México suspende los pagos de la deuda exterior, provoca la alarma de Europa y le da a Napoleón III el pretexto para intervenir e instaurar en su territorio un imperio con un príncipe europeo a la cabeza. México es entonces un país inmensamente rico, inmensamente pobre. México, además, es un país presa de la corrupción, la apatía, la desidia.

La frase "en México no pasa nada" parecería justificarse un siglo después: México, un país de enormes riquezas siempre mal distribuidas, y de gigantesca miseria compartida por millones, es de nuevo un país insolvente y a la deriva, corrupto hasta la médula.

Hay, entre otras, una diferencia importante: México, al quitarse de encima un imperio, cayó en las garras de otro. "Benito Juárez —dice la Malinche en una obrita de Salvador Novo—, al cerrarle las puertas a Europa, se las abrió a los *slogans*".

Mis tres novelas —*José Trigo*, *Palinuro de México* y la que estoy por terminar, *Noticias del Imperio*— están muy lejos de reflejar no sólo todo lo que ha pasado en México en un siglo, sino tampoco lo que no ha pasado: son apenas una pequeña contribución a un gran mural iniciado y continuado por otros muchos novelistas de genio y aliento diversos.

Pero al aceptar la invitación de la Universidad de Nôtre-Dame a participar en este ciclo de conferencias, y hacerlo en referencia a mi propia obra, me propuse descubrir hasta qué punto en esas tres novelas —consideradas en su conjunto— se destaca la inmovilidad de numerosos aspectos de la vida política y social de México, nada más que por contraste —o sobre todo— frente a los cambios que sí han ocurrido y continúan ocurriendo, por culpa del imperialismo, por culpa nuestra y por culpa del siglo, y que sin duda han afectado de manera profunda a la sociedad mexicana.

"La nada reina en el país... una nada más poderosa que el

espíritu humano", le escribe a la emperatriz de los franceses, Eugenia de Montijo, la emperatriz Carlota. El país al que se refiere es, desde luego, México. El doctor León Coindet, médico cirujano del ejército francés durante la Intervención; Michel Chevalier, economista y geógrafo enviado por Napoleón III para elaborar un estudio especial; y aventureros o turistas de la época, como los ingleses W.H. Bullock o H.F. Elton, que viajaron a México en la década de los sesenta del siglo pasado; y, pocos años antes, la marquesa Calderón de la Barca, ofrecen en sus crónicas, diarios, informes o cartas una serie de apreciaciones y opiniones sobre la sociedad mexicana del siglo pasado, más o menos brillantes, profundas a veces, superficiales muchas, que sin embargo coinciden con lo expresado por Carlota en la enumeración de los ingredientes de la nada mexicana. En México, en efecto, y como dice la frase por todos conocida, por todos repetida, *nunca pasa nada*.

En su libro *Tiempo mexicano*, Carlos Fuentes se refiere a lo que llama una "simultaneidad de los tiempos mexicanos". "Sólo la Revolución —dice el novelista mexicano— hizo presentes todos los pasados de México. Lo hizo *instantáneamente*..." Leer los libros de Chevalier, de Coindet o de la inteligente Frances Erskine Inglis —la célebre marquesa— es una experiencia fascinante y desoladora

a la vez. Se trata, claro está, de puntos de vista de europeos que desconocían el modo de ser del mexicano, sus tradiciones, sus convencionalismos sociales, su cultura. Se trata, sobre todo, de opiniones que, sin pena ninguna, podemos calificar como *imperialistas*. España no renunciaba todavía a la pérdida de sus colonias americanas, Inglaterra hacia lo posible por conquistar sus mercados y Francia había decidido intervenir de manera directa, según ella para detener la nefasta influencia anglosajona y protestante en México y el resto de Latinoamérica; según la historia, para sacar la plata de Sonora. Persiste además hasta esa época, si bien atenuado, el desprecio al indígena, al aborigen de las tierras americanas, que algunos filósofos ilustres se encargaron de alimentar. Como bien nos recuerda Eduardo Galeano en su espléndido libro *Las venas abiertas de América Latina*, la América de Voltaire estaba "habitada por indios perezosos y estúpidos", y Bacon, Montesquieu y Hume, entre otros, "se negaron a reconocer como semejantes a los 'hombres degradados' del Nuevo Mundo".

No obstante —y haciendo ahora a un lado los motivos, entre ellos la desesperanza y la desilusión constantes, y la persistente explotación que pudieron haber contribuido a esa *nada* mexicana de la que hablaba la emperatriz Carlota—, la verdad —y se sabe que es verdad porque nos duele— es que en nues-

El autor cedió especialmente a *Utopías* el texto de esta conferencia, que dictó en la Universidad de Nôtre-Dame en la primavera de 1986, cuando se encontraba a punto de terminar su más reciente novela, *Noticias del Imperio*.

tro país esa *simultaneidad* de los tiempos mexicanos se ha traducido en una inmovilidad social.

La historia no se repite, pero a veces se parodia a sí misma: el pretexto que buscaba para intervenir en México Napoleón *El Pequeño* —el sobrino de Napoleón *El Grande*— y que alguna vez soñó con transformarse en rey de Nicaragua, la excusa para derribar la República presidida por Juárez, inaugurar una monarquía y poner al frente de ella a un príncipe Habsburgo, fue la insolvencia de México. España, Inglaterra y Francia comienzan a desembarcar en Veracruz. La plata de Sonora quizás no era suficiente, como decía un virrey, para empedrar el camino de la ciudad de México a Veracruz. Y así como el desprecio al indio, persiste la hipérbole aplicada a las riquezas naturales del continente, esa hipérbole de la que hablaba José Antonio Portuondo en su ensayo "Literatura y sociedad", y que fue inaugurada, nos dice, por Cristóbal Colón, quien "inicia las formas modernas de la propaganda comercial cuando pondera hiperbólicamente la mercancía que trata de imponer". Pero de todas maneras, y a pesar de que varios siglos más tarde Humboldt contribuye a la exageración, México cuenta con grandes recursos minerales y un potencial agrícola enorme. Pero México, además de no tener plata para pagar su deuda exterior, es en esa época un importador de algodón. A esto se agrega la corrup-

ción. Expresiones como "unto mexicano" tuvieron el privilegio de pasar con rapidez al diccionario de la Academia. *Unto* es, por supuesto, el soborno, el cohecho, la mordida. En México todo se arreglaba así, para beneficio de los gobernantes y las autoridades militares y civiles —con la clarísima, increíble excepción de Juárez y otros liberales que se contaban con los dedos— que se enriquecían a expensas no sólo del soborno, sino también de la explotación del campesino. En pocas palabras, en México las cosas no funcionaban. Quizás la nación mexicana no era, como afirmaba Alamán, un aborto, y se necesitaba una incubadora, pero sí, como la definía Justo Sierra, "un país en formación, protoplasma de país más que país definitivamente orgánico".

En México, sin embargo, pasan, han pasado tantas cosas. Esa guerra de Reforma que dejó en quiebra al país no fue sino la culminación de una interminable serie de revueltas, pronunciamientos y asonadas, secuela en nuestro país como en otros países latinoamericanos de una lucha feroz, primero por la independencia, después por el poder. En México, también, hubo una Revolución y un millón de muertos. En México hubo un 68...

Las grandes conmociones sociales y políticas del siglo pasado todavía, sin embargo, están en espera de los escritores que las novelan. Novelistas de nombre, Altamirano, Payno, Mateos y otros muchos, están muy lejos de alcanzar tanto la altura como la profundidad de algunos de sus contemporáneos europeos, como Flaubert, Zola o Tolstoi.

La Revolución es más afortunada y pronto encuentra a sus escritores. Algunos de éstos, quizás por haber sido no sólo testigos, sino partícipes de ella, no llegaron a percibir todo lo que de inútil tuvo. La sobrevivieron, siguieron creyendo en ella, la cantaron, la sacralizaron. Pero su obra resulta imprescindible para los novelistas que habrán de seguir. Azuela,

Magdaleno, Rafael F. Muñoz, maestros ya de un oficio, dueños de un estilo y ajenos, al parecer, a una crisis de identidad, nos dejan en sus páginas la constancia, no tanto de los cambios sociales que no ocurren, al menos no en la medida deseada y ni siquiera en la medida más tarde institucionalizada, sino de las causas más profundas que motivaron la Revolución. Sus obras son la crónica de un desastre y de una frustración que sólo pueden ser entendidos por los novelistas, en toda su plenitud y consecuencias, medio siglo más tarde. Pero en la sombra del caudillo se perfila también la sombra de Artemio Cruz. Martín Luis Guzmán descubre ya el cinismo de la nueva clase gobernante que nace con la Revolución, pero que no muere con ella: se perpetúa en Artemio Cruz, que todavía está vivo.

Es quizás en *La muerte de Artemio Cruz* donde de manera más dramática se refleja todo aquello que no pasó, que no ha pasado en México en 60 años, en contraste con el cambio radical, asombroso, de una minoría de líderes y políticos que no tuvieron la suerte de morir en la Revolución, sino la desgracia —al menos ante los ojos de la historia— de sobrevivirla y enriquecerse y corromperse a expensas de una mayoría. *Los albañiles*, de Leñero, vivos a la par de Artemio Cruz, son los mismos albañiles de hace un siglo: pertenecen a una clase desposeída de analfabetos que viven en la miseria y en promiscuidad porque, entre otras cosas, no viven en las casas que construyen.

*La región más transparente*, del propio Fuentes, al transformar a la ciudad de México en personaje señala el principio de un cambio que habrá de afectar las vidas de millones de seres: la pérdida del encanto y la inocencia de la ciudad de México. Y, por supuesto, de su transparencia. Es verdad que desde hace tiempo se esperaba ya la muerte de la naturaleza en la novela, y estamos ya lejos de Giono, de Ramuz, y, en México, de nove-



listas como el mencionado Rafael Muñoz —autor de esa pequeña maravilla que es *Se llevaron el cañón para Bachimba*—, en cuyas obras las montañas y los valles están tan vivos como los personajes. Es cierto, también, que Fuentes no inauguró lo que se dio en llamar “la novela urbana”. Allí está John Dos Passos, el ejemplo obvio. Pero a Fuentes le tocó el extraordinario privilegio de *novelizar*, por así decirlo, a la ciudad condenada a ser la más grande y miserable y enloquecida ciudad de la tierra. Fuentes le da vida, además, a una nueva fauna citadina, predecesora de los personajes de Gustavo Sainz, Arturo Azuela, José Agustín y muchos otros. Por su parte, Juan Rulfo, en *Pedro Páramo*, refleja ese mundo sórdido del cacique, del gran cacique macho que va regando hijos por el mundo, y que tampoco ha cambiado en más de un siglo.

Siendo el tema de este ensayo tan amplio, quisiera pasar ahora a referirme a unás cuantas cosas concretas, como la sociedad de consumo, el automóvil y la contaminación, tres fenómenos de nuestra época que de alguna manera, al transformar la sociedad, transforman, o deberían transformar en teoría, la novela.

Pero antes, quisiera subrayar que tanto *José Trigo* como *Palinuro de México* giran alrededor de dos acontecimientos que pusieron en evidencia una vez más la inutilidad, en México, de los intentos por efectuar cambios profundos. Uno, las huelgas de los ferrocarrileros de las décadas de los años cincuenta y sesenta. El otro, los disturbios estudiantiles de 1968. Las huelgas ferrocarrileras no lograron nada de lo que se proponían. Por su parte, el movimiento del 68, al igual que la revolución mexicana, me ha recordado siempre la definición de un historiador inglés —ya citada por mí en alguna ocasión previa— de los frustrados intentos de revolución social y política habidos en varios países europeos —Austria y Hungría, Alemania, Francia,

entre otros— en 1848: “a turning point of history in which history failed to turn”: “un punto culminante de la historia en el que la historia no pudo culminar” sería una traducción aproximada. En México no pasa nada, salvo la desaparición de aquellos a los que una muerte oportuna, como decía, los salvó de sobrevivir a sus ideales y de olvidarlos o traicionarlos. Por eso fue mejor que, en *José Trigo*, muriera Luciano. También que Palinuro muriera en las escaleras, rodeado de esos personajes de la *Commedia dell'arte*: Arlequin, Scaramouche, *il dottore*, Colombina, quienes de pronto se me aparecieron en la novela y se instalaron en ella para subrayar todo lo que de absurdo, grotesco, improvisado y tragicómico tuvo el movimiento estudiantil del 68 en México. Este fenómeno, que aún no podemos contemplar con la perspectiva histórica necesaria, encontré también a sus novelistas. Entre ellos, como sabemos, a Aguilar Mora y a Elena Poniatowska, a Azuela y otros más. Dudo que la americanización de México en particular, y de América Latina en general, bajo el yugo de lo que Ernesto Cardenal llamaba “la bestia bañada de slogans”, hubiera podido detenerse y ni siquiera postergarse si Maximiliano hubiera fundado en México la monarquía, cuya corona habría de heredar el príncipe Iturbide, o si los Braganza se hubieran eternizado en el Brasil, o si Napoleón III, conmovido al fin por las peticiones de Francisco Solano López, le hubiera otorgado el tan solicitado permiso para transformarse en rey del Paraguay. La americanización hubiera llegado, con o sin monarquías, con o sin la tutela de Europa, como llegó a esta última. En *Noticias del Imperio* hay lugar, todavía, para hablar de una ciudad en la que suenan los pregones de los campesinos que bajan de las montañas para vender carbón de encina y pájaros, nieve de las faldas del Iztaccíhuatl. Y en las páginas de los diarios aparecen algunos cuantos anuncios, tímidos y discre-

tos, que propagan las virtudes rejuvenecedoras del agua de Florida y las depilatorias de El Secreto de Cupido. Aparecen también —aparecerán— noticias sobre los artefactos que el año de la muerte de Maximiliano, en 1867, asombraron al mundo entero en la Exposición Internacional de París: la máquina de pelar manzanas o la máquina para transformar a un conejo, en unos minutos y gracias a la fuerza centrífuga, en un sombrero de copa. La magia al revés, pero al fin y al cabo magia: la revolución industrial prometía un paraíso de computas McCormik, surcado por ríos de miel Karo y de leche Carnation: es con esta leche con la que se cría Palinuro en vista de que mamá Clementina no pudo amamantarlo. Pero antes, en *José Trigo*, una novela en cuyo escenario la naturaleza pasó a la historia —la de los cristeros—, sin que la ciudad, tentaculada como todas las de Verhaeren, lo llegara a dominar a pesar de que lo circundaba; es allí, decía, donde comienzan a aparecer algunos productos curiosa y simbólicamente en el lugar al que en última instancia pertenecen: la basura; porque es en los basureros de Nonoalco-Tlatelolco donde se encuentran las latas de sopa Campbell. Una de esas latas fue la que sedujo a Estefanía en el supermercado, o quizás fue la que entró volando por la ventana del cuarto de Santo Domingo; después de todo, el arte *pop* ya le había dado alas de ángel a la Coca-Cola. Y es que apenas los personajes de la novela, como los revolucionarios mexicanos, se bajaron del caballo para subirse a los automóviles, el novelista se vio obligado a darles una marca y hasta un cilindraje a los nuevos vehículos de sus protagonistas. Los personajes, desde luego, siempre han tenido necesidades físicas, y los novelistas no lo han olvidado. Pero Gulliver no necesitaba papel higiénico Waldorf, y Palinuro sí, de la misma manera que en los libros de Fuentes, Leñero o Sainz los personajes necesitan los productos de Hitachi, de Max Factor o



Nestlé. Palinuro tuvo la suerte, buena y mala, de conocer a la bestia desde sus entrañas, porque la bestia se lo tragó, y desde esas entrañas Palinuro, ventrílocuo y publicista, hizo escuchar su propia voz para proclamarse Kodakófilo, Fordólogo, Pepsi-coladicto y Colgatista, entre otras cosas. En los tiempos del segundo imperio mexicano, si bien Fernando Maximiliano surtía las alacenas y las bodegas de Palacio gracias a los servicios de la misma empresa a la que hoy acuden los diplomáticos mexicanos, Saccone and Speed, y las señoras de la pseudoaristocracia mexicana —de apellidos que siguen vivos y millonarios, como Escandón o Sánchez Navarro— ordenaban su ropa a París, el “Domador Universal” del pelo no había aún perdido su inocencia. Palinuro es harina de otro costal: del de Aunt Jemima. Pequeño y burgués es, como todos los de su clase, esclavo de un número casi infinito de productos creados y *glamorizados* por aquellos a quienes Vance Packard

bautizó como “los hacedores de desperdicios” —*the waste makers*— y que invaden todos los momentos de su vida, y la de Estefanía. Palinuro acaba por ser, él mismo, otro producto más de la sociedad de consumo. Lo que en el mundo de Palinuro no aparece, porque su ámbito es limitado, son los personajes de la gran ciudad que viven al margen del consumismo desaforado, no porque no hayan sucumbido ante su fascinación, sino porque no tienen con qué pagarla. Hijos de Sánchez, y padres de los caifanes y los Panchitos, estos personajes comienzan a adquirir una dimensión literaria a partir de Carlos Fuentes, hasta llegar a Arturo Azuela: desde que se asoman a la región más transparente hasta que se pierden cuerpo y alma en un infierno que cabe, entero, en la ciudad de México.

Pero esa dimensión literaria corre pareja con una dimensión trágica individual: la desesperanza y la soledad no se comparten en la literatura con una multitud de otros seres, porque no existe, ni existirá, el personaje masivo. Corresponde a los sociólogos, economistas y políticos ocuparse de esos millones de miserables. Al novelista, el recrear la vida trágica de uno solo o unos cuantos, el inventarla, para alcanzar la plenitud de lo que Borges llama “lo simbólicamente verdadero”. La aparición de estos personajes sometidos al suplicio de Tántalo, porque las joyas no sólo se exhiben en las joyerías de las avenidas, sino también en las pantallas de televisión —disfrazadas de juguetes electrónicos, cosméticos o vacaciones en Miami—, y todo el mundo, todos los pobres tienen televisión, esa aparición representa, sin lugar a dudas, un cambio social profundo, que ha comenzado a ser reflejado en la novelística mexicana. Pero si consideramos que al fin y al cabo la miseria, la injusticia y el hambre —los lemas de los estudiantes del 68— han sido siempre los mismos, y nuevamente contemplamos el paisaje del México de los años sesenta del siglo pasado, cuando la ciudad

de México estaba inundada de *léperos* y el campo de indios que se morían de inanición, también de nuevo llegamos a la conclusión de que todo ha cambiado, pero nada ha cambiado.

Por las calles de la ciudad de México y por las páginas de *Noticias del Imperio* circulan las berlinas y los forlones. Rumbo a Cuernavaca, el carro tirado por seis mulas Isabelle blancas y con jaeces azules en el que viaja Maximiliano, acompañado de su secretario Blasio, de un escritorio portátil y de un maletín con órdenes y condecoraciones y relojes esmaltados con el monograma imperial para repartir entre notables y alcaldes de pueblos y villorrios. Y en el camino de Veracruz a México, en el lodazal de los caminos, y entre las orquídeas y los cafetos, y las miasmas de los pantanos y la fragancia de la vainilla, y seguida por los húsares, los nubios y la Legión Extranjera, circula, dorada y con puertas con ángeles que parecerían pintados por Tiziano, la carroza que los milaneses obsequiaron a los emperadores de México. En José Trigo el automóvil brilla por su ausencia: sólo aparece un Plymouth azul, que es donde los ferrocarrileros encuentran el cadáver de Luciano. Palinuro, peatón y pedestre, no conduce, y Walter, que en el número de su calzado lleva el número de su casa, camina por Londres. Pero hay automóviles: el Oldsmobile amarillo del tío Esteban, en el que Palinuro viaja con Estefanía a Veracruz, y el largo cortejo entrecortado por los semáforos del entierro de mamá Clementina, en el que aparece un Packard negro e inolvidable que de pronto se queda quieto como una ballena y echa un chorro de vapor al cielo. El automóvil fue alguna vez bello: un Bugatti, un Hispano-Suiza con volante de ébano, son piezas de museo. Y todavía por las novelas de Scott Fitzgerald circulan hermosos ejemplares legendarios. Estamos todavía lejos de la locura del automóvil y de que este aparato se transforme en la extensión del cuerpo de nuestros personajes, o en un personaje más.



En el cuento de la "Autopista del Sur", de Julio Cortázar —un escritor en cuya obra el transporte público y en especial el metro contribuyen a la medida de la soledad humana—, el automóvil, multiplicado al infinito y en la negación del único objeto que tiene en su vida, la movilidad, se convierte en vehículo del surrealismo. Pero parecería que la utilización del embotellamiento de tráfico en la literatura comienza y termina con ese cuento: cualquier mujer que en una novela futura dé a luz en un Volkswagen, porque nunca llegó, jamás llegará a la maternidad, lo hará, no en la ciudad de México, o en São Paulo, sino en la autopista del Sur.

Cuando Carlota y Maximiliano contemplan por primera vez el Valle de México, lo pueden hacer con los ojos de Hernán Cortés, y del barón de Humboldt, de José María Velasco. Anáhuac ha sido y es todavía la región más transparente del aire. Y de un aire enrarecido por la altura; de ahí que en la meseta las estrellas y las constelaciones se vean más grandes y brillen más: el Centauro, el Navío, Venus, Arcturus. Aunque hay desventajas en las alturas: veinte inspiraciones del aire como promedio, en lugar de dieciséis al nivel del mar; y no sólo el perfume de las flores, sino también las lágrimas, se evaporan más rápido. De todos modos, lo importante es que desde el alcázar de Chapultepec todavía es posible contemplar los volcanes nevados. En otras palabras, la contaminación ambiental y la amenaza contra la ecología no existen. José Trigo se equivoca: contradice a todos aquellos que predijeron que el humo de las locomotoras acabaría con los pájaros y afirma que no hubo tordo que se aturdiera, ni perdiz que se desperdigara, ni alondra que se atolondrara. Se equivoca, porque si no son los ferrocarriles los que están causando estragos en la vida vegetal y animal del planeta, incluyendo a los seres humanos, la locomotora es el símbolo de la revolución industrial, con cuyos resultados finales todos nos estamos enve-

nenando. En José Trigo, por lo demás, el humo de las fábricas que rodean a los campamentos de Nonoalco-Tlatelolco cumple una función plástica y no contaminadora. Palinuro, nacido en la era atómica, se preocupa ya, en la Isla de las Promociones, de las especies animales como la vicuña de los Andes o el aye-aye de Madagascar, y en la Isla de los Esteticistas habla de los científicos embellecedores de las explosiones atómicas, que han logrado que éstas se transformen en hongos atómicos, de pedúnculo azul y sombrero rojo con manchas amarillas, como los hongos de los cuentos de hadas escandinavos. Por lo demás, el *smog* ciudadano casi no existe en esa ciudad donde nace, vive y muere Palinuro, cuya magnitud congénita sólo le sirve para caer en la poesía, y cuyo *smog* se traduce en escarcha negra sobre los hombros de los turistas que asisten a la Olimpiada del 68. Porque Palinuro, que vive en dos épocas, es también vástago de la era preatómica y se preocupa más de la Vida, el Amor y la Muerte, así con mayúsculas, que de los humos negros de los camiones Diesel.

Hace unos meses, en esta misma Universidad de Nôtre-Dame, hablaba yo de la necesidad de que el novelista latinoamericano efectuara un "asalto contra la historia oficial" de nuestros países a fin de descubrir nuestra verdadera cara, y encontrar, en el paso, todo aquello que nos pudiera ser útil para proyectarnos en el futuro. Este tema lo desarrollé tentativamente a partir de la novela de Mario Vargas Llosa *La guerra del fin del mundo*, y señalé que, no obstante que la novela histórica como tal siempre ha existido en Latinoamérica, nunca quizás como en esta época ha surgido un interés tan grande en nuestros novelistas por el pasado de nuestro continente. Ahora, sin embargo, recuerdo con frecuencia a T.S. Eliot cuando dijo que la gente no soporta una dosis muy grande de realidad, y me he preguntado si ha llegado el momento en que los novelistas —o al menos algunos de no-

sotros— no soportamos tampoco una realidad que comienza a sofocarnos. Si me extendí un poco en la consideración de algunos aspectos de la sociedad de consumo, y si hablé del automóvil y de la contaminación ambiental, y podría hablar de la explosión demográfica y de tantas otras que agobian a los habitantes de ciudades como México, São Paulo o Caracas, es porque también me pregunto hasta qué punto, en qué medida, todo ello deteriora y cambia y deforma las relaciones humanas, tanto a nivel familiar como social, y es responsable de una miseria humana a nivel espiritual cada vez más grande. He llegado a la conclusión, temporal quizás, de que todos estos factores no son en sí novelables, y ni siquiera a nivel de gran catástrofe. Será siempre el individuo el novelable. El que mata porque el amor o la pobreza lo han enloquecido, o porque la gran ciudad le envenenó el alma. Y de algo más podría también hablar: de la vulgaridad. Todo parece indicar que a medida que crecen la población y los problemas urbanos en ciudades como México, crece también la vulgaridad, resultado quizás, por un lado, de una actitud agresiva por parte de las clases desposeídas como medio de afirmar su existencia ante el prójimo, y de restregársela en la cara; y por el otro lado, resultado de la vulgaridad que destilan los medios, en particular la televisión. Y me he preguntado también si el haber creado, en *Palinuro*, personajes pequeño-burgueses que hablan todos un mismo lenguaje que intentó siempre ser bello, y el trabajar ahora con personajes del siglo pasado que sólo pueden expresarse, en una novela contemporánea, por medio de un lenguaje neutro, no es sino un reflejo, en mi caso personal, de una especie de escapismo, del intento de huir de esta realidad desprovista de hermosura, tan abrumadora, tan vulgar.



# 15 de junio: Ramón López Velarde

Juan José Arreola

**L**a suave patria debe leerse como una partitura musical cuyas melodías, ritmos, disonancias, estrépitos y pianísimos, crescendos y largos entendemos a primera vista si nos volvemos caja de sinceras y cabales resonancias. Para interpretar el poema, cada uno debe volverse el solista de su propio instrumento, como dijeron mis maestros de declamación, ya se llamen Emilia Vázquez, Fernando Wagner, Louis Jouvet o Jean Le Goff. Pero debí comenzar diciendo que fue allá, en Zapotlán y en 1930, creo que por el mes de junio y cuando la milpa está ansinista de grande: "Mañana vas a recitar este poema, apréndetelo ahora mismo de memoria". Así me dijo mi padre al darme un viejo ejemplar de *Revista de Revistas*: a doble página vi *La suave patria* publicada por primera vez para el gran público, ya que antes sólo apareció en *El Maestro*, revista idónea, creada por Vasconcelos cuando fue ministro de Educación. En medio del marco tipográfico que le hicie-

ron los formadores de *Revista de Revistas* venía el retrato del poeta: Ramón López Velarde de perfil. Mi padre le tuvo predilección desde que lo conoció en Guadalajara, cuando mi tío José María pronosticaba los temblores del Volcán de Colima, y Ramón lo defendió contra la furia anticlerical del gobernador Robles Gil. Mi padre y el poeta nacieron en el mismo año de 1888, y tienen para mí la misma cara: un biotipo de mestizos sonrosados y trigueños, con el mismo recorte de bigotes, cuello de pajarita, mancuernilla de plata dorada, trajes rigurosos, zapatos de botones en dos vistas de oscaría y de charol; polainas, guantes y bastón en cada día de domingo, a la salida de misa de doce, esperando a las muchachas divertidamente endominadas...

—¿Pero cómo voy a decir estos versos? (Yo sólo había recitado hasta entonces breves y cándidos poemas.)

—Como si los hubieras escrito tú mismo.

—Pero si hay muchas cosas

que no entiendo...

—Ni yo tampoco. Ni creo que López Velarde.

Lo cierto es que me pasó todo el día leyendo, estudiando y repitiendo los versos sueltos y las estrofas del poema. ¿Saben dónde? Sentado al volante atril de un automóvil estacionado en el corredor, ante la puerta de la cocina, la que daba al patio, y que mi padre utilizaba como unidad motriz para todas sus labores domésticas de molienda. Una de las llantas traseras, alzada sobre un gato de ladrillos, servía de polea distribuidora y hacía girar los molinos de la casa, el de nixtamal, el de café y de chocolate, el de la canela y el del pinole...

Mientras en la cocina ardían hornillas y fogones dispuestos alrededor de un gran brasero central, y mientras se torteaban las tortillas en ese aplauso de manos enjuagadas en machihuis de barro colorido, y mientras palpitaban todos los hervores de los caldos y las sopas, y mientras chirriaban las carnes asadas y fritas, y en los casos de



cobre, lenta y acompasadamente meneados, se iba solidifican- do la leche de los jamoncillos y chiclosos, y se espesaba la pasta de duraznos y membrillos y guayabas, y se redondeaban en miel los tejocotes, y se ovalaban los higos y las peras, y rezumaban sus aromas y sabores distintos los membrillos, las manzanas y los camotes y las calabazas, yo repasaba las estrofas de *La suave patria* en compañía de mi hermana mayor, Elena, la que me enseñó a saborear cada palabra de Ramón como si cada vez fuera la mejor de todas las golosinas de este mundo.

A la mañana siguiente, Elena me tomó entera la lección y era cierto: yo me sabía en 1930, a los doce años de edad, pero antes de cumplirlos, *Suave patria* de memoria, esa lección de amor que todavía repito sin entender: la de que debo amar a México, a pesar de que se me quiten las ganas de hacerlo al darme cuenta de lo que soy: un mal hijo, como casi todos ustedes.

Finalmente, recité *Suave patria* por entero, y de memoria,

este poema que ahora trato de leer, de todo corazón, para ver si llego a entenderlo. Por de pronto, y antes de saber lo que hacía y lo que decía, recité el gran poema en la inauguración del monumento a don Gordiano Guzmán, un supuesto héroe local.

Lo cierto es que recité *Suave patria* a voz en cuello a la mitad de una plaza pueblerina. Pero es más cierto todavía que mi hermana Elena estaba escondida detrás del monumento, no mayor que su estatura, pero invisible entre guirnaldas de papel de china, ramos de laureles silvestres y palapas tropicales en lugar de palmas de victoria. Con el texto en la mano, mi hermana me siguió palabra por palabra a lo largo del poema, como la red que protege en el circo la caída del alambriista. Pero no me caí. Elena me iba diciendo, como se lo dice a la orquesta un gran director, lo que verdaderamente hacía falta decir: "Haz una pausa, despacio, más aprisa, más alto, no grites, dilo como si estuvieras diciendo lo que más te gustaría decir. Ahora viene lo

de Cuauhtémoc. Quédate callado, como si se te olvidara lo que sigue. O más bien, porque no tienes fuerzas para decirlo. Pero ahora dilo, no te queda más remedio, pero muy lento, muy despacio, muy profundamente, como si estuvieras hablando desde el fondo de un pozo, esto es, más allá de ti mismo." Yo me quedé callado, oyendo a mi hermana, pero de pronto comencé a decir con una voz que ahora me parece sobrenatural porque la estaban oyendo, en esa mañana única en mi vida, las señoras y los señores de mi pueblo, las autoridades civiles y militares, y todos mis compañeros de escuela, y todas, toditas las niñas y las muchachas y las señoritas del Zapotlán de nuestro entonces. Y dije, como si tocara la más cordial, la más profunda, la más dulce y sensible de mis cuerdas: "Yo que sólo canté de la exquisita partitura..."





Los años locos de Berlín

**E**l Berlín de los años veinte, que son los de la República de Weimar y el irresistible ascenso del fascismo, se ha convertido en símbolo de nuestro siglo, un excitado y excitante sueño de la historia moderna. Recientemente, la fascinación por ese Berlín ha cobrado nuevo impulso. Tiempos de crisis, incertidumbre, inflación, inmediatez. En 1931, Alexandre Arnoux escribe que allí la circunstancia “parece obligar a los hombres a no tener en cuenta ya la duración, a emplearse más allá de cualquier límite en el trabajo y el placer, a apurar hasta el fondo la parte del ocio, del ahorro, del sueño”.

Los ensayos que aquí se publican son participes de esta nueva fascinación por Berlín y sus mundos. José

Jiménez sigue los hilos del pensamiento filosófico que se respiró en esos años en que la vida se vivía como un loco azar. El brillante y abigarrado ensayo de Fritz J. Raddatz, publicado originalmente en el número 22 de la revista valenciana *Debats*, opone las iluminaciones intelectuales y artísticas que florecieron simultáneamente en esos años de caos creativo. “¿Qué es una época de esplendor? —se pregunta Elías Canetti en sus memorias, refiriéndose a ese Berlín—. Una época con muchos grandes nombres, muy próximos unos a otros, en la que ninguno asfixia a su vecino aunque combatan entre sí. Lo importante ahí es el contacto diario y permanente, los golpes que el esplendor es capaz de recibir sin extinguirse”.

Und das im Morgen kühn und fahrtenfroh sich wiegte, meines  
[Lebens Schiff] zerschlägt  
An dem Magnetberg eines irren Schicksals seine Planken.  
Ernst Stadler, Zwiegespräch

(Y el barco de mi vida que por la mañana se balanceaba audaz  
[y emprendedor destroza  
sus planchas contra la montaña magnética de un destino loco.]  
(Ernst Stadler, Diálogo)

Hubo un tiempo histórico, en nuestra tradición cultural, marcado por la aspiración a la unidad, a la constitución de un *escenario* homogéneo por el que pudiera discurrir la vida humana. Es ése el tiempo histórico de la Ilustración, el periodo de nacimiento de la modernidad y de su toma de conciencia. La raíz de esa aspiración se situaba en la supuesta unidad *natural* de la razón humana. Reformulando en clave social y política los principios del racionalismo europeo, a mediados del siglo XVII Thomas Hobbes situaba en la razón el fundamento del derecho natural. Y ello porque si bien en la *naturaleza humana* están presentes tanto las pasiones como la razón, mientras que en el caso de las primeras su característica es la diversidad, la razón sería en cambio *la misma* en todos los hombres.<sup>1</sup> El proyecto ilustrado de vida humana, la idea de lo moderno, iría así configurándose como un proceso de homogeneización política y social de la cultura y del tiempo, perfilado en el curso del desarrollo institucional del Estado moderno. Kant expresaría, en términos bastante nitidos, esa representación típicamente moderna de la "unificación" del mundo profetizando el advenimiento de "un futuro gran cuerpo político", que hiciera finalmente posible el "fin supremo de la naturaleza": "un estado de ciudadanía mundial o cosmopolita, seno donde pueden desarrollarse todas las disposiciones primitivas de la especie humana".<sup>2</sup> Porque, claro, la aspiración a la "unidad" tiene como correlato la fe en el progreso, la creencia en que "el destino de la especie", también según Kant, "no consiste en otra cosa sino en *progresar* hacia la perfección".<sup>3</sup> La creciente homogenei-

zación del mundo se convertiría, en consecuencia, en condición decisiva para el *progreso*, para la mejora de todos los aspectos de la vida humana.

En el plano artístico, esa síntesis de unidad y progreso se convirtió en una de las vías medulares utilizadas por las vanguardias del primer tercio del siglo para apropiarse e intentar protagonizar el proyecto ilustrado de modernidad. No es una vía seguida por todas las vanguardias, pero resulta claramente dominante en aquellas en que predominan actitudes *analíticas*: cubismo, constructivismo, neoplasticismo, y también, con algunos matices, futurismo. Piet Mondrian, por ejemplo, escribió: "el hombre realmente moderno ve las cosas en su totalidad y acepta la vida en su totalidad: justo por esto ve la naturaleza y el espíritu, el mundo y la creencia, el arte y la religión —al hombre y a Dios—, como una unidad".<sup>4</sup> De ahí, y frente a todo lo que fuera "preeminencia del individualismo y de la idiosincrasia", la convocatoria —en el *I Manifiesto* del neoplasticismo (1918)— a "una batalla espiritual o material en la creación de la unidad internacional en la vida, el arte y la cultura". Llamamiento en el que no podemos dejar de advertir la turbación producida en aquellos años convulsivos de guerra y desgarramiento en Europa. Particularmente intensa resulta la asimilación de unidad y progreso en la arquitectura moderna, en la que el racionalismo, el funcionalismo y la atenuación o el rechazo de lo ornamental son fuertemente predominantes.

No hay que extrañarse, pues, de que la presión racionalista y homogeneizadora se manifieste en su máxima intensidad con el desarrollo de las grandes urbes modernas. En un texto realmen-

# La vida como azar

Espacio y tiempo históricos  
en la Alemania del primer  
tercio del siglo

José Jiménez

te penetrante, escrito en los albores del siglo, ya hizo notar Georg Simmel que la organización de la vida humana en las metrópolis está regida por el dominio de la economía monetaria y el entendimiento. Y que, en consecuencia, en ellas lo individual, considerado por Simmel fundamento de las relaciones animicas interpersonales, queda desplazado por lo objetivo y lo común, "por el valor de cambio que nivela toda cualidad y toda peculiaridad".<sup>5</sup> Pero, además, en el plano ideológico, los habitantes de la gran ciudad, en el momento histórico de constitución de las mismas: entre el último tercio del XIX y el primer tercio del XX, se ven sometidos a una modificación profundísima de sus canales y ritmos perceptivos y representativos. Como señala Simmel, la vida en la gran ciudad, con su "rápida aglomeración de imágenes cambiantes", aparece en "profunda oposición frente a la pequeña ciudad y la vida del campo, con el ritmo de su imagen sensoespiritual de la vida que fluye más lenta, más habitual y más regular".<sup>6</sup> La estabilidad de la cultura moderna en su primera fase, la homogeneidad de imágenes y representaciones mentales quedan hechas añicos, sometidas a una durísima fragmentación que hace más intensa la experiencia de la pérdida de la densidad temporal, de la fugacidad de valores y representaciones, de un modo simultáneo a la presión niveladora de la vida.

José Jiménez. Catedrático de la Universidad Autónoma de Madrid. Autor, entre otros libros, de *Filosofía y emancipación* (Espasa-Calpe, Madrid, 1984) e *Imágenes del hombre/Fundamentos de estética* (Tecnos, Madrid, 1986).

<sup>1</sup> Thomas Hobbes (1650). *De corpore politico, o The Elements of Law, Moral and Politic*, en *The English Works of Thomas Hobbes*, vol. IV, Londres, 1840, 2a. edición, Scientia Verlag Aalen, Darmstadt, 1966, p. 87.

<sup>2</sup> Emmanuel Kant (1784). "Idea de una historia universal en sentido cosmopolita", en *Filosofía de la historia*, prólogo y traducción de E. Imaz, FCE, México, 1979, pp. 60 y ss.

<sup>3</sup> Emmanuel Kant (1786). "Comienzo presunto de la historia humana", en *ibid.*, p. 78.

<sup>4</sup> Piet Mondrian (1917-1918). *La nueva imagen de la pintura*, traducción de A. Peels, nota introductoria de J. Quetglas, Colegio Oficial de Aparejadores y Arquitectos Técnicos-Galería Librería Yerba, Murcia, 1983, p. 69.

<sup>5</sup> Georg Simmel (1903). "Las grandes urbes y la vida del espíritu", en *El individuo y la libertad / Ensayos de crítica de la cultura*, traducción y prólogo de S. Mas, Península, Barcelona, 1986, p. 249.

<sup>6</sup> *Ibid.*, p. 248.

En esas condiciones, el ser humano se siente dominado por unas fuerzas que ni siquiera puede percibir claramente y cuyo funcionamiento le resulta absolutamente desconocido, enigmático. En un tiempo, la época moderna, en la que los dioses han muerto, la antigua *regularidad*, anclada culturalmente en la religión, ha quedado rota sin que ninguna otra haya venido a sustituirla. La vida se experimenta como un azar, como un destino de perfil inescrutable. *Berlin Alexanderplatz* (1929), la gran novela urbana de Alfred Döblin, está atravesada por ese sentimiento de pérdida, por la interrogación melancólica acerca de la forma brutal en que individuos y vidas son destrozados en la gran urbe sin motivo alguno, por un azar fortuito. “¿Qué había hecho?”, por ejemplo, la tierna Mieke, una de las protagonistas femeninas de la novela, que había venido “de Bernau a la vorágine de Berlín”, que “no era inocente, desde luego que no, pero sentía un amor entrañable e inextinguible” por un hombre, por Franz Biberkopf. ¿Qué había hecho? “Fue destruida porque estaba allí, casualmente junto a ese hombre, así es la vida, aunque sea difícil de imaginar”.<sup>7</sup> La *casualidad* más brutal como eje del destino humano. La vida en la gran ciudad se convierte en un enigma irresoluble y, como muchos otros, Franz Biberkopf “no acaba de comprender por qué la vida es así”.<sup>8</sup>

El proyecto ilustrado de unificación y progreso de la *humanidad* acaba, pues, por conducir justamente a lo contrario de lo que se pretendía: a un grado intensísimo de pérdida de identidad, y de todo sentimiento de unidad con los demás seres humanos, a la atomización casi absoluta de la experiencia de la vida. La presión unificadora de una representación del ser humano que *naturaliza* lo que es material e histórico, que sitúa en la razón y la libertad, genéricamente concebidas, el criterio último de identidad de cualquier hombre, es quizás, en el terreno de las representaciones menta-

les, el correlato indispensable del grado de abstracción y homogeneidad alcanzado por el capitalismo, así como de su implantación (unificadora) a escala mundial. Pero a través de esa *violencia de la representación*, por medio de la negación de la peculiaridad y de la diferencia (cultural, histórica, individual) que conlleva, se refuerza de modo considerable la sustracción a los seres humanos de la posibilidad de decidir acerca de sus propias vidas, dentro de los márgenes impuestos por los condicionantes materiales (ecológicos, biológicos) de la existencia.<sup>9</sup>

Y, sin embargo, cuanto más fuerte es la presión hacia la uniformidad, más agudo se hace el grito afirmador de la diferencia. Como dice Simmel, “los contenidos y formas de vida más amplios y más generales están ligados interiormente con los más individuales”.<sup>10</sup> Y por ello, en último término, es “en el marco de la vida de la ciudad” donde se registra históricamente la más intensa expansión de la individualidad.<sup>11</sup> Desgarrado entre el sentimiento de su peculiaridad y la homogeneidad abstracta que la pone en cuestión, el individuo humano experimenta el vértigo de un camino de dirección y límites desconocidos. El problema no reside en la aspiración a la unidad humana, sino en los términos genéricos y homogeneizadores con que se concibe dicha unidad. Como observa Simmel, siendo “el hombre un ser de diferencias”, los “problemas más profundos de la vida moderna” brotarían de “la resistencia del individuo a ser nivelado y consumido en un mecanismo técnico-social”.<sup>12</sup> Éste sería, en mi opinión, el núcleo de la cuestión, y uno de los motivos centrales del carácter recurrente de las crisis ideológicas y de valores en la vida moderna. La peculiaridad y la diferencia son, simultáneamente, afirmadas en las formulaciones verbales, en las representaciones mentales, y negadas, en cambio, en la experiencia práctica y material de la vida. La modernidad queda así atravesada

por un signo trágico, por el desgarramiento que nace de la inexistencia de una vía de conciliación de la unidad y la diferencia antropológicamente satisfactoria.

Particularmente intenso se hace ese desgarramiento en la experiencia contemporánea del tiempo. La homogeneización de la vida moderna presupone no sólo un escenario único, sino también un sentido lineal del tiempo, un discurrir temporal uniforme. La vida en la gran ciudad está presidida por una cuantificación precisa del tiempo, impone, según señaló Simmel, “un esquema temporal fijo, suprasubjetivo”.<sup>13</sup> De tal modo que, por ejemplo, “si todos los relojes de Berlín comenzaran repentinamente a marchar mal en distintas direcciones”, aunque fuera brevemente, se produciría un auténtico caos.<sup>14</sup> Si la unificación del escenario nos viene impuesta por nuestra inserción espacial en el mecanismo técnico-social de la gran urbe, no sucede lo mismo en el caso del tiempo. Podríamos hablar de un desdoblamiento vital, por el que el ser humano acepta la homogeneidad de un tiempo *externo* que articula las relaciones urbanas, mientras que la percepción *interior* de la sucesión se experimenta como superposición de distintos estratos de herencia cultural y de memoria, como integración fragmentaria y discordante de flujos temporales diversos. El sueño ilustrado de la unificación del tiempo, sobre la que se apoyaría la idea del progreso, quedaría así igualmente roto.

Probablemente pocos *escenarios* ilustran mejor ese desgarramiento temporal que la Alemania de comienzos de siglo. En ella un proceso de industrialización acelerada había roto bruscamente la anterior estabilidad de una cultura predominantemente campesina y de un capitalismo incipiente, produciendo un desplazamiento espectacular de grandes masas humanas hacia unos centros urbanos vertiginosamente abocados a un crecimiento incesante. En una situación así, el contraste entre la

<sup>7</sup> Alfred Döblin (1929), *Berlin Alexanderplatz*, traducción de M. Sáenz, Bruzguera, Barcelona, 1982, p. 380.

<sup>8</sup> *Ibid.*, p. 101.

<sup>9</sup> Sobre todo ello me remito a mi libro *Filosofía y emancipación*, Espasa-Calpe, Madrid, 1984, y particularmente a los capítulos II: “Por una nueva Ilustración” y III: “La construcción del hombre”.

<sup>10</sup> Georg Simmel, *op. cit.*, p. 256.

<sup>11</sup> *Ibid.*, p. 255.

<sup>12</sup> *Ibid.*, p. 247.

<sup>13</sup> *Ibid.*, p. 251.

<sup>14</sup> *Ibid.*, p. 250.

omnipotente temporalidad externa y el vaciamiento de la vida interior hace aún más intensa la experiencia humana de la fugacidad del tiempo y de la vida.

En su poema *Anrede (Arenaga)*, el escritor expresionista Ernst Stadler, que moriría en la guerra (en 1914, en Ypres), y que se siente a sí mismo como "una estrella extraviada" (*ein irrer Stern*) frente a la "eterna señal" (*ewiges Zeichen*) de la imagen de los días de la amada, formula en los términos siguientes esa experiencia de fugacidad:

A través de mi alma el tiempo atraviesa hondonadas angostas/Como agua oscura, impetuoso, veloz y desconocido./En mi cuerpo se enciende la marca: fugacidad.

(Durch meiner Seele enge Mulden schießt die Zeit/Wie dunkles Wasser, heftig, rasch und unerkannt./Auf meinem Leibe brennt das Mal: Vergänglichkeit.)

"Impetuoso, veloz y desconocido" un tiempo que nos atraviesa "como agua oscura". Los versos de Stadler son una expresión nítida de la experiencia de aceleración de los ritmos temporales que conlleva la cultura moderna, de la sensación de desconocimiento que transmite, y de la marca de fugacidad que imprime en nuestras vidas. El tiempo se ha convertido en un torrente impetuoso e inaprehensible para el hombre.

Acerca de esa experiencia del tiempo, y en referencia también al *escenario* alemán, Ernst Bloch acuñó en los años treinta una concepción filosófica no homogénea, sino plural y diferenciadora del mismo. Podríamos decir que nada hace más oscura e inaprehensible la dimensión temporal como la falsa claridad meramente cuantitativa con que viene envuelta en la modernidad. En otras épocas históricas, en otras situaciones antropológicas, la *memoria cultural* preserva, con la densidad retenida del pasado en el presente, una experiencia integradora del tiempo, del fluir de la

vida. Pero con la modernidad la experiencia temporal se adentra en lo desconocido. Los antiguos dioses mueren, y en el proyecto ilustrado el hombre se convierte en protagonista de su propio destino. Y, sin embargo, justamente entonces el tiempo exterior y cuantitativo, regido por la prisa y la productividad, se convierte en el nuevo dios. Aquel que abre ante nosotros un camino del que nada sabemos (lo que no ocurría en los tiempos antiguos, en los que la *tradicción* señalaba la dirección del ocurrir temporal); que somete nuestras vidas al vértigo incierto del *progreso*; que imprime en ellas, en definitiva, una fuerte sensación de *agobio*, de *malestar*. Ese "agobio del tiempo",<sup>15</sup> característico de la modernidad, está producido en gran medida por la pretensión de conservar el carácter homogéneo y suprasubjetivo de lo temporal, generado en épocas de nuestra tradición de anclaje cultural en las creencias religiosas, en una época en que la religión se ha convertido, a lo sumo, en dimensión privada. Las propias instituciones económicas y políticas modernas: el Estado, la mercancía, *exigen* esa cobertura abstracta y uniforme de un tiempo abierto, y no sometido valorativamente a la *moderación* de creencias tradicionales. Pero sí, en este mundo, se proclama a viva voz que el hombre es el único dueño de su destino, y *el hombre es un ser de diferencias*, ese tiempo uniforme y abierto, ese discurrir desconocido, se convierte para él en una especie de nuevo dios, que viene a hacer más turbadora y fugaz que nunca su experiencia de la vida.

Pues bien, en Bloch encontramos una concepción del tiempo que parte de la crítica de toda representación de los procesos temporales en términos de uniformidad. El núcleo de la misma está contenido en un nuevo concepto acuñado por el filósofo alemán, el de *Ungleichzeitigkeit*: "no contemporaneidad" o "asimultaneidad". El término había aparecido por vez primera en 1924, en una recensión de *Historia y conciencia de clase*,



de Lukács. Pero después constituiría el eje de un trabajo de 1932: "La no contemporaneidad y el deber de hacerla dialéctica", integrado en su libro *Herencia de esta época (Erbschaft dieser Zeit)*, publicado por vez primera en 1935, y que es una especie de gran fresco filosófico de la Alemania de los años veinte en todos sus planos: político, social, artístico. Con el concepto de no contemporaneidad, Bloch quiere indicar el desnivel existente entre el tiempo exterior, la época, y el tiempo interior. Aun viviendo en la misma época, no todos los hombres viven el mismo tiempo: "No todos existen en el mismo presente. Están sólo exteriormente, porque se les puede ver hoy día. Pero no por ello viven al mismo tiempo que los otros."<sup>16</sup> En cualquier época histórica encontramos residuos ideológicos, sociales y económicos de otras épocas. En virtud de ello, la pretendida objetividad del tiempo exterior recubre, en realidad, diferentes tiempos superpuestos: "Años en general resuenan en

<sup>15</sup> Cfr. José Jiménez, *op. cit.*, pp. 272-274; e *Imágenes del hombre / Fundamentos de estética*, Tecnos, Madrid, 1986, pp. 31-32.

<sup>16</sup> Ernst Bloch, *Erbschaft dieser Zeit*, Erweiterte Ausgabe, Suhrkamp, Frankfurt, 1962; 1. Aufl., Suhrkamp-Taschenbuch Wissenschaft, Frankfurt, 1985, p. 104.

aquel que en este instante será contabilizado y quedará como dominante."<sup>17</sup>

Por lo tanto, la época de un hombre no depende, según Bloch, tan sólo del lugar en que se encuentra "en carne y hueso". Hay tiempos antiguos, e incluso remotos, que siguen viviendo. Y los hombres sueñan fácilmente con la posibilidad de volver a esos tiempos antiguos. Esos desniveles temporales adquieren particular relieve en Alemania, que, a diferencia de Inglaterra o Francia, no había realizado, antes de 1918, ninguna revolución burguesa, y que es considerada por Bloch "la tierra clásica de la no contemporaneidad".<sup>18</sup> Hay que tomar en cuenta que, en el marxismo de los años treinta, se utilizaba de un modo dominante la categoría de *atraso* (*Zurückgebliebenheit*) para caracterizar la situación de aquellas naciones en las que el capitalismo no hubiera alcanzado su pleno desarrollo. Y que esa categoría se solía emplear para explicar tanto las "revoluciones fallidas" en Alemania, como su no entrada en la cultura moderna. Con ello, el pensamiento marxista asumía la concepción uniforme del tiempo histórico, desarrollando una dialéctica en un solo plano o nivel, enteramente homogéneo. A esto opone Bloch la necesidad de desarrollar "una dialéctica de varios niveles" o capas (*mehrschichtig*),<sup>19</sup> "una dialéctica pluritemporal y pluriespacial", que evite la contemplación meramente particularista de todo el pasado (típica del historicismo), pero también la aplicación al mismo de *leyes* idénticas, homogeneizadoras (como haría el sociologismo).<sup>20</sup> Como puede apreciarse, Bloch intenta desarrollar una vía de *síntesis de la unidad y la diferencia en la filosofía del tiempo histórico*.

Esa vía de síntesis se plantea como crítica o reformulación del proyecto de la Ilustración. Pero también como rechazo a la construcción de un marxismo con visión meramente uniforme y homogeneizadora de los procesos históricos. La intención, en cualquier caso, sigue siendo

explícitamente *emancipadora*, está dirigida a la determinación, tanto de los elementos *particulares* de las distintas épocas y situaciones históricas que siguen manteniendo un alcance subversivo, como —en un plano *universal*— del componente "subversivo-utópico del hombre, de la vida, que no ha sido todavía satisfecho en ninguna época, y que es por consiguiente el agujón último de toda revolución, e incluso el amplio espacio luminoso de toda ideología".<sup>21</sup> Y movida por la idea de que los componentes no contemporáneos intervienen de modo decisivo en la acción humana, por lo que en lugar de ignorarlos o de rechazarlos como expresión de mentalidades atrasadas, lo apropiado es hacerlos emancipatoriamente operativos, *dialectizando* lo que en ellos hay de subversivo, aunque sea de forma imprecisa o *irracional*.

Walter Benjamin, el gran amigo de Bloch, escribiría años más tarde que la mayor fortuna del fascismo consiste "en que sus enemigos salen a su encuentro en nombre del progreso, como al de una norma histórica".<sup>22</sup> En el Bloch de los años treinta, la crítica de la visión uniformadora de los procesos históricos, así como del racionalismo abstracto en referencia a los comportamientos morales y políticos, es un aspecto central. "¿Dónde se originó la superstición de que la verdad se abre camino por sí misma?"<sup>23</sup> En esta línea se sitúa el examen de los aspectos ideológicos que hicieron posible el triunfo de los nazis, y que constituye uno de los momentos más brillantes de *Herencia de esta época*. En una situación de crisis y vacío social, ciertos sectores son incapaces de comprender el discurso racionalista de la izquierda. Y ello no por una cuestión de atraso ideológico, sino por la presencia viva en la sociedad alemana de la época de componentes no contemporáneos: "Actúan, pues, impulsos y reservas de épocas y supraestructuras precapitalistas, verdaderas simultaneidades, por tanto".<sup>24</sup> La fuerza de los nazis fue creciendo

en la medida en que supieron amalgamar una actitud a la vez ardiente y miserable, contestataria y no contemporánea. Y, sobre todo, porque supieron hacer más llevadero el presente con la fabulación del retorno de lo no contemporáneo: las masas afluyeron hacia lo inactual "porque el insostenible presente al menos parece diferente con Hitler, porque él pinta para cada uno buenas cosas antiguas".<sup>25</sup> La Alemania de la época es una especie de laboratorio social vivo donde un conjunto de componentes no contemporáneos, presentes en los jóvenes, en los campesinos, en las capas medias, actúan y operan al lado de otros estrictamente contemporáneos. La contraposición racional-irracional resulta demasiado sumaria para dar cuenta de la situación. Por el contrario, Bloch plantea la necesidad de entender en qué medida es intensa la tendencia a volver a los "viejos buenos tiempos" ante la dureza del presente, y que el sueño del pasado mejor, alentado, por ejemplo, por el mantenimiento en la actualidad de "imágenes urbanas enteramente medievales",<sup>26</sup> no se conjura apelando meramente a una actitud racional.

Lo no contemporáneo presenta un plano objetivo: supervivencia de formas y relaciones de producción, así como de supraestructuras antiguas, y un plano *subjetivo*: sueños y fabulaciones ideológicas, ramas muertas del deber, de la cultura, de la situación de la clase media. El fundamento de su carácter contradictorio es "el cuento incumplido del buen tiempo antiguo, el mito no extinguido del oscuro ser antiguo o de la naturaleza".<sup>27</sup> Pero si el carácter contradictorio de lo no contemporáneo aparece tan vivo en esta época es, justamente, porque la propia no contemporaneidad está inscrita, como contradicción, en el capitalismo de hoy, y se desarrolla con él.<sup>28</sup> Y sin embargo, aun provocada por el capitalismo, la contradicción de lo no contemporáneo socialmente existente no es enteramente peligrosa para el man-

<sup>17</sup> *Ibid.*

<sup>18</sup> *Ibid.*, p. 113.

<sup>19</sup> *Ibid.*, p. 122.

<sup>20</sup> *Ibid.*, p. 124.

<sup>21</sup> *Ibid.*, p. 121.

<sup>22</sup> Walter Benjamin (1940). "Tesis de filosofía de la historia", en *Discursos interrumpidos*, traducción de J. Aguirre, Taurus, Madrid, 1973, p. 182.

<sup>23</sup> Ernst Bloch, "Sócrates und die Propaganda", en *Vom Hassard zur Katschtophe*, Politische Aufsätze aus den Jahren 1934 bis 1939, Suhrkamp, Frankfurt, 1972, p. 103.

<sup>24</sup> Ernst Bloch, *Erbschaft dieser Zeit*, op. cit., p. 113.

<sup>25</sup> *Ibid.*, p. 104.

<sup>26</sup> *Ibid.*, p. 109.

<sup>27</sup> *Ibid.*, p. 122.

<sup>28</sup> *Ibid.*, p. 117.

tenimiento y reproducción del propio capitalismo, precisamente porque lo no contemporáneo no puede desbordar los límites impuestos por la contemporaneidad, es un retorno de otras épocas. En esa medida, puede servir a los intereses capitalistas, e incluso ser utilizada para desviar o encubrir las contradicciones realmente contemporáneas con que el capitalismo se enfrenta. El recurso a la no contemporaneidad nazi frente a la revolución es un escudo de defensa de la contemporaneidad capitalista.

En este punto, la actitud polémica de Bloch frente a otras concepciones predominantes en el marxismo de la época resulta evidente. La ruptura revolucionaria de la contemporaneidad capitalista no puede tener lugar aceptando la *uniformidad* impuesta por el capitalismo en la modernidad, con su concepción subyacente de un tiempo homogéneo y lineal. El marxismo habría de tomar conciencia de la pluralidad de tiempos y espacios humanos, para hacer esa pluralidad emancipatoriamente operativa, en lugar de pretender asumir tan sólo la *herencia* de la uniformidad capitalista. La concepción de Bloch supone, según la hermosa fórmula acuñada por el filósofo italiano Remo Bodei, que el mundo no es un *universum*, sino un *multiversum*.<sup>29</sup>

La *pluralización* de tiempos y escenarios presenta, además, otro importante desarrollo en la argumentación de Bloch: la idea de la pluralidad, de la no uniformidad de la herencia o legado (*Erbe*) cultural, y de que en la transmisión y recepción de dicha herencia se va condensando un potencial de enriquecimiento antropológico (en todos los planos: político, representacional, artístico), del que es preciso apropiarse a través de la diversidad de escenarios y tiempos. Queda así individuada la cuestión del excedente (*Überschuss*) de cultura y de su función en la formación de los sujetos políticos, así como en la síntesis de tradición e innovación en el plano estético. Según Bloch, "la

ideología de una época, además del encubrimiento de la dominación de clase, contiene también un excedente (*Überschuss*) indudable en tanto que supraestructura, en tanto que producción cultural, ese excedente que exige plantear el problema de la *herencia* cultural incluso frente a un pasado no revolucionario".<sup>30</sup> Encontramos aquí, en primer lugar, una reformulación de la concepción marxista de la *ideología*, que Bloch no acepta que se reduzca únicamente a falsa conciencia. Además de ese aspecto, el horizonte cultural (en el sentido antropológico) de un grupo humano presenta una línea de acumulación y transmisión de experiencias que constituye un patrimonio enriquecedor, y por ello irrenunciable. Gracias a ese patrimonio, la *vida* no queda colgada de un hilo indefinido, y alcanza, en cambio, un anclaje en los sentidos de la existencia.<sup>31</sup> En segundo lugar, el concepto blochiano de *excedente de cultura* resulta de gran interés en la consideración del proceso temporal en estética en un sentido plural y no homogeneizador, y es capaz igualmente de evitar la mera superposición sin relieve de distintos tiempos y situaciones.

La situación cultural y artística de la Alemania de aquel tiempo es caracterizada por Bloch a partir de la aparición de un *espacio vacío*, en el que confluyen lo racional y la fragmentación, lo contemporáneo y lo no contemporáneo. Y el "emblema" de esa situación es Berlín, la gran urbe a la que afluyen los componentes no contemporáneos y los estrictamente actuales, que parece justamente por ello "extraordinariamente contemporánea, una ciudad continuamente nueva, construida en el vacío, en el que de improviso la cal se hace o se hará auténticamente firme".<sup>32</sup> En el vacío ocasionado por el hundimiento de la tradición cultural burguesa se dan cita y se superponen la idea de una nueva sociedad y las figuras compuestas por los innumerables fragmentos de la herencia cultural, convertida en un caos: "Este espa-



cio vacío precisamente ha sido causado por el hundimiento de la cultura burguesa; y en él actúa no sólo la racionalización de una sociedad diferente, sino de manera más visible una nueva formación de figuras a partir de las partículas de la herencia cultural convertidas en un caos."<sup>33</sup> En el plano artístico, la posición de Bloch resulta equidistante de las posiciones que, en el marxismo, sitúan en el clasicismo la única línea asumible de herencia (Lukács) y de aquellas actitudes vanguardistas que ponen el acento en la innovación más radical y en la ruptura con el pasado.

En el vacío propiciado por el desmoronamiento de la gran cultura burguesa y sus expresiones filosóficas (Spengler, Bergson, la fenomenología, Heidegger, Jaspers), Bloch concentra su mirada en la filosofía capaz de asumir la forma del cabaret y la revista, como sucede en el caso de su amigo Walter Benjamin. Y, frente a cualquier tentación de totalización o uniformidad, elige a Brecht, Joyce y Pi-

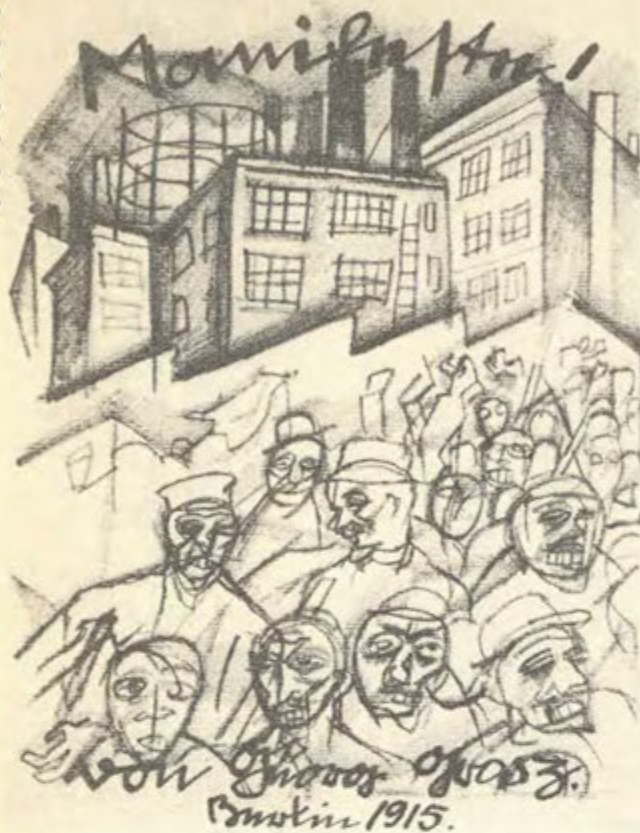
<sup>29</sup> Remo Bodei, *Multiversum / Tempo e storia in Ernst Bloch*, Bibliopolis, Nápoles, 1979; 2a. ed., revisada y aumentada, 1982.

<sup>30</sup> Ernst Bloch, *Erbschaft dieser Zeit*, op. cit., p. 294.

<sup>31</sup> Sobre esta cuestión, cfr. *Filosofía y emancipación*, op. cit., cap. IV: "La vida humana y sus sentidos".

<sup>32</sup> Ernst Bloch, *Erbschaft dieser Zeit*, op. cit., p. 212.

<sup>33</sup> *Ibid.*, p. 215.



casso, el surrealismo y el expresionismo, las líneas artísticas en las que lo contemporáneo recibe la "iluminación lunar" de lo no contemporáneo (venido del medioevo, del romanticismo, de las distintas épocas y situaciones de cultura). La herencia cultural de mayor proyección, tanto en la filosofía como en el arte, es la que conduce a asumir la diferencia como un valor positivo, así como el carácter fragmentario de la experiencia de la vida en la sociedad contemporánea, sin pretender fabular una totalización meramente aparente, y por ello encubridora. De aquí se sigue la preferencia blochiana por el montaje como procedimiento filosófico y artístico que responde mejor a las características de la contemporaneidad. El montaje, según Bloch, "recoge los fragmentos de la superficie descompuesta, pero no los coloca en nuevas totalidades, sino que los emplea como partículas de un lenguaje distinto, de informaciones distintas, de una distinta y emergente figura de la abierta realidad".<sup>34</sup> Pero esa

composición de los fragmentos no tiene por qué conducir al caos. Al contrario: a través de ellos *experimentamos* cómo funcionan dimensiones antiguas de la vida en una vida nueva, tan sólo entrevista.

Esta forma no lineal de asumir las relaciones entre lo viejo y lo nuevo en todas las dimensiones de la cultura será fundamental en la posición mantenida por Bloch en el debate marxista de los años treinta sobre el expresionismo.<sup>35</sup> En un texto de 1934, "Grandeza y decadencia del expresionismo", György Lukács, partiendo en su análisis del *atraso* político de Alemania, y relacionando dicho movimiento con las corrientes de "anticapitalismo romántico" y de crítica de las "democracias occidentales" presentes en la cultura alemana, había afirmado que "el expresionismo es indudablemente una de las muchas corrientes ideológico-burguesas que desembocan más adelante en el fascismo".<sup>36</sup> Según Lukács, los motivos de ello habrían de buscarse, tanto en la "pobreza extraordinaria de contenido"<sup>37</sup> del movimiento, como en su actitud ante la realidad: la de un "idealismo subjetivo que se presenta con la pretensión de la objetividad".<sup>38</sup> En sus intervenciones en el debate, Bloch combatirá los presupuestos ontológicos de Lukács, su presuposición de "una realidad coherente y cerrada", el rechazo lukácsiano del "idealismo subjetivo" contraponiéndolo a una "totalidad" ininterrumpida, cuando, según Bloch, la *interrupción* forma parte también de la realidad. En definitiva, señala Bloch, "como Lukács tiene un concepto objetivista y cerrado de realidad, por eso se vuelve, con motivo del expresionismo, contra todo intento artístico de disgregación de una imagen del mundo (aun si esa imagen del mundo es la del capitalismo)".<sup>39</sup> Aceptar únicamente la herencia clásica en el arte se convierte en un impedimento para juzgar el arte de vanguardia. Y si bien es cierto que el expresionismo fue "una revuelta dentro de la propia burguesía",

contiene —apunta Bloch— "objetivamente sombras arcaicas y luces revolucionarias mezcladas".<sup>40</sup> La disgregación no aparece en él por amor a ella misma, "sino por la tempestad que atraviesa este mundo para hacer sitio a las imágenes de otro más auténtico".<sup>41</sup> La aportación estética decisiva del expresionismo consistiría, por tanto, en alcanzar a través de su *fragmentación* del orden aparentemente objetivo y estable del mundo contemporáneo la integración de lo "ya-no-consciente" y de lo "todavía-no-consciente", la puesta en relación por medio del experimento artístico de lo olvidado hace largo tiempo con lo que aún no ha aparecido enteramente.

La filosofía del tiempo histórico de Bloch se muestra así como una vía fecunda de replanteamiento de la densidad temporal necesaria para dotar de sentido al arte y la vida humana.<sup>42</sup> Con ella se propicia una lectura no homogeneizante del arte del siglo XX y de las vanguardias, permitiendo apreciar el alcance de actitudes que sitúan en la fragmentación, en la recuperación de motivos olvidados de la tradición, en la apropiación de espacios antropológicos antes ignorados o reprimidos, su eje estético de gravedad, junto con aquellas otras que ponen el acento en la unidad, la innovación y lo objetivo. Una línea fragmentaria y discontinua estaría, por tanto, presente y activa en las vanguardias, además de la línea analítica, y el expresionismo o el surrealismo dejarían de ser considerados actitudes anacrónicas o idealistas.

Lo interesante en las manifestaciones culturales y artísticas de esa Alemania de los treinta primeros años del siglo, cuyo perfil hemos ido interrogando, es su semejanza con muchas de las cuestiones acuciantes de nuestro presente. Más allá de las reconstrucciones meramente *arqueológicas*, no deja, por tanto, de resultar paradójico que aquella Alemania, tan fuertemente impregnada de no contemporaneidad, nos resulte hoy

<sup>34</sup> *Ibid.*, p. 227.

<sup>35</sup> Sobre este punto, cfr. mi libro *La estética como utopía antropológica / Bloch y Marcuse*. Tecnos, Madrid, 1983, pp. 67-76.

<sup>36</sup> György Lukács, *Problemas del realismo*, traducción de C. Gerhard, FCE, México, 1966, p. 229.

<sup>37</sup> *Ibid.*, p. 230.

<sup>38</sup> *Ibid.*, p. 246.

<sup>39</sup> Ernst Bloch (1938), "Diskussionen über Expressionismus", en *Erbschaft dieser Zeit, Erweiterte Ausgabe*, op. cit., p. 270.

<sup>40</sup> Ernst Bloch (1937), "Der Expressionismus, jetzt erblickt", en *Erbschaft dieser Zeit*, op. cit., p. 258.

<sup>41</sup> *Ibid.*, p. 260.

<sup>42</sup> Cfr. José Jiménez, *Imágenes del hombre*, op. cit., pp. 103-109.



tan actual, tan contemporánea. No es sólo que quizás ciertas formas de sentir lo moderno, en la política y el arte europeos, tengan allí su origen, o, al menos, un primer surgimiento o esbozo. Es el sentimiento difuso de la disgregación de un periodo histórico y cultural, y sobre todo la experiencia viva de la quiebra de la unidad temporal lo que hace tan acuciantemente contemporánea aquella época de nuestro pasado cercano.

Porque en nuestro presente intensamente fragmentario, la unidad cuantitativa, la homogeneidad abstracta, impuestas por el mecanicismo técnico-social en que vivimos, se han hecho todavía más agudas. Y la experiencia humana del tiempo pierde cada vez más relieve y densidad, se va convirtiendo en una lámina delgadísima invocada en la instantaneidad absoluta y omnipresente de los medios de comunicación de masas, e invocada también como primacia sin límites del presente en algunas teorizaciones acerca del final de la sensibilidad moderna. Lo que eso implica es un profundo debilitamiento de la conciencia histórica, una gran dificultad para situar nuestras vidas en un universo reconocible.

El nacimiento de la modernidad abría un problema aún sin solución: el de la integración de los desniveles y discontinuidades culturales presentes en la propia complejidad de la época con un criterio de unidad o identidad antropológica. El despliegue de los tiempos modernos hasta llegar a nuestra contemporaneidad convulsa ha ido ahondando aún más el vacío o la distancia entre ambos planos. No parece, por ello, que desde esta dimensión clave, constitutiva de los fundamentos antropológicos de nuestra cultura, pueda hablarse hoy del final de lo moderno. La aspiración latente a la unidad antropológica sigue siendo uno de los problemas centrales de nuestro mundo. Lo que probablemente sabemos hoy es que esa unidad no puede alcanzarse a través de la abstracción y homogeneidad impuestas por el mecanismo

técnico-social que rige y organiza nuestra convivencia. Pero ello no debería significar el abandono de la conciencia histórica y asumir la vida como pura inmediatez. Al contrario: sólo el desarrollo de una conciencia histórica no homogeneizadora del tiempo y del espacio, capaz por tanto de asumir los desniveles y discontinuidades culturales, puede propiciar la construcción de una unidad antropológica respetuosa con la particularidad y la diferencia.

Las vidas humanas no pueden abrirse al encuentro de los múltiples sentidos que les sirven como soporte simbólico en la pura instantaneidad, sino en el (re)conocimiento de la densidad de tiempos (pasados, futuros) y espacios (épocas, escenarios culturales) diversos. La vida se experimenta como un azar cuando nos confrontamos con un presente sin relieve ni profundidad. Cuando nuestra existencia se ve desgarrada entre la afirmación abstracta de la unidad y la experiencia intensa y continua de la fragmentación, de la pérdida del sentido, no queda otro camino sino asumir esa fragmentación y eludir con ello toda tentación de unidad como totalización ideológica, como mero encubrimiento de los desniveles culturales de nuestro mundo. Y sin embargo, si asumiendo la fragmentación de la vida somos capaces de proyectarla como experiencia de la pluralidad, como expresión de las diferencias constitutivas del fenómeno humano, quizás fuéramos apropiándonos de un modo creciente de los resortes de decisión que rigen nuestro mundo. Y a través de la afirmación de la diferencia tal vez iríamos alcanzando una unidad no reductiva, no sometida a la escisión de los poderes, ni a la violencia de las representaciones homogéneas. La vida sería, entonces, una empresa incierta, un camino de luces y sombras, un itinerario de posibilidades consumadas y fallidas. Pero dejaría de ser un azar, un destino loco.



# Ensayo sobre la diacronía

Fritz J. Raddatz

Las piernas de Marlene y la *Ópera de los tres centavos*, los edificios de Gropius, la *Lulu* de Alban Berg y las caricaturas de burgeses dibujadas por George Grosz: todo ello acude a la memoria cuando se mencionan los *dorados años veinte*. Todo el gran mundo berlinés y todo Berlín como un único *Café Románico*. Lo que ocurre es que no es verdad. No existe ninguna *Literatura de la República de Weimar*. Lo único que hubo fueron algunas facetas, algunas yuxtaposiciones y contraposiciones: tal como se puede comprobar hoy con perplejidad, no existió prácticamente ningún diálogo entre los escritores. No había ni coincidencias de pensamiento, ni de acción, ni de hábitos.

Cuando en una ocasión Gerhard Hauptmann entraba en el taller de su sastre, Thomas Mann salía del mismo mudo de indignación; fue finalmente sobre Bertolt Brecht sobre quien cayó la siguiente frase de Mann: "este monstruo tiene talento"; y su hermano Heinrich, autor de la novela *El súbdito*, escrita en 1914, representaba para él la encarnación del *literato del asfalto*. En cambio, la máxima figura de la crítica literaria marxista de la época, György Lukács, escribiría un libro lleno de admiración sobre Thomas Mann, pero no dedicaría ni una sola línea a Brecht. Cuando en 1920 Erwin Piscator realizaba sus primeros intentos de *teatro proletario*, fue el órgano comunista *Die Rote Faline* quien mostró su indignación: "El arte es algo demasiado sublime como para utilizar su nombre

en chapuzas propagandísticas" (un razonamiento prácticamente idéntico es el que sirvió al jefe de policía berlinés, socialdemócrata, para clausurar el espectáculo de Piscator el 21 de abril de 1921); casi al mismo tiempo, el poeta comunista Johannes R. Becher —sobre el que se escribió el siguiente verso satírico: "Tanto va el Becher (cántaro) al Bronnen (fuente) que al final se Brecht (rompe)"— hacía callar a un joven poeta lírico experimental, Erich Arendt, que décadas más tarde obtendría el Premio Nacional de Literatura de la RDA, con una crítica devastadora publicada en la Asociación de Escritores Proletarios-Revolucionarios; en esos mismos momentos, la esposa del poeta, Katja, acudía junto a Gundolf a un seminario —en el que participaban también Ernst Jünger, György Lukács y Joseph Goebbels—. Cuando la Asociación de Escritores Proletarios-Revolucionarios editó su revista *Die Linkskurve*, su director, Ludwig Renn, miembro del Partido Comunista desde 1928, se hallaba en la cumbre de su fama tras el éxito obtenido por la novela *Krieg*, aparecida por entregas en el *Frankfurter Zeitung* entre septiembre y noviembre de 1928, y, sin embargo, Karl von Ossietzky, director de *Die Weltbühne* desde hacía tres años, afirmaba no haber oído jamás ese nombre, y en una recensión aventuraba la hipótesis de que tal autor era en realidad un carpintero —siendo como era un aristócrata— y no participó tampoco en los fundamentales debates teóricos de *Die Linkskurve*.

Ossietzky había llegado a *Die Weltbühne* procedente de *Tagebuch* tras una aguda competencia y después de que Siegfried Jacobsohn hubiera entablado una querrela contra su editor Leopold Schwarzschild. El círculo en torno a *Die Weltbühne*, formado por autores como Kurt Tucholsky, Walter Mehring, Erich Kästner o Kurt Hiller, es considerado hoy como una especie de centro espiritual de la República de Weimar, y, sin embargo, la revista no logró

alcanzar más que una tirada de 15 mil ejemplares en sus mejores años, y además existieron otros muchos *centros* de debate intelectual igualmente activos: el *holding* de Münzenberg, próximo al Partido Comunista, con su famosa revista ilustrada, genialmente diseñada por John Heartfield, *Arbeiter Illustrierte Zeitung*, así como el *Frankfurter Zeitung*, que reunía a su alrededor autores como Joseph Roth, Siegfried Kracauer o Walter Benjamin; este último fue quien en 1931 calificó despectivamente a los autores de *Die Weltbühne* de "melancólicos de izquierda", y quien —como hiciera Lukács con las tentativas de Brecht— consideró la novela de Döblin, *Berlin Alexanderplatz*, como un simple experimento formal (y la evolución de Franz Biberkopf, hasta convertirse en un rufián pequeño-burgués, como una "metamorfosis heroica de la conciencia burguesa").

Y, sin embargo, esta novela no sólo fue una de las más importantes de la época, sino que además su autor venía escribiendo desde hacía varios años algunos artículos políticos importantes bajo el pseudónimo de *Linke Poot (Pata Izquierda)*: Döblin publicó su ensayo más importante, finalmente convertido en libro, *Conocer y transformar*, una especie de "contraconstitución de Weimar", como la Carta Abierta del joven escritor Gustav René Hocke.

A este mismo Döblin era a quien Brecht escribía las siguientes palabras en una carta: "Siempre he sabido que su forma de hacer literatura era capaz de expresar la nueva concepción del mundo, pero ahora está claro que, además, cubre un vacío existente en la concepción marxista del arte actual." El marxista Walter Benjamin no prestó atención a este Döblin, a este texto, a esta defensa de la Unión Soviética y a la elaboración de un concepto marxista de cultura; sin embargo, cuando ya hacía dos años que la República había dejado de ser tal, si que le interesó el análisis del nazismo efectuado por Ernst

Bloch en *Erbschaft dieser Zeit*, si bien lo rechazó abruptamente: "Es evidente que Bloch manifiesta unas inmejorables intenciones y unos puntos de vista muy respetables. Y sin embargo, es incapaz de reflexionar sobre su trabajo. Sus exigencias desmedidas se lo impiden. En esta situación —rodeado de miseria—, un gran señor como él no tiene más remedio que utilizar sus alfombras persas como colchas, sus brocados como manteles y hacer fundir su vajilla de lujo."

Tras muy pocas semanas de ensayos —a los que acudieron huéspedes tan alejados como Karl Kraus y Elias Canetti—, el 31 de agosto de 1928 se estrenaba en el Berliner Theater, situado en el Schiffbauerdamm, la *Ópera de los tres centavos*, cuya escenografía era de Erich Engel y en la que Bertolt Brecht todavía no figuraba como autor, sino como colaborador; para esta obra Brecht no eligió a Hanns Eisler, su compañero de debates en los círculos marxistas, sino al mucho más mundano Kurt Weill. Prácticamente ese mismo día aparece en *Die Rote Fahne* una crítica con un título sugerente, "La estabilización relativa de la música" (el periodo que se inició tras el Plan Dawes de 1924 vio cómo se producía el fin de la inflación y se iniciaba la llamada *estabilización relativa del capitalismo*, que se prolongaría hasta el *Viernes Negro*, es decir, el *crack* de la Bolsa de Nueva York de 1929). Esta crítica puede ser considerada como una condena anticipada sobre el resultado final de la obra de Brecht y Weill: "El nuevo lema clave que los músicos burgueses han logrado hallar tras sus esfuerzos desesperados y estériles por dar contenido a su arte es: Objetivación de la Música... Incluso esa frase permite reconocer la lamentable confusión, la radical falta de claridad y la vaguedad de la moderna música burguesa. Al parecer, un pequeño grupo de artistas contemporáneos anhela escapar del presente como si de una escuela se tratase. El desamparo que muestran frente a

la situación de su clase social produce una impresión trágica."

Las palabras precedentes aparecían firmadas simplemente con las iniciales H. E.: Hanns Eisler, ese amigo que Brecht no eligió estaba analizando con estas palabras la ópera *Cardillac* de Paul Hindemith. Eisler trabajaba desde hacía un año como profesor en la Escuela Superior de Música de Berlín —mientras que Klemperer dirigía desde 1927 la Ópera Kroll, Bruno Walter dirigía desde 1925 la Ópera Municipal, Erich Kleiber ocupaba desde 1923 el cargo de director musical de la Ópera Estatal y Furtwangler era desde 1922 director jefe de la Filarmónica berlinesa. Hanns Eisler no poseía más que talento.

"Quien sea dueño de Berlín, será dueño del mundo", decía Zuckmayer; pero, ¿quién era el dueño de Berlín? ¿*Die Weltbühne*, o acaso el diario ultraconservador de Hans Zehrer's *Die Tat*, o bien el católico *Gral*, o tal vez la prensa de Hugenberg, tan profundamente reaccionaria, o, por el contrario, el *holding* de izquierda de Münzenberg? George Grosz, a quien Oskar Kokoschka llamaba "un lumpen del arte", o aquel Gottfried Benn, que insultaba al futurista soviético Tretiakov —a

quien Lukács combatía porque lo consideraba como una calamidad vanguardista, acusándolo de "agente de la Checa", y que escribió las siguientes palabras sobre la poesía: "La poesía es el trabajo no asalariado del espíritu, un *fond perdu*, una especie de siembra en la arena: unilateral, estéril y sin correspondencia", o bien Bertolt Brecht, que publicó su pieza teatral radiofónica *Vuelo oceánico* en la lujosa revista ilustrada de Ullstein, *Uhu*, justo al lado de un anuncio dedicado al "gusto selecto de la mujer", y que al mismo tiempo escribía las siguientes líneas sobre la poesía de Benn: "Su lenguaje se asemeja al de ciertas condesas que de vez en cuando escriben invitaciones exclusivas prometiendo a algunas damas y caballeros solitarios una reunión *informal* en sus salones. Su lenguaje consigue, con un arte sobrio y refinado, reunir ciertos términos que, de no ser así, jamás habrían coincidido".

Kurt Hiller exclamaba: "No seremos músicos, sino moralistas", y Ernst Toller: "No interpretaremos más, seremos serios"; y sin embargo, su corresponsal Stefan Zweig, a quien él presentaba su idea de socialismo como la única posibilidad



política moralmente aceptable, era al mismo tiempo el destinatario de las cartas brutalmente legitimistas de Joseph Roth, que exponía a Zweig su recelo acerca de un advenedizo llegado a la redacción del *Frankfurter Zeitung*, Friedrich Sieburg, quien siendo un joven poeta anatemiaba "la maldición del Kurfürstentamm", de quien recelaba su propio editor francés cuando aquél era un periodista conservador y acababa de publicar su famoso libro *Dios en Francia*, que abría con la siguiente cita de Lafontaine: "No dudamos de tu amor, aunque nos cueste la vida", y que cuando ya era un escritor maduro llegó a autodenominarse *Evangelista del Tercer Reich* ("porque este movimiento posee una verdad interna que cuadra a nuestro carácter"). No sólo era Brecht, tan viperino, el que consideraba ininteligibles las poesías de George, Rilke y Werfel —a no ser que se las considerase de una manifestación de la lucha de clases—, sino que también Robert Musil, tan poco amigo de la polémica, escribe lo siguiente: "Cuando leo a Raskolnikov, me siento envuelto por Raskolnikov y Dostoievski; pero cuando leo los *Cuadernos de Malte Laurids Brigge*, sólo me envuelve Rilke".

#### *El hombre es el error*

¿De modo que en lugar de una literatura no hay más que tonterías, resquemores y ruidos? ¿Nada común? Y sin embargo (si se me permite la ocurrencia), lo que sí estaba claro era la fascinación por los objetos —bien fueran máquinas, aparatos gimnásticos, calles o tranvías—. Walter Gropius diseña un cabriolé en forma de águila y Marcel Breuer (junto con Gropius) sería el autor de aquel famoso dormitorio diseñado para Piscator, que era mucho más un gimnasio con pesas, *punching-ball* y barras que un dormitorio; Karl Hubbuch pinta el puente de Jannowitz; Walter Ruttmann rueda su película objetual *Berlin, la sinfonía de una gran ciudad*; Raoul Hausmann esculpe

su *cabeza mecánica*, mientras que Brecht escribe en colaboración con el campeón de boxeo de peso pesado —Samson Körner— *La Máquina Humana de Lucha*, y Kurt Tucholsky sueña con volver a nacer y reencarnar en su otra vida en uno de los forros de la Editorial Malik (diseñados por John Heartfield). Lo mismo da que hablemos de los *collages* de Schwitters, o de las oficinas de Max Taut, o de los barrios obreros de Bruno Taut, o de los dormitorios infantiles de Marlene Poelzig, o de los diseños escenográficos creados por Emil Pirchans para la *Escalera* de Jessner (el primero de los cuales sería creado en 1920 para *El rey Ricardo III*): el *fordismo* se convertiría también en un concepto cultural, sobre todo a partir del éxito alcanzado por las memorias de Henry Ford, *Mi vida y mi obra* (1923); lo manufacturable, la fabricación en serie, las cadenas de montaje. No se toma en consideración el alma, sino el objeto, utilizando esta palabra en su doble sentido. A pesar de que Brecht escribió en 1928 un poema satírico titulado "700 intelectuales rezan ante un tanque de petróleo", él mismo había contribuido a propagar el valor de uso de la lírica, y como jurado de un premio convocado por *Die Literarische Welt* había escogido, entre 400 obras, el poema de Hannes Küpper sobre el velocista MacNamara.

Con toda seguridad hay un año que simboliza esta producción tan heterogénea: en 1929 aparece la novela de Remarque *Sin novedad en el frente* y la *Perrudja* de Hans Henny Jahn; *Los empleados* de Siegfried Kracauer y *En otro país* de Hemingway (novela por entregas publicada por el *Frankfurter Zeitung*); la obra de Kurt Tucholsky *Deutschland Deutschland über alles* y *Berlin Alexanderplatz* de Döblin; *El corazón aventurero* de Ernst Jünger y *El teatro político* de Piscator; además, este mismo año muere Hugo von Hofmannsthal y Thomas Mann obtiene el Premio Nobel. Dos años más tarde, se publicaba la obra de Jaspers

*Die geistige Situation der Zeit*, y también *El mito del siglo veinte* de Alfred Rosenberg. Y a pesar de todo es la técnica la que aparece como un prodigio propio de este siglo —y esto es lo que constituye el rasgo casi común de la cultura de esta década—. Y también precisamente eso es lo que constituye una amenaza: —"El hombre es el error", significa, como siempre en Brecht, *prédica*, *compasión* y *protesta*.

Los demás elementos comunes, los que englobaban a todos, se distinguen claramente desde nuestra perspectiva actual; a grandes rasgos, se trataba de una literatura democrática. El fundamento de la democracia es la tolerancia. Ellos lucharon y se enfrentaron, conspiraron y se hostilizaron, discutieron y se odiaron —y sin embargo todos ellos vivieron y trabajaron juntos—. Ninguno de ellos deseaba destruir al otro. Cuando fueron destruidos sus libros, sus cuadros, su teatro, sus existencias mismas, entonces se puso de manifiesto cuánto habían tenido en común, sobre todo si uno recorre la lista terriblemente larga de los exiliados y asesinados, desde Günter Anders, Zuckmayer, a Carl Amery; desde Jean Zweig a Arnold. No importa saber si Tucholsky se envenenó, o si Toller se ahorcó con el cinturón de su albornoz, o si Müntzenberg desapareció simplemente; una muerte miserable los une, como a Walter Hasenclever y a Walter Benjamin. Lo que desapareció con el asesinato de Mühsam o de Ossitzky, o con el final miserable de Stefan Zweig, fue precisamente toda una literatura. Una cultura basada en la tolerancia y en la democracia, tan contradictoria (aunque no antagónica) como lo fueron las obras de dos autores que buscaron el mismo refugio, que uno llamaba emigración y el otro exilio, Thomas Mann y Bertolt Brecht. Este último ya había extraído sus conclusiones desde hacía mucho tiempo, tal como aparecen en el epílogo de su obra *En la jungla de las ciudades*: "El caos ha concluido. Fue la mejor de las épocas".

# César Vallejo

## La tradición subvertida

Gonzalo Celorio

De los cuatro libros de poesía de César Vallejo, voy a referirme en esta ocasión sólo a los dos primeros —*Los heraldos negros* (1918) y *Trilce* (1922)—, que fueron escritos en nuestro continente y publicados en vida del autor. No por ello se piense que quiero privilegiar el valor de estas obras sobre los libros póstumos de Vallejo —*Poemas humanos* y *España, aparta de mí este cáliz*, caracterizado, este último, por su decidido compromiso político—, sino, con independencia de cualquier valoración intrínseca, destacar la importancia que para la historia de la poesía hispanoamericana revisite el tránsito del primero al segundo libros del poeta peruano, que no es otro que el tránsito irreversible e inaugural del último modernismo a la primera modernidad en nuestras letras.

Los movimientos de vanguardia hispanoamericanos han sido considerados, en términos generales, subsidiarios de los vanguardismos europeos: resonancias de la modernidad en la poe-

sía de algunos escritores gregarios, más o menos elitistas y altamente susceptibles al influjo de las actualidades literarias del extranjero. Se ha establecido, así, una relación digamos que refleja entre poetas como Borges o Huidobro, para poner sólo un par de ejemplos, y los movimientos de vanguardia librados en Europa durante las primeras décadas de este siglo. Habría que decir, sin embargo, que esta relación especular difiere de la condición de dependencia que prevalece en las letras hispanoamericanas desde los primeros tiempos de la Colonia hasta el movimiento modernista, que adquiere relativa autonomía y cierta originalidad. Y es que a partir de la primera guerra mundial, como lo señala Saúl Yurkiévich, en Hispanoamérica

...también se da la voluntad de ser hombres de este siglo, de expresar lo que una sensibilidad distinta capta en derredor, de acompasarnos, a pesar de las distancias y sin perder nuestros peculiares rasgos lingüísticos y cultura-

les, nuestra particular idiosincrasia, a un mundo que vive un ritmo propio dado por nuestras condiciones de existencia modificadoras de las relaciones humanas y que provocan sentimientos característicos de época.<sup>1</sup>

Y añade:

Los mismos fenómenos culturales se producen simultáneamente en América y Europa. La poesía contemporánea es sacudida por acontecimientos e inquietudes mundiales. Ya no hay barreras para las conmociones históricas.<sup>2</sup>

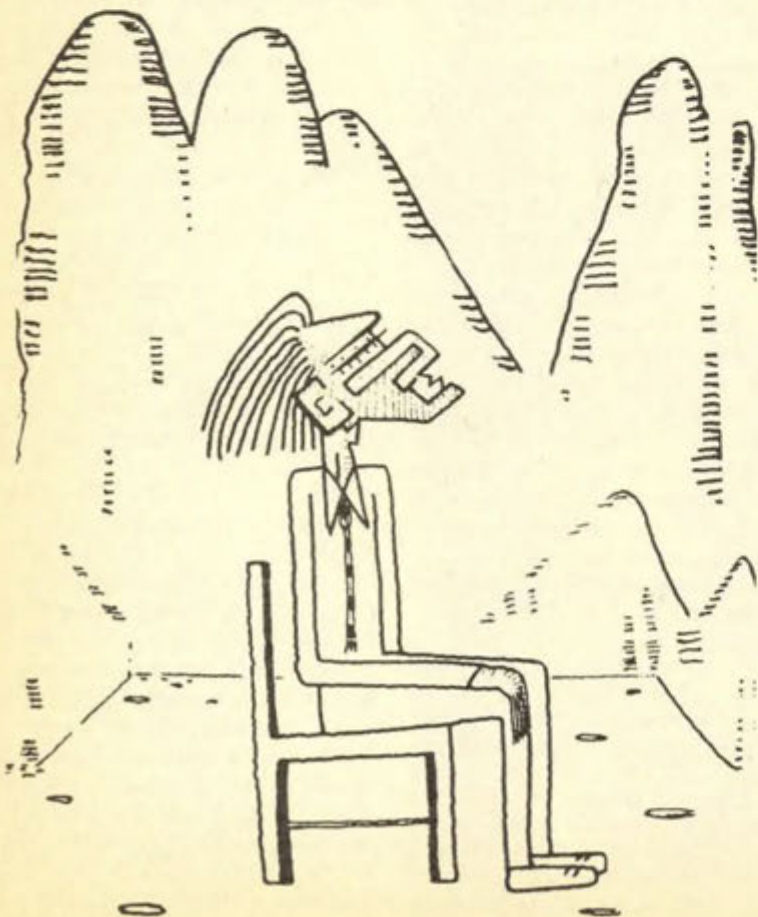
José Emilio Pacheco, por su parte, distingue la vanguardia de origen europeo, y hecha nuestra por derecho universal a participar del universo, de otra que procede de Norteamérica y que, con el tiempo, deviene, aquí, antipoesía o poesía conversacional.<sup>3</sup>

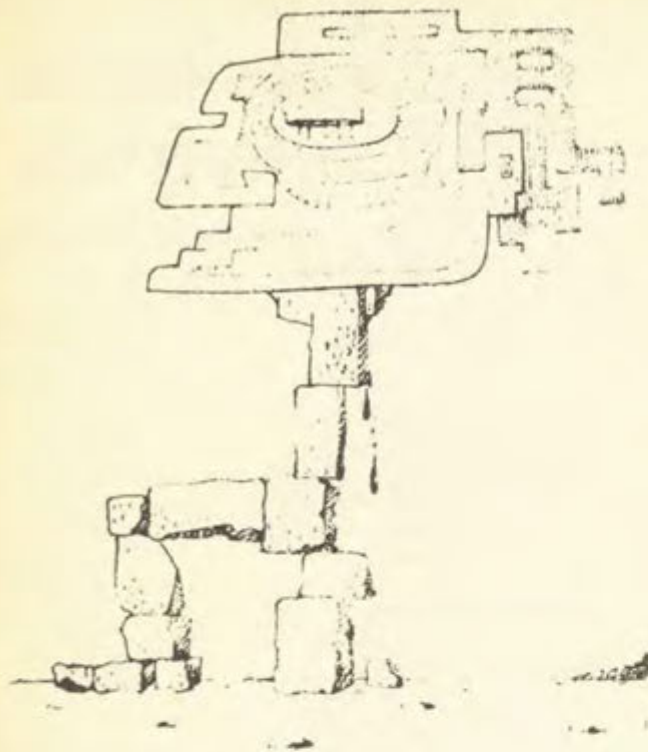
Como quiera que sea, se piensa, pues, que la vanguardia de Europa o de los Estados Unidos se implanta en Hispanoamérica en buena medida a causa de un mayor internacionalismo de nuestra cultura y de la apertura de los poetas más permeables a la modernidad (por lo cual, entre paréntesis, a veces han sido tildados de aristocratizantes o evasivos, cuando no de reaccionarios y antipatrióticos). Algunos ejemplos: Borges, que participó del ultraismo en Sevilla, al lado de Gerardo Diego y Rafael Cansinos Asséns, introduce en Argentina algunos aspectos de este movimiento de vanguardia con el beneplácito

<sup>1</sup> Saúl Yurkiévich, "Realidad y poesía (Huidobro, Vallejo, Neruda)", en *Los vanguardismos en América Latina*, prólogo y materiales seleccionados por Óscar Collazos, Casa de las Américas, Serie Valoración Múltiple, La Habana, 1970, p. 212.

<sup>2</sup> *Ibid.*, p. 223.

<sup>3</sup> Cfr. Noé Jitrik, "Notas sobre vanguardia latinoamericana", en *La vibración del presente*, Fondo de Cultura Económica, Tierra Firme, México, 1987, p. 60.





del único vanguardista anterior a las vanguardias —como alguien llamó a Macedonio Fernández—; Vicente Huidobro se disputa con Pierre Reverdy la creación del creacionismo; los estridentistas mexicanos —Manuel Maples Arce, Germán List Arzubide— adaptan el futurismo de Marinetti a la ideología marxista y combaten, pese a su presunta modernidad, la modernidad del grupo sin grupo de Contemporáneos. En fin, la vanguardia proviene de fuera y aquí se reproduce, con ánimos universales y modernos, y cobra ciertas peculiaridades locales.

La poesía de César Vallejo, empero, no parece ubicarse de manera cómoda en este planteamiento. Ciertamente que sin las vanguardias extranjeras y sin sus efectos en escritores hispanoamericanos contemporáneos no habría dado este salto cualitativo del modernismo a la vanguardia, pero en su obra la modernidad no procede tanto de los vanguardismos europeos cuanto de la ruptura con la tradición modernista, que todavía tiene un peso determinante en su primer libro, *Los heraldos negros*. En este sentido, su evo-

lución es semejante a la del Lugones de *El lunario sentimental* o del López Velarde de *El son del corazón*, si bien, a diferencia de ellos, lleva la ruptura con el modernismo a los extremos de la vanguardia. Y esta beligerancia poética es tanto más significativa e importante por cuanto nace de la ruptura con una tradición hasta cierto punto propia más que de una influencia europea.

Cuando Vallejo publica *Trilce*, en 1922, José Juan Tablada ya ha sembrado la vanguardia en México con *El jarro de flores*, Oliverio Girondo acaba de sacar a la luz sus *Veinte poemas para ser leídos en el tranvía* y Manuel Maples Arce ha trepado el estridentismo a sus *Andamios interiores*. Sin embargo, tales obras, desde mi punto de vista, son más subsidiarias de las vanguardias europeas que productos de una evolución poética interna, aunque no se pueda entender cabalmente ésta sin aquéllas. Por otra parte, hay que decir también que en esos mismos años Salvador Díaz Mirón y Amado Nervo siguen cultivando lirios modernistas, y que Pablo Neruda no ha publicado aún sus *Veinte poemas de amor y una canción desesperada*, ni el también peruano Santos Chocano su *Ayacucho y los Andes*. Esto es, César Vallejo nos da, en *Trilce*, las primicias de una modernidad propia.

La evolución, altamente significativa, que sufre la poesía de César Vallejo en los cuatro años que separan *Trilce* de *Los heraldos negros* puede explicarse por el disgusto que con respecto al lenguaje modernista, aunque lo siga utilizando, ya se advierte, si bien embrionariamente, en su poemario inicial.

Dice Enrique Anderson Imbert que

César Vallejo partió en su primer viaje poético —*Los heraldos negros*, 1918— de la estética de los padres Rubén Darío, Herrera y Reissig y el Lugones de *El lunario sentimental*, llevándose en los bolsillos, como confituras obsequiadas, muchos versos de la alacena modernista.

Pero el muchacho, aunque por el camino vaya saboreando esas confituras, se aleja del cosmopolitismo hacia lo nacional, regional, popular e indigenista.<sup>4</sup>

Por mi parte, pienso que no es por el camino del tema por donde se aleja del modernismo, renunciando al espíritu metropolitano e internacionalista que caracterizó a la poética de esta escuela; me parece, más bien, que es por el camino del lenguaje —y particularmente del tono— por donde se despide de la estética azul de Rubén Darío y llega, como destino de su primer itinerario, a una modernidad, que es universal sin que pierda, por ello, sus atributos locales primigenios. En este sentido, es afin al Borges ultraista —o por lo menos ya no modernista— del *Fervor de Buenos Aires* (1923).

De la lectura de *Los heraldos negros* guardamos una temática hasta cierto punto local, sobre todo por el conjunto de poemas agrupados bajo el título de “Nostalgias imperiales”, pero lo que más profundamente queda en nosotros es un tono de disgusto, que anuncia la explosión inminente, y que se manifiesta desde el primer poema del libro:

*Hay golpes en la vida, tan  
[fuertes... Yo no sé!  
Golpes como del odio de  
[Dios...*

Es un tono de queja, un tono de garganta herida, un tono cuya dulzura original, casi cantadita, se va amargando por el fastidio, por el hartazgo, por la desconfianza.

Este tono, por sí mismo, registra diversos rasgos que prefirieron claramente la vanguardia: hay un deliberado descuido formal, que se antoja iconoclasta después de transitar por endecasílabos y alejandrinos; una renuncia a la anécdota, y por lo tanto un predominio de la imagen, y, desde el punto de vista ideológico, un escepticismo que dice, en 1918, al término de la primera guerra, que también al pie de los Andes se padece la orfandad de los valores hasta

<sup>4</sup> Enrique Anderson Imbert, *Historia de la literatura hispanoamericana*, vol. II, Época contemporánea, Fondo de Cultura Económica, Breviarios, núm. 156, México, 5a. ed., 1966, p. 49.

entonces inmutables y protectores. El libro termina con estos versos:

*Yo nació un día  
que Dios estuvo enfermo,  
grave.*

Pues bien, este tono malhumorado pero todavía contenido merced a la forma poética y al sentido del verso, merced a una suerte de cortesía mestiza que le debe su mitad, digamos, a esas nostalgias imperiales, explota en el segundo libro: el tono de *Trilce* desborda sus diques, rebasa sus fronteras y se vuelve implacable hasta el incendio, amargo hasta el nihilismo, violento hasta la desarticulación. Rompe, pues, con el lenguaje, frecuentemente edulcorado, de la tradición modernista, e inaugura, para nosotros, la modernidad —que en este caso procede de nosotros mismos, de nuestra propia tradición subvertida, rota.

Muchos son los signos de modernidad de la poesía de César Vallejo. Me limito a enunciar los que saltan a la vista en un libro como *Trilce*: incorporación al lenguaje poético de un vocabulario moderno —a veces de carácter científico o técnico, como el utilizado por futuristas y estridentistas— que era fruta vedada a la poesía; cultivo, en cierto modo como Marinetti, de la velocidad; generación consecuente de una poesía ágil, rápida, inmediata, de la que salen al destierro definitivo, como se lo propusieron los ultraístas españoles e hispanoamericanos, los nexos, las anécdotas, las frases medianeras. Es la de Vallejo una poesía sumamente económica, medular, casi telegráfica: esencial y por lo mismo ósea, aun en sus aparentes sinsentidos, en sus referencias en clave, en sus coloquialismos rutinarios y domésticos, en sus expresiones caóticas. Ya no busca la sonoridad afortunada, la que se imprime en la memoria, sino el vértigo de las frases que se desplazan, que se fugan y que sólo nos dejan una estela, una sombra, un eco, acaso más contundentes y hondos y duraderos que todos los versos felices que

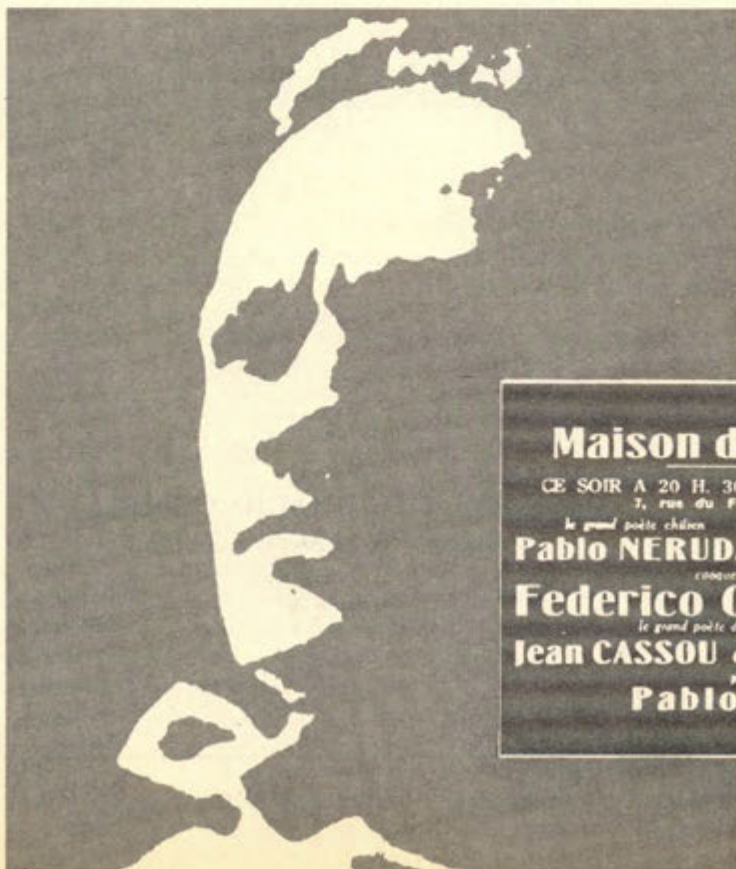
componen el patrimonio poético de nuestros recuerdos verbales.

César Vallejo libera las palabras de sus ataduras convencionales, prestigiosas, de buen gusto, que les había impuesto, incluso como liberación, la estética del modernismo, y estrena, por así decirlo, otro lenguaje: rompe los ritmos tradicionales, no porque invente variantes combinatorias en la métrica o nuevas acentuaciones, o porque experimente con el versolibrismo (actitudes éstas que ya habían adoptado, y con mucha audacia, los poetas modernistas), sino porque supera la veneración tributaria al ritmo *per se* para articular, más bien, la arritmia del caos, que tanto tiene que ver con su corazón y con el corazón del mundo; su poesía no se limita a llevar hasta sus últimas consecuencias las reglas del juego, sino que las viola deliberada, enfáticamente; es más, las invalida en cuanto tales aun en las ortodoxias elementales de la sintaxis y de la ortografía.

A partir de *Trilce*, el lenguaje de Vallejo, y con él el de la poesía hispanoamericana, se va

rompiendo y rearticulando, rompiendo y rearticulando, porque el poeta no sólo cumple la función de nombrar las cosas, sino también, prioritariamente, la de nombrar, por primera vez, los nombres de las cosas.

Para terminar, quiero decir que si algo define a Vallejo como inaugurador de un lenguaje, es que Vallejo no *vanguardiza*, como lo hicieron muchos de sus coetáneos hispanoamericanos. Su poesía es vanguardista por necesidad, obligatoriamente, y no por los falsos imperativos de ciertas teorías vanguardistas formuladas con antelación a la poesía y practicadas de manera servil o epidémica o apresurada —según la muy vanguardista actitud de tomar lo nuevo por lo bueno—. Por esta obligación de modernidad, nacida de su propia voz (de la combustión de sus huesos, diría López Velarde), de su propia tradición y de su propia ruptura, César Vallejo, como Rubén Darío en su tiempo, hizo para la poesía hispanoamericana, esto es, para el ser hispanoamericano, la revolución del lenguaje.



## Maison de la Culture

CE SOIR A 20 H. 30 - SALLE POISSONNIERE  
7, rue du Faubourg Poissonniere

le grand poète chilien

le grand poète péruvien

**Pablo NERUDA Cesar VALLEJO**

conquérant la figure de

**Federico Garcia LORCA**

le grand poète de l'Espagne d'aujourd'hui

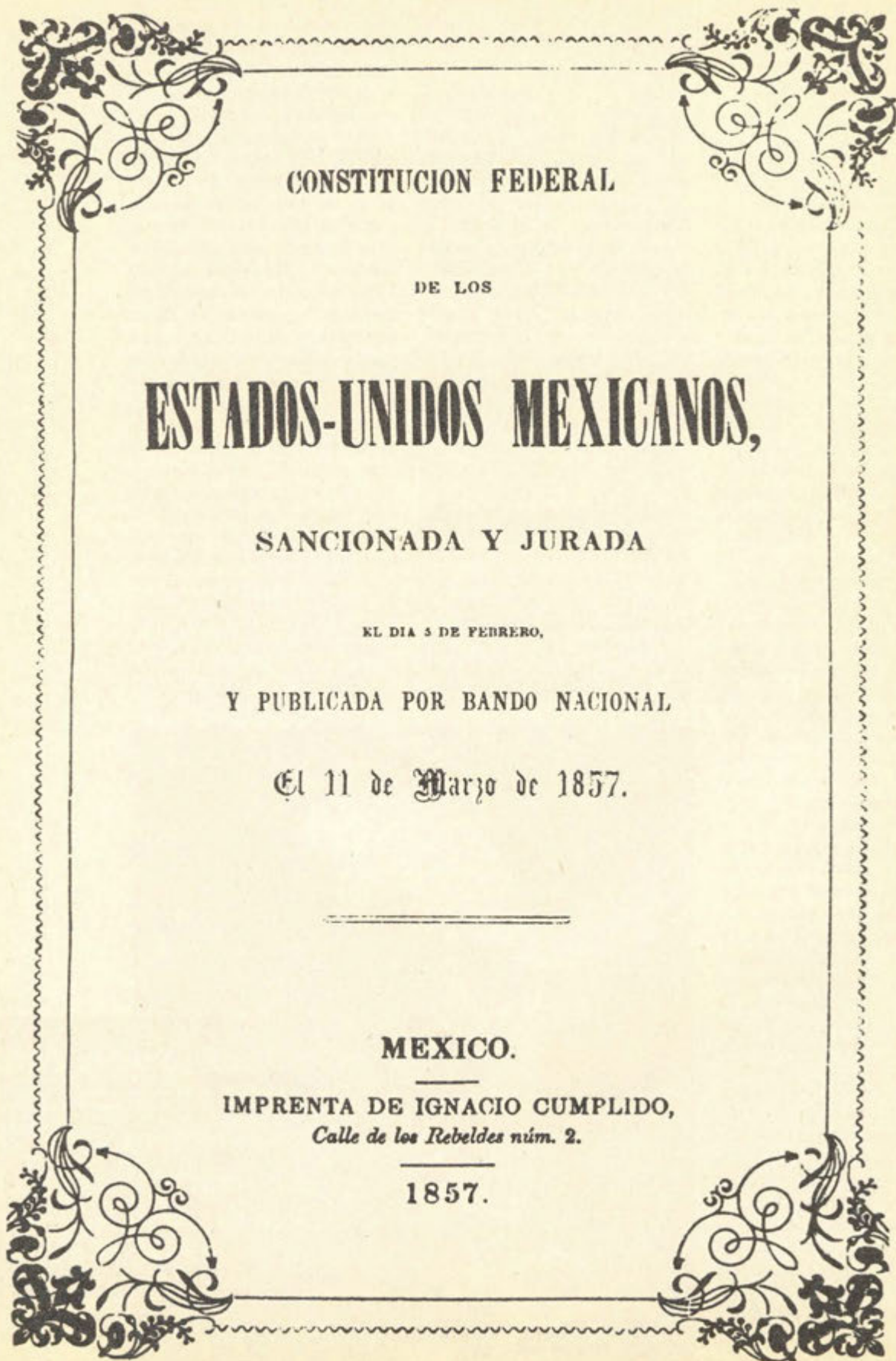
**Jean CASSOU et Robert DESNOS**

présentent

**Pablo NERUDA**

D  
O  
S  
S  
I  
E  
R

54



CONSTITUCION FEDERAL

DE LOS

**ESTADOS-UNIDOS MEXICANOS,**

SANCIONADA Y JURADA

EL DIA 5 DE FEBRERO,

Y PUBLICADA POR BANDO NACIONAL

El 11 de *Marzo* de 1857.

---

MEXICO.

IMPRESA DE IGNACIO CUMPLIDO,  
*Calle de los Rebeldes núm. 2.*

---

1857.



---

# Congreso del 57

## Una utopía ciudadana

El tema de las elecciones ha ocupado y ocupa un lugar privilegiado en la reflexión sobre las reglas e instituciones de la democracia en nuestro país. Presentamos una selección del debate que, en el Congreso Constituyente de 1856-1857, tuvo lugar en torno a los artículos 59 y 79 del proyecto de Constitución, donde se estipulaba la elección indirecta en primer grado, tanto para los miembros del Congreso como para el presidente de la república.

A pesar de las razones aportadas por los partidarios de la elección directa, los artículos fueron aprobados en su sentido original.

A más de un siglo de distancia, la lectura del debate nos muestra que la realización del ideal de la soberanía popular, y el ejercicio efectivo de la voluntad ciudadana, requieren una estructura institucional mucho más compleja que el simple establecimiento de un tipo determinado de elección.

El ideal ciudadano del liberalismo sigue siendo una utopía.

---

### CRÓNICA DEL CONGRESO EXTRAORDINARIO CONSTITUYENTE (1856-1857)

FRANCISCO ZARCO

---

*Artículo 59 del proyecto de Constitución:* "La elección para diputados será indirecta en primer grado y en escrutinio secreto, en los términos que dispone la ley electoral".

El señor Zarco extraña que la comisión, que tan celosa se ha mostrado de la perfecta aplicación de las teorías democráticas recurriendo siempre al pueblo, conserve todavía la elección indirecta, que nunca es ni puede ser el medio verdadero de conocer la opinión pública.

La elección indirecta se presta a influencias bastardas, a la coacción ministerial, a toda clase de intrigas. Es un artificio para engañar al pueblo, haciéndole creer que es elector y empleándolo en criar una especie de aristocracia electoral que, mientras más se eleva en grados, más se separa del espíritu y de los intereses del pueblo. Se ve muy a menudo que un partido gana las elecciones llamadas primarias y secundarias, y pierde, sin embargo, las de diputados, fenómeno que sólo explican la seducción, la violencia, el cohecho y el soborno, armas vedadas que no podrán emplearse cuando las elecciones sean obra directa del pueblo...

Nada de esto sucederá cuando la elección sea directa. Entonces el último ciudadano verá de una manera positiva que su voto es decisivo, escogerá

al hombre que le inspire confianza, será imposible influir en la masa del pueblo y el resultado, sea el que fuere, será la expresión genuina de la voluntad del país.

¿Por qué, pues, la comisión recurre al medio de falsear el sufragio?...

Pero ya que su señoría quiere que de las últimas clases del pueblo salgan los representantes, comience por el principio, recurra a la fuente más pura, al pueblo y sólo al pueblo, y haga que sea verdad que todo ciudadano es elector. Así logrará también que se ensanche ese círculo vicioso de hombres públicos de que no podemos salir, así tal vez no volverá a estos escaños ninguno de los que antes han sido diputados, pero los que vengan serán indudablemente representantes del pueblo, escogidos por el pueblo.

El señor Arriaga dice que nada tiene que contestar al señor Zarco, porque profesa sus mismas opiniones en la materia y no pudo hacerlas prevalecer en la mayoría de la comisión. Los señores que la componen estuvieron por el principio, pero se detuvieron ante su aplicación, y realmente para

esto no faltan motivos, que consisten en la organización peculiar de nuestro pueblo, en nuestra carencia de costumbres políticas, que están muy lejos de ser lo que son en los Estados Unidos, donde la prensa, las reuniones populares, las convenciones, influyen en la opinión, donde las candidaturas son una cosa natural y necesaria. En México, el mismo orador, aunque considera como muy honroso servir al pueblo, vacilaría para presentarse como candidato, temiendo chocar con nuestras costumbres y ponerse en ridículo.

El señor Olvera dice que la comisión quiere la elección directa, pero no tan pronto como el señor Zarco, sino de una manera progresiva, y que, así, en vez de establecer los tres antiguos grados de elección, deja uno solo, lo cual es un paso importante en la aplicación de los principios democráticos.

Para no avanzar de una vez hasta la elección directa, la comisión ha atendido a la situación actual de nuestra población, dividida por desgracia en una clase alta, en otra media y en otra ínfima, que se compone de indígenas no emancipados todavía. La elección directa será oportuna cuando la población presente un carácter homogéneo. Entre tanto, si se establece el sufragio directo, tampoco expresará la voluntad pública, como pretende el señor Zarco, pues los sirvientes de hacienda votarán como quiera el propietario y los que viven como esclavos en las panaderías no tendrán voluntad propia. Menester es esperar la emancipación de estas clases desgraciadas. Debe atenderse a nuestra falta de costumbres políticas y entre tanto es bastante progreso reducir a un solo grado las elecciones para que así se depuren de las malas influencias que reciben.

El señor Zarco dice que, puesto que el señor Arriaga profesa sus mismas opiniones, lo cual le es en extremo satisfactorio, es imposible toda polémica con su señoría. Sin embargo, acepta razones que son inadmisibles. Tales son las que se fundan en nuestras costumbres políticas. Una asamblea constituyente, llamada a introducir grandes innovaciones, debe aspirar a reformar las costumbres y a emancipar a las clases desgraciadas. Así lo ha comprendido la comisión al proclamar la libertad del trabajo, la de industria, etcétera, y al conceder al pueblo el derecho de reunión. Venga la elección directa, y desde luego se verá el cambio en las costumbres. Sabiendo todos los ciudadanos que de ellos depende el nombramiento de diputados, durante la campaña electoral se reunirán para tratar de asuntos políticos, pensarán en candidatos, y éstos rehusarán o aceptarán exponiendo francamente sus opiniones. Cierto que al principio esto tendrá algo de extraña novedad, pero los que desinteresadamente quieran servir a su país harán hasta el sacrificio de exponerse al ridículo. Las razones del señor Arriaga no son, pues, para detenerse ante la elección directa.

Las del señor Olvera parecen de más peso. Conviene con su señoría en que es un positivo progreso disminuir los grados de elección, pero cree que puede irse más adelante. No cierra los

ojos a la situación del país, sabe que es cierto lo expuesto por el señor Olvera y no cree, como dicen por lo bajo algunos señores, que todo el pueblo mexicano es como el de la capital de la República, pues, por el contrario, deplora que realmente haya poblaciones mucho menos civilizadas.

Pero es preciso que el sistema representativo sea una verdad y no una ficción. Si damos a los indios el título de ciudadanos, aceptemos lealmente las consecuencias todas y no hagamos de la ciudadanía una burla y una irrisión. Los artículos aprobados ya tienden a hacer cesar la servidumbre en las panaderías, en los talleres y en los campos. Pero, aun cuando esta mejora no se logre tan pronto como se desea, las influencias que teme el señor Olvera tendrán más fuerza en las elecciones indirectas, aunque sea sólo porque es más fácil seducir a los colegios electorales que a la masa del pueblo entero. La intriga tendrá siempre mejor éxito en el sufragio indirecto y en cada grado, en vez de depurarse, se irá pervirtiendo, corrompiendo y adulterando más y más la voluntad del pueblo, hasta llegar a resultados monstruosos que parezcan inexplicables.

¿Por qué tanto temor a las influencias que puedan obrar en el pueblo? Si se deja seducir por un cura, renegemos del pueblo y del cura, pero no seamos nosotros los seductores. Si en último caso, apelando al pueblo y sólo al pueblo, hemos de perder las elecciones, los congresos no serán liberales, pero serán verdadera representación nacional. Entonces sabremos que el pueblo no quiere lo que queremos, que le parecen irrealizables nuestras teorías; entonces sabremos la verdad y, fieles a nuestros principios, acataremos su voluntad soberana. Entre tanto, las elecciones no son más que un artificio y su resultado, incierto y casual, no da la menor luz para conocer la opinión pública. Si el partido liberal es consecuente con sus doctrinas, no debe retroceder ante la elección directa, de la que sólo puede resultar que los que han figurado en la escena política no vuelvan a ser diputados.

Se temen mucho las influencias del amo, del propietario, etcétera, pero ellas son inevitables y en muchos casos merecen respeto. Algunas leyes y constituciones, cediendo a este temor, han cerrado las ánforas para los sirvientes domésticos; pero esta exclusión no es democrática ni justificable...

¿Hay acaso algún hombre que derive de sí mismo todas sus opiniones y todas sus convicciones? Imposible, porque en todos nosotros, por independientes que seamos, influyen las tradiciones de familia, nuestra educación, nuestros estudios, nuestros amigos, nuestras conexiones sociales y políticas, y cada uno de nosotros no expresa una opinión individual, sino que es órgano de las opiniones de los círculos en que hemos vivido y en que se ha desarrollado nuestra inteligencia.

El señor Olvera dice que es muy difícil la situación de la comisión al tener que combatir ideas que son las suyas, y defendidas con razones de mucho peso. Pero la comisión tiene que insistir en



sostener la elección indirecta, porque está convenida de que en la directa no se tendrá el voto de las masas, sino el de ciertos particulares, no representando, por consiguiente, la verdadera opinión del país. En la manzana en que vive basta contar con el dueño de una veleria para ganar la elección con los votos de los obreros. Otro tanto sucede en los cuerpos del ejército y de la guardia nacional, en que los votos del regimiento no son más que el del coronel. Esto ocurre en las haciendas, en las fábricas, siendo todavía mayor la influencia de los eclesiásticos.

Preciso es, pues, caminar por grados en la vía del progreso, preparar al pueblo a la reforma, y no ir tan de prisa como quiere el señor Zarco, pues si de un golpe se llega a la elección directa, los resultados serán *contraproductentem*.

El señor Ramirez (don Ignacio) dice que tanto los defensores como los impugnadores del artículo convienen en considerarlo como un adelanto en la vía de la reforma; pero que su señoría es de distinto parecer, pues no hay progreso mientras se conserve con más o menos grados un absurdo que falsea y desnaturaliza el sistema representativo. Fúndase este sistema en que el pueblo es soberano y, habiendo elecciones indirectas, ¿cómo ejerce esta soberanía? De ningún modo, ésta es la verdad. Nunca sabe quién será diputado. De aquí viene que vea con indiferencia las elecciones, pues sabe que su voluntad ha de estrellarse ante un mecanismo embrollado y artificial que huye de la influencia del pueblo porque le tiene miedo y lo mira con desconfianza.

Que los ciudadanos son electores no ha sido hasta ahora más que una vana ilusión, que es tiempo ya de realizar; pero para esto no hay que asustarse ante el pueblo.

Si se quiere que los congresos representen la opinión del país, no hay más medio que la elección directa. Con ella vendrá el sistema de candidaturas, que tiene la ventaja de que haya programas claros y explícitos que hagan saber al país lo que tienen que esperar de cada hombre en todo lo que afecta sus intereses. Los *meetings*, los periódicos, cuantos modos hay de dar a conocer la opinión, serán otros tantos recursos de que pueden servirse los candidatos. De otro modo no hay más que aspirantes que intrigan sin comprometerse a nada, hombres que vacilan, que retroceden, que engañan al país, que cuidan más en sus votos y en sus discursos de su bienestar privado que de los intereses del país.

La elección indirecta se presta al monopolio de los cargos públicos, cosa que es imposible cuando, para elegir un solo diputado, se necesitan los votos, no de un colegio, sino de varias municipalidades. Entonces se debilitan los intereses y las influencias locales y prevalecen los intereses generales. Un alcalde no influye fuera de su pueblo. El prestigio de un cura no pasa de su parroquia.

Con la elección directa el pueblo errará o acertará; pero el resultado será la expresión de su voluntad. Con la indirecta ni siquiera tomará interés por un orden de cosas que, proclamándolo sobe-



rano, lo declara imbécil e insensato, quitándole hasta la más remota intervención en los negocios. Los intereses del pueblo no influirán en las elecciones, serán dirigidos por los cabecillas de partido, por los intrigantes, por los que piden y prometen empleos. La autoridad, el gobierno, ha de querer siempre el sufragio indirecto, porque todo intermedio entre el pueblo le es favorable para falsear la opinión. La elección indirecta se debe rechazar por los liberales, como un absurdo, como un contraprincipio en el sistema democrático y también como un escándalo de inconsecuencia.

Todas las ventajas están del lado de la elección directa. Y al votar los ciudadanos no van a discutir los negocios públicos, ni a resolver las cuestiones políticas, sino simplemente a buscar personas aptas para estas funciones...

Con el artículo nada le queda al pueblo de soberanía y, sin embargo, el pueblo es el que la ejerce con acierto derribando a los tiranos y conquistando la libertad.

Si los primeros ensayos son desgraciados, esto no importa, porque lo son también los de la mecánica y, sin embargo, progresan la ciencia y la civilización.

El pueblo es soberano, ya que el Congreso es el trono de esta soberanía y que el pueblo entero no cabe en el Congreso. El orador quiere ampliar el sufragio, para que el pueblo todo vaya pasando por su trono. (*Aplausos.*)

[El señor Gamboa dice:] No hay por qué temer al pueblo, y los que tanto desconfían de él, al me-

nos, para ser consecuentes, debieran renegar del dogma de la soberanía popular, puesto que lo rechazan en la práctica y quieren constituir una especie de oligarquía electoral que se aparte del pueblo. Asombro causa que verdaderos demócratas alucinados con estas ideas hayan llegado a desdeñar la base electoral de la población, indicando que sería bueno adoptar la de los elementos de riqueza. De aquí al sistema de las clases privilegiadas no hay más que un solo paso, y, si la elección se ha de ir alejando del pueblo, quedará entregada al clero y a las clases que siempre lo han oprimido.

Si la elección directa conviniera a esos intereses de casta y de privilegio, como dicen algunos, esas clases serían sus partidarias, y, por el contrario, se ve que la combaten tenazmente. Esta sencilla observación prueba más en la práctica que cualesquiera otros argumentos.

Admitido el sufragio directo en la lucha electoral, la ventaja estaría por el pueblo sobre las clases privilegiadas, y la prensa y la tribuna serían armas poderosas en manos del partido liberal.

Peró la reforma se quiere retardar hasta que el pueblo adelante, hasta que el pueblo aprenda, y, ¿cómo ha de aprender con la elección indirecta, cuando en ella se cuida hasta de ocultarle que se trata de nombrar diputados? En la directa, por el contrario, no habrá ni un solo ciudadano que ignore que su voto influirá en la formación del Congreso; habrá más acierto, porque la candidatura o la postulación son consecuencias precisas de este sistema y, si de pronto habrá quienes se retraigan de presentarse como candidatos, cada partido postulará a los suyos, publicará sus programas y explicará sus intenciones. La elección directa ha existido sin inconveniente en Francia, existe en Guatemala, donde el pueblo es tan poco ilustrado como el de México, y, por último, los demócratas deben tener confianza en sus principios y fe completa en el pueblo.

El señor Moreno siente tener que hablar con la mayor franqueza, porque puede parecer inconsecuente con sus principios, pero preciso es decir que el pueblo aún no tiene la ilustración ni el discernimiento necesario para hacer esperar buenos resultados de la elección directa. Ahora se puede decir *no es tiempo* sin que haya contradicción en los que apoyaron y votaron el artículo 15. En la tolerancia de cultos se trataba sólo de la libertad de conciencia. Cada cual podía decidirse por lo que estimara conveniente, sin que su decisión perjudicara a los demás, mientras que en asuntos políticos se trata de actos externos que afectan a la sociedad entera y, para reformas como el sufragio directo, aún no está preparado el pueblo mexicano, así como el judaico no lo estaba para la ley de gracia y crucificó a Jesucristo. Tal es la suerte de los reformadores, y el Congreso no está libre de amagos por lo que ha hecho en favor de la libertad.

Para legislar es menester no dar extensión excesiva a las teorías, dejar a un lado la política del gabinete y examinar friamente los hechos prácticos. El señor Gamboa, que tan grande confianza

tiene en el pueblo y que cree que en la lucha electoral puede recurrirse a la tribuna, acaso no se atrevería a hablar, porque estaría en riesgo su vida, si en un pueblo corto el cura lo acusase de impío, y dijese a los ciudadanos: "Este tribuno votó en el Congreso por la libertad de cultos".

El triunfo sería entonces del cura, gracias a la elección directa.

El pueblo necesita ser guiado por hombres probos e instruidos, necesita que haya quien lo conduzca como a un rebaño por el sendero del bien y la reforma debe ser lenta y gradual para que sea provechosa.

El señor Ramirez (don Ignacio), después de haber examinado la cuestión en lo general, se propuso estudiarla bajo un punto de vista especial en lo que concierne a la ciudadanía.

Cuando la Constitución ha declarado ya que todos los habitantes de la República tienen iguales derechos, cuando ha dicho que es prerrogativa del ciudadano votar en las elecciones populares y poder ser votado para todos los cargos de elección popular, cuando ha proclamado que la soberanía nacional reside esencial y originariamente en el pueblo, que todo poder público dimana del pueblo, que el pueblo tiene el inalienable derecho de alterar la forma de su gobierno, cuando ha dicho que el pueblo ejerce su soberanía por medio de los poderes de la Unión, la elección indirecta viene a nulificar todos estos principios, ya convertidos en una ilusión o en un engaño. Si no, ¿qué se entiende por derecho de ciudadanía? ¿No es el ejercicio individual de la soberanía local o general? ¿Y no se ha dicho que la soberanía reside en el pueblo, esto es, en el conjunto de todos los ciudadanos? Cuando se adopta una teoría, debe seguirse en todas sus consecuencias. Si se niega al ciudadano el ejercicio de la soberanía para nombrar a sus mandatarios, si de él se desconfía, si se le tiene miedo, si se le quieren imponer tutores, viene a tierra toda la soberanía popular y no queda más que una especie de oligarquía electoral y un artificio para engañar a las masas apartándose de ellas.

De todos los atributos de la soberanía, el sistema representativo no deja otro al pueblo que el de elegir a sus legisladores, que es muy distinto del de legislar, y es inconcebible tanta desconfianza en el pueblo, cuando la historia del mundo y los sucesos de nuestro país enseñan que el pueblo es capaz de gobernar por sí solo. En las repúblicas antiguas el pueblo gobernaba con acierto, sin escuelas, porque la escuela de los pueblos es la experiencia que da la práctica de los negocios. El pueblo romano debió a sí mismo el dominio del mundo y el haber transmitido a la posteridad su sabiduría en sus códigos portentosos. El pueblo griego era como nuestro pueblo; entre los hombres que en Atenas asistían a las deliberaciones públicas había hombres como nuestros *léperos*, si se quiere, que tenían el instinto del bien.

Peró se dice que el pueblo mexicano no está preparado. ¿Dónde hay escuelas para preparar a los pueblos? ¿Dónde puede estudiar sino en la di-



rección práctica de sus negocios?

Se afecta que legislar es una gran cosa, superior a las luces del pueblo; pero legislar, o es imitar servilmente, o es atender a las verdaderas necesidades de las naciones. En cuanto a imitación, no puede hacerlo el pueblo, porque no puede plagiar lo que no conoce ni le conviene, porque carece de esa erudición, de ese tecnicismo, de ese grande aparato científico que sacan de sus gabinetes los diputados actuales; pero, en cuanto a conocer sus necesidades, legislará mejor que los sabios de oficio, pues sólo son sabias y fecundas las leyes que emanan del pueblo. ¿Por qué desconfiar de las masas de nuestra sociedad, cuando ellas son las que derriban a los tiranos y recobran la libertad? Aun entre los indios de Yucatán, agitados por la discordia y entregados a la guerra, se notan instintos muy perspicaces, porque el infortunio es la mejor escuela de los pueblos.

Pero si se quiere al menos pagar un homenaje a la verdad, no se diga que la ciudadanía es de todos los mexicanos. Declárese que sólo son ciudadanos los que la comisión se figura capaces de ser electores y definanse bien estos seres privilegiados para que no haya ciudadanos a medias, para que el artículo y las elecciones que de él resulten no sean una burla para el pueblo. (*Aplausos.*)

El señor Olvera cree que el señor Ramírez, apartándose de la cuestión y olvidando que está ya adoptado el sistema representativo, expende razones en favor de la democracia pura, esforzándose en probar que el pueblo puede gobernarse por sí mismo.

A sus objeciones contra el sufragio universal nada se contesta, porque no pueden negarse los hechos.

Como antes observaba, los aplausos se han repetido con los elogios al pueblo; pero la verdad es que el pueblo mexicano, en su inmensa mayoría, está muy lejos de la ilustración que se necesita para la elección directa... (*Rumores y ceceos en las galerías.*)

"Nada me importan esas demostraciones —dice el orador dirigiendo la vista al punto de donde sale el ruido—. Soy demócrata, soy amigo del pueblo, he sufrido siempre por mis opiniones, y ahora mismo creo servir mejor a mis compatriotas diciéndoles la verdad en vez de lisonjearlos." Al pueblo se le debe la verdad y no la adulación que puede extraviarlo, como extravió a los reyes, e insiste en sostener el artículo porque la inmensa mayoría del pueblo mexicano no está suficientemente ilustrado para que tenga buen éxito la elección directa.

---

*Artículo 79 del proyecto de Constitución: "La elección del presidente será indirecta en primer grado y en escrutinio secreto, en los términos que prescriba la ley electoral".*

El señor Zarco, aunque recuerda que la idea progresista del sufragio directo fracasó al tratarse de la elección de diputados, y entonces se dijo que se temía que las clases privilegiadas extraviaran el espíritu del pueblo, como en la elección del presidente cambian mucho las circunstancias, se trata sólo de una persona y no ha de haber muchos candidatos, ruega a la comisión se sirva decir los fundamentos que tiene para establecer el sufragio indirecto, que se aleja mucho de la verdadera voluntad del pueblo.

El señor Guzmán responde que ya está adoptada por el Congreso la elección indirecta, que las mismas razones que tuvo antes tiene ahora la comisión y que es muy conveniente, para lograr mayor facilidad en la práctica, que haya uniformidad en las leyes electorales. La cuestión fue tan debatida cuando se trató de la elección de diputados que juzga inútil entrar en ella.

El señor Castañeda considera que en la elección de presidente se trata sólo de una persona, que al dar su voto cada ciudadano consultará sólo con su conciencia, debiendo ser el resultado la expresión genuina de la voluntad nacional. El supremo magistrado que fuese nombrado por la mayoría en el sufragio directo tendría extraordinario prestigio, se sentiría fuerte al contar con la voluntad de sus conciudadanos, el pueblo tendría mayor empeño en sostenerlo y acaso así terminarían (de) una vez por todas nuestras funestas discordias civiles. Bien poderosas son estas consideraciones para decidir a la asamblea a que se in-

tente un ensayo de la elección directa, que después podrá extenderse al nombramiento de diputados.

El señor Zarco dice que preveía que la comisión había de contestar que ya era punto resuelto la elección indirecta, y por esto ha establecido la diferencia de circunstancias que median entre el nombramiento de diputados y de presidente. No preveía, sin embargo, que se diera una razón tan pobre como la del señor Guzmán al alegar que es conveniente que haya uniformidad en la ley electoral. No hay dificultad en interrumpir esa uniformidad. Un solo artículo en la ley puede arreglar el modo de recoger la votación directa, operación demasiado sencilla, pues se reduce a recibir los sufragios, computarlos y declarar quién tiene mayoría. No querer pensar en este artículo y pintárselo como difícil parece envolver algo de desidia y nada más. No se demuestra en qué consiste la conveniencia de esa uniformidad y, si se demostrara, sería preciso adoptar una misma ley para la elección de ayuntamientos, de legislaturas, de gobernadores y de todos los funcionarios públicos. Pero lo prudente es que la ley tome más o menos precauciones, según el acierto que se necesite para nombrar, según el cargo que se va a conferir. Tratándose del presidente, la única precaución que dé garantías consiste en el sufragio directo...

Al elegir presidente habrá dos, tres o cuatro personas, cuando más, en quien se fije la opinión pública. Estas personas serán muy conocidas, y



no es de temer que el último de los ciudadanos, el menos ilustrado, no sepa cuál es el que le parece más a propósito para regir los destinos del país...

Se cree que la presidencia es una especie de recompensa a servicios distinguidos. ¿Y qué candidato puede presentarse de que no pueda decir el último de los ciudadanos si ha servido lealmente a la República o le ha sido funesto en política? ¿Se cree que el pueblo es tan imbécil que no sepa distinguir entre los daños y los beneficios? ¿Se teme que llamándolo a elegir presidente dé sus votos al arzobispo o se fije en quien no sea capaz de ser ni alcalde de barrio? ¿En qué se funda este temor?

Se dice que cuando haya muchos candidatos sobrevendrá la discordia y los vencidos en el campo electoral disputarán el poder al vencedor. Cuando haya elección directa habrá menos y mejores candidatos, porque entonces triunfará el mérito y no la intriga. Que haya muchos candidatos no es un mal en las democracias, donde el poder pasa de mano en mano. Es preciso habituar al pueblo a las luchas electorales y a respetar la voluntad de la mayoría...

Se han visto en la elección directa inconvenientes que no existen; pero no se han examinado los que presenta la indirecta. Para referirlos no se necesita que los invente la imaginación, porque los enseña la experiencia. Del sufragio indirecto han resultado nuestros presidentes. Recórranse sus nombres y entre ellos, como excepción, se encuentran la probidad y la aptitud. ¿Cuántos hombres de Estado han sido presidentes? ¿Cuántos han comprendido lo noble y lo elevado de nuestra magistratura? ¿De quiénes han venido los ataques a la libertad, los insultos a la nación, los atentados de todas clases, las dilapidaciones y los escándalos? Pues todo lo que ha pasado y no puede olvidarse se debe a la elección indirecta. ¿Habrá quien sostenga que la elevación de ciertos hombres funestos se ha verificado por la voluntad del pueblo? No, porque todos han visto falsear esa voluntad, que ha sido reemplazada por el juego de cubiletes que se llama elección indirecta. Y esto es natural, no hay hombre, no hay facción que pueda seducir ni corromper a los millones de votantes que habría en la elección directa, mientras la intriga, el cohecho y la coacción son muy fáciles en los colegios electorales, que se componen de número muy limitado de personas.

A veces el ministerio ha sido un escalón para la presidencia, y toda la lucha electoral ha presentado un carácter de farsa repugnante. La candidatura ha sido sostenida por el candidato, los fondos públicos se han dilapidado en pagar escritores famélicos que ensalcen a un ambicioso, y la influencia oficial ha andado mendigando votos en los estados. Todo esto gracias a la elección indirecta, porque con la directa nada valdrían las intrigas de un gabinete, ni la grito de periódicos vendidos, ni las recomendaciones de los gobernadores. Se ha creído también que la presidencia es el último ascenso de la milicia, y cuantos bien o mal se han ceñido una faja de general se han soñado con títulos para gobernar a la República, fi-

gurándose que el uniforme comunica la ciencia infusa. Así las bayonetas han ayudado a escalar el poder, haciendo un papel importante en la elección, y la presidencia ha tenido más de una vez el aspecto de vivac o de cuerpo de guardia. ¿Todo esto gracias a la elección indirecta?

Es tiempo ya de poner coto a todos los escándalos que han acabado con la libertad y nos han deshonrado ante el mundo. Todo cambiará cuando el pueblo por sí mismo y sin tutores sea el que escoja al que ha de ejercer la más alta magistratura del país.

Y habrá otra ventaja. Los candidatos, en vez de recurrir a la intriga, recurrirán a la franqueza, darán sus programas, contraerán solemnes compromisos, cuyo cumplimiento les exigirá la opinión; mientras de otro modo los aspirantes nada ofrecen, están dispuestos a marchar al acaso y la elección es para los partidos y para el país un juego de azar. Cada día es más urgente la necesidad de la candidatura y del programa para evitar tantas desgracias, tantos desengaños y tantas inconsecuencias. En el poder son frecuentes las más escandalosas metamorfosis. El que sube se deja llevar a menudo de todos los vientos y puede hacer cuanto quiera, porque con nadie tiene compromisos.

Las ventajas todas están de parte de la elección directa. El partido democrático debe ser consecuente en sus teorías y aceptarla desde luego. Si se ha de estar clamando que el pueblo es soberano para arrancarle el poder y no dejarlo hacer nada, se huellan los principios democráticos y se incurre en una monstruosa contradicción.

El señor Guzmán dice que se había abstenido de entrar en la cuestión porque la creía ya resuelta de antemano por el Congreso. Tiene, sin embargo, que contestar a las principales objeciones. Al declararse por la uniformidad en las bases de las leyes electorales, no ha obrado por desidia, ni ha exagerado la idea, sino que ha sostenido que conviene que haya la mayor analogía posible en las bases de dichas leyes para evitar desórdenes y complicaciones.

Si en la teoría es muy sostenible la elección directa, en la práctica presenta grandes inconvenientes. ¿Quiere el señor Zarco la mayoría absoluta, o la relativa, para decidir de la elección? Debe querer la absoluta, porque de lo contrario iría en contra de sus propios principios. Pues bien, por medio del sufragio directo es muy difícil obtener la mayoría absoluta, y he aquí la necesidad de escoger entre los dos que reúnan mayor número de votos y de apelar a otro cuerpo electoral que haga el segundo escrutinio.

De cualquier modo que se arregle esta combinación, la elección deja de ser directa y esto sólo basta para convencerse de que en la esencia no son muy sólidas las impugnaciones al artículo. Si se adopta la mayoría relativa, no se necesita demostrar que esto es antidemocrático.

Para llegar a las grandes reformas, antes debe prepararse el camino y así ha procedido la comisión al disminuir los grados de la elección para llegar más tarde al sufragio directo, de modo que

el pueblo lo comprenda y no sea un juego de cubiletes, como dice el señor Zarco.

El señor Castañeda dice que los mismos inconvenientes que el señor Guzmán encuentra en la elección directa ofrece la indirecta, sin ninguna de las ventajas de la primera. Para regularizar el sufragio bastará una ley demasiado sencilla y, en el caso de que no haya mayoría absoluta, la dificultad se salva apelando al Congreso, que ya sea directa o indirecta la elección, escogerá entre las personas que reúnan más votos, lo cual no ofrece dificultad, porque el Congreso representa muy bien a la nación y no puede votar sino a los designados por el pueblo.

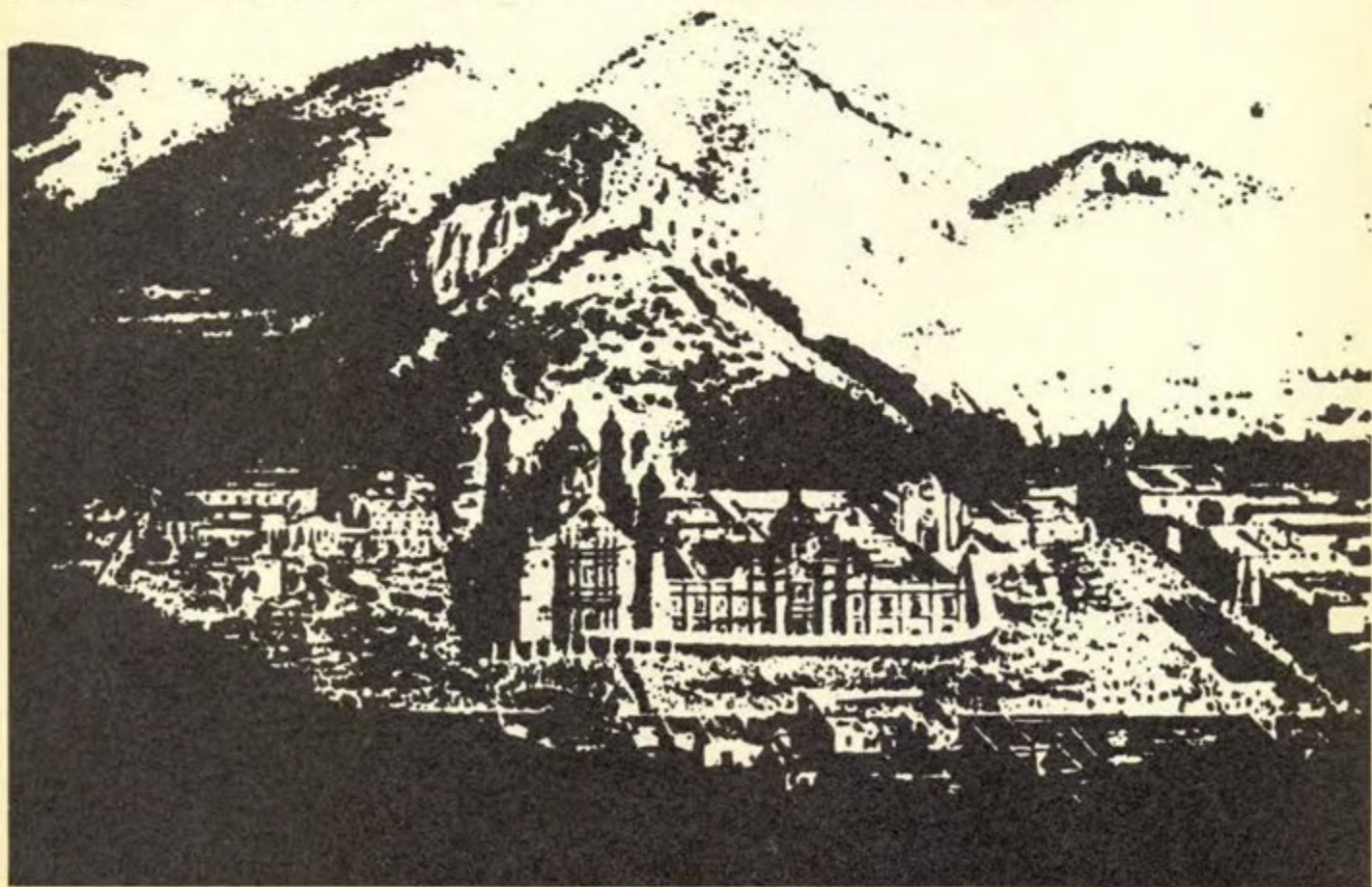
Que haya muchos candidatos es difícil, pero nunca será un mal, y el instinto del pueblo se fijará en muy pocas personas. Cuando haya un presidente que en la elección directa reúna la mayoría absoluta, será el hombre del pueblo, gozará de inmenso prestigio, tendrá más confianza en su autoridad y podrá afirmar la tranquilidad del país. Siendo esto muy posible, no debe renunciarse a un ensayo con el que, si no se gana, nada puede perderse. En la práctica los inconvenientes son iguales, y las ventajas están todas del lado de la elección directa.

El señor Olvera opina que sería bueno discutir en lo general si todas las elecciones han de ser directas o indirectas, porque, si las ha de haber de distintos modos, unos funcionarios se derivarán más inmediatamente del pueblo y tendrán más prestigio que otros, lo cual no puede ser conve-

niente al buen orden de la República. Un presidente nombrado por el sufragio directo podría sobreponerse al Congreso creyendo que su autoridad era mucho más popular.

El señor Ramírez (don Ignacio) no vacilaría en tratar, como desea el señor Olvera, el punto en general, si esta cuestión no fuera una de tantas de las que ya ha perdido el partido progresista en los debates de la asamblea. Entrará, pues, al examen de las razones que ha dado la comisión en defensa de su artículo.

Se defiende lo que se llama uniformidad en las leyes, pero no se explica cuál es la ventaja que resulta de que las leyes se parezcan unas a otras. Para sostener que esta semejanza ha de evitar complicaciones es preciso partir de la base de que el pueblo va a equivocarse unas elecciones con otras, de que va a confundir el voto al presidente con el voto al elector de diputados; en fin, de que carece de sentido común, base que no pueden aceptar los demócratas, porque al serlo tienen confianza en el pueblo. Tendría algún fundamento la comisión si se le propusiera un sistema más complicado, pero sucede todo lo contrario, se le pide una simplificación que el pueblo puede comprender perfectamente. No hay más que un ciego e infundado amor a la forma que debe conducir a la elección indirecta en todo y para todo. Del mismo modo han de nombrarse presidente, diputados, ayuntamientos y jurados, y aun el presidente del Congreso sería más digno si no se nombrara de un modo tan sencillo, sino recurriendo a elec-



ciones de electores, para que al último lo escogieran cuatro o cinco notabilidades de la Cámara. Todo esto es absurdo, pero se deduce de la uniformidad tan amada de la comisión.

Se teme la exaltación de los partidos, es decir, se teme siempre la acción del pueblo, y este miedo ha de hacer al fin que sucumba toda idea republicana y se acepte la monarquía absoluta para que el pueblo no tenga más que hacer que obedecer en calma. No se quiere la elección directa porque el pueblo puede exaltarse; se rechaza el juicio por jurados porque el pueblo puede excederse; se tiene horror al derecho de asociación porque el pueblo puede extraviarse; inspira miedo el derecho de petición porque el pueblo puede desmandarse... Pero a este paso, si no se ha de dejar al pueblo ningún derecho, si todos han de quitársele por precaución, debe suprimirse la República, ya que los tímidos no ven ni comprenden lo que es el pueblo.

La elección indirecta se funda en el absurdo de suponer que los menos son más difíciles de extraviar que los más y que no pueden corromperse. Mientras menos sean los electores, más fácil es corromperlos. Cohechar a todo el pueblo es imposible, porque no hay qué darle, y es sabido que nadie se corrompe gratis... Cuando la elección la haga el pueblo, las esperanzas serán legítimas, las aspiraciones se dirigirán al bienestar y al engrandecimiento del país.

...Si en el primer ensayo hay errores y equivocaciones, después el pueblo acertará comprendiendo que se trata de sus intereses.

Si el pueblo se exalta, esto es mejor que la indolencia y el abandono que algunos se afanan en conservar.

El señor Olvera dice que el sistema de ensayos que propone el señor Ramírez es tan expuesto y peligroso como dejar andar a los niños cuando aún no tienen fuerza, para que aprendan a costa de hacerse chichones en la frente. Añade que desconfía del sufragio directo desde que ve que va siendo muy del gusto de los conservadores, alentados sin duda por el resultado que dio en Francia elevando al trono a Luis Napoleón y en México

prorrogando la dictadura de Santa Anna.

El señor Ocampo declara que no está de acuerdo con la comisión y que considera la elección directa como el único medio de conocer la voluntad del pueblo. Para no prolongar el debate se limita a exponer que la fórmula del despotismo consiste en decir: "Sólo yo soy sabio, sólo yo soy bueno, y los demás deben obedecer en razón de su inferioridad", mientras la democracia dice: "Todos saben algo, todos son normalmente buenos". Fácil es ver la aplicación que esto tiene a la cuestión. Si el pueblo yerra alguna vez, bien, esto no es motivo para arrancarle sus derechos, es el dueño de la casa y pondrá a administrarla a quien juzgue más a propósito. (*Aplausos.*)

[El señor Gamboa dice:] Para el sufragio directo aún no hay en México los elementos de los Estados Unidos, porque es muy limitado el número de nuestros periódicos, porque no está admitida la costumbre de la candidatura, porque el pueblo no está habituado a las reuniones políticas, y por todo esto debe desconfiarse del éxito.

Ya el Congreso se ha decidido por la elección indirecta. Adoptar ahora la directa sería introducir una mutación en el principio de la soberanía y en el modo de ejercerla.

Debe tenerse en cuenta que de ningún modo es conveniente que el Congreso se derive de distinto origen que el presidente. La diversidad de elecciones produciría la diversidad de partidos, de castas, la anarquía entre los poderes que harían imprudentes comparaciones entre los títulos de su autoridad.

Reasume sus razones y concluye diciendo que no acepta en todo las doctrinas de la comisión y que sólo hay motivos de prudencia para oponerse a la elección directa.

El señor Rojas (don Jesús), refiriéndose a uno de los argumentos del señor Guzmán, observa que, si cuando en la elección directa no hay mayoría absoluta hace el Congreso el segundo escrutinio, resulta el sufragio indirecto en un solo grado, mientras, conforme al artículo, resultará una elección indirecta en dos grados, lo cual es más antidemocrático.





# La cárcel de las reglas

*The Reason of Rules / Constitutional Political Economy*, de Geoffrey Brennan y James M. Buchanan, Cambridge University Press, Cambridge, Estados Unidos, 1987, 153 pp.

¿Es posible transformar democráticamente las reglas fundamentales, las instituciones básicas que organizan nuestro comportamiento recíproco, tanto en la economía como en la política? La respuesta de Brennan y Buchanan en *The Reason of Rules* consiste en la apertura de una esperanza, de una posibilidad precaria, cuyo primer requisito es el reconocimiento y la superación de la ineultura respecto a las reglas en que vive el hombre contemporáneo.

Inmersos en infinidad de juegos socioeconómicos, legales, políticos, que sólo pueden ser descritos y aprehendidos adecuadamente por medio de la reconstrucción de sus reglas, ignoramos cómo se establecen éstas, cuál es su papel, cómo pueden evaluarse y, sobre todo, cómo podemos evaluarlas; ¿con qué criterios decidir si un conjunto normativo es mejor que otro?; ¿sobre qué base podríamos plantearnos la posibilidad de elegir no sólo dentro, sino entre las reglas?

Sin duda, nuestra ignorancia está vinculada a la dificultad misma de los interrogantes, pero Brennan y Buchanan encuentran que buena parte de lo que ellos llaman nuestra "inconsciencia constitucional" obedece a la desviación de las ciencias sociales, fundamentalmente de las teorías económicas, respecto a la problemática, fines y metodología que caracterizaron la economía política, desde Adam Smith hasta principios de nuestro siglo.

Centrados en la predicción de los efectos de variables exógenas sobre los aspectos observables y medibles del mercado (precios, salarios, tasas, cantidades), los eco-

nomistas olvidaron que el objeto primero de su disciplina fue el estudio de las interacciones de los individuos a través de las estructuras institucionales. Al gran descubrimiento intelectual de Adam Smith —el mecanismo de coordinación social constituido por el mercado— se le despojó del énfasis que el autor de *La riqueza de las naciones* puso en el hecho de que los intercambios deberían ocurrir dentro de un marco apropiado de leyes e instituciones.

Con el auge de la economía del bienestar, el olvido de la razón de las reglas se tradujo en la invención del mito del "déspota benevolente". Los economistas se encerraron en la presuposición de que la autoridad política encarnaba en un grupo de personas "supermorales", cuya conducta podría ser descrita por una función de bienestar. El cúmulo de recomendaciones emanadas del análisis de las fallas del mercado jamás se acompañó del estudio de las condiciones institucionales requeridas para alcanzar los objetivos propuestos.

Sin embargo, las reglas no sólo son importantes, sino necesarias. Y ello por una razón primordial: "Al nivel más fundamental, las reglas encuentran su razón en el perenne deseo de la gente de vivir junta en paz y armonía, sin la continua guerra hobbesiana de todos contra todos".

Previamente a la instauración de cualquier conjunto específico de normas ha acontecido, ya siempre, la elección primera de que es mejor vivir con reglas que sin ellas. Por eso la economía es siempre política: "el acuerdo contractual sobre las reglas debe preceder a cualquier intercambio ordinario de bienes divisibles". "el orden político debe ser, por lo tanto, antecedente del orden económico".

El reconocimiento en clave hobbesiana de la importancia de las reglas permite a Brennan y Buchanan construir el objeto de su *economía política constitucional*, diferenciándolo al mismo tiempo de cualquier estudio formalista y despolitizado de las normas. Se abre así un campo problemático, un "programa de investigación": "comprender la estructura y funcionamiento de instituciones políticas de alternativa, de tal manera que las elecciones entre tales instituciones (o estructuras de reglas) puedan ser mejor informadas."

De entrada, y siguiendo en esto tanto el espíritu de Hobbes como el de Adam Smith, los autores presentan un criterio de evaluación res-

pecto a las instituciones: "las reglas que constriñen las interacciones sociopolíticas —las relaciones económicas y políticas entre las personas— deben ser evaluadas, en última instancia, en términos de su capacidad para promover los propósitos separados de todas las personas en la sociedad".

¿Por qué este criterio y no otro? Bien podría establecerse una tabla de fines deseables, en términos de bienestar o justicia, por ejemplo, contra la que podrían examinarse las bondades o deficiencias de una determinada estructura de reglas. Sin embargo, en este punto Brennan y Buchanan son tajantes: la única fuente de valoración es y debe ser el individuo. Ningún criterio exterior o preexistente a la interacción y al diálogo entre los sujetos puede ser considerado como parámetro de contrastación. Lo único válido es aquello que los hombres en su comportamiento recíproco convengan en concebir como tal.

La economía política constitucional, que entiende las normas para y por el individuo, se apoya en un supuesto fuerte acerca de la naturaleza de la entidad central para la evaluación de las reglas: sin hacer concesión alguna a las tentaciones moralistas, identifica al sujeto





como el *homo economicus* que persigue en todo momento, y en todas las esferas, su propio interés.

La elección de este tipo de individuo obedece a razones de congruencia teórica, y, por tanto, su pertinencia no puede ser refutada echando mano de ejemplos empíricos de conductas altruistas. El *homo economicus* es sólo una "ficción útil", "para los propósitos del análisis institucional comparativo y para el diseño constitucional comparativo".

Sin embargo, la postulación de una conducta individual centrada en el propio interés acarreará dificultades a la teoría a la hora de pensar el tema neurálgico del cambio, de la transformación de las normas básicas de la convivencia.

Esto porque los requisitos impuestos por Brennan y Buchanan para que la mutación sea considerada democrática son muy estrictos, ya que no sólo debe ser pacífica, sino que ha de incorporar un acuerdo unánime: "Nuestro interés radica en el proyecto de asegurar un *acuerdo general* sobre cambios en las reglas básicas del juego político, aun de parte de las personas y grupos que parecieran estar relativamente aventajados bajo los arreglos institucionales existentes". A nivel filosófico, "la base de unanimidad para el establecimiento de la legitimidad de las instituciones del orden social es reconocida".

En favor del logro de la condición de unanimidad militan dos razones deducidas de la teoría. En primer lugar, la cuestión para el acuerdo se ubica en las reglas y no en los productos específicos que pudieran derivarse de ellas. La transformación política —y ésta es una de las aportaciones más importantes de *The Reason of Rules*— no se resuelve en un problema de distribución, sino de cambio institucional.

En segundo término, la instauración de nuevas reglas crea un "velo de ignorancia" que facilita el consenso en la medida en que ningún actor puede, ni predecir el espectro completo de consecuencias del nuevo orden, ni las posiciones que eventualmente ocupará en él.

Con todo, ¿cómo dar una explicación conceptual de por qué los hombres realizarían un cambio en las reglas generales cuando, presuntamente, tal acción podría ser contraria a sus propios intereses?

La solución apuntada por Brennan y Buchanan pone en entredicho la validez de su postulación del *homo economicus* como eje de su

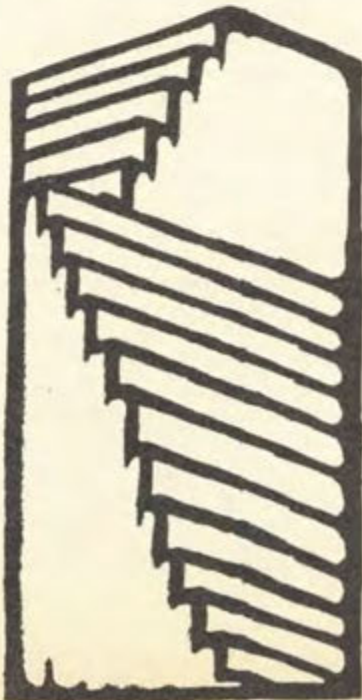
teoría: "las personas deben haber declarado otorgar un valor positivo privado al 'bien público' de toda la comunidad, sobre y más allá del valor otorgado a sus propias, individualizadas y divididas parcelas".

El problema radica, me parece, en que a pesar de las afirmaciones de los autores en el sentido de que su sujeto egoísta constituye únicamente una ficción, un instrumento para realizar análisis institucionales a nivel teórico, de hecho cumple otro papel extremadamente importante, puesto que gracias a él Brennan y Buchanan pueden caracterizar todas las reglas —especialmente las del pacto político básico— como constrictivas, como reductoras de la riqueza de la individualidad, sin importar los beneficios que de ellas pudieran derivarse.

De aquí que el lector de *The Reason of Rules*, convocado a ser consciente de la importancia de las normas y a comprometerse en su transformación, descubra, sin embargo, que aun con todas las revoluciones imaginables, siempre estará preso en la cárcel de las reglas.

*The Reason of Rules* es un libro extraordinario que, a pesar de las objeciones que pudiera suscitar, está pleno de sugerencias fértiles para el estudio y la práctica de la política. Y quién sabe, tal vez profundizando en el programa de la economía política constitucional podamos huir, algún día, de nuestra prisión.

Gerardo de la Fuente Lora



## La retirada de la política

*El entusiasmo / Crítica kantiana de la historia*, de Jean-François Lyotard, Editorial Gedisa, Barcelona, 1987, 131 pp.

¿Por qué habríamos de definir este presente en el cual vivimos? ¿Por qué esta preocupación por definir habrá de ser política? ¿Por qué hemos de experimentarla como una obligación? Si se trata de una obligación que escapa a la tradicional dimensión de la política, ¿no entrañaría una situación paradójica tal tipo de inquietud?

Por una conjunción más o menos fortuita de diversos vocabularios en uso, hemos aprendido a reconocer en las cuestiones anteriores y, por consiguiente, a aprobar los productos de un pensamiento filosófico político moderno. A condición de que el adjetivo *moderno* y el inmediatamente anterior, *político*, sean entendidos en su función de precisar un referente social dado, que se remonta a un modelo de sociedad iniciado desde finales del siglo XVIII, podemos decir que, en efecto, estamos dispuestos a reconocer y aprobar la serie de preguntas como perteneciente a la filosofía política.

Sin embargo, tanto la figura como las tareas de la filosofía política o que reflexiona sobre la política se han visto desdibujarse en los últimos tiempos. Ya no resulta tan sencillo reconocer lo específicamente filosófico o, cuando menos, se complica el hablar de un tipo particular de profesionalización de la palabra en un mundo que parece generalizar este oficio a todos aquellos que participan en los medios masivos de comunicación. Con esto no quiero decir que nos hallemos en presencia de una extensión de las tareas filosóficas al conjunto de la sociedad o a las áreas de ésta que gozan del uso de la palabra. Antes bien, cada vez me

convenzo más de que se trata de una experiencia nueva del saber en la sociedad. Me parece que lo que llamamos generalización es la forma que adoptan los distintos saberes —mediante series de comportamientos inéditos y nuevas formas de relación, así como compromisos diversos— dentro del espacio de la comunicación social. Formas que, sin embargo, más que afectar el compromiso tradicional entre saber y sociedad (formas de legitimación), simplemente lo confirman como necesidad de la entrada en la modernidad, y subrayan así su contingencia. La descripción de los nuevos saberes señala la periodicidad, lo efímero y circunstancial, la condición de incidencia inmediata pero puntual, como marcas propias y peculiares de su actualidad. Saber ligado a la oportunidad. Lyotard se refiere a esta condición de la reflexión como eminentemente actual, signo del presente y al mismo tiempo como algo que no ha dejado de efectuarse desde los comienzos de la modernidad. Al igual que las crisis del capitalismo que le son inherentes y constitutivas, más que situaciones de excepción, los vocabularios ligados a lo político no han dejado de batirse en retirada precisamente como resultado de su necesidad. Los vocabularios con los cuales la sociedad occidental ha nombrado su referente social han dado cuenta de un vacío, de un *abismo* conceptual, tanto aquellos asociados al liberalismo cuanto esos otros asociados al marxismo.

El Centro de Investigaciones Filosóficas sobre lo Político —hoy desaparecido— reunió en París, a principios de la década de los años ochenta, los trabajos de varios intelectuales que pretendían reflexionar sobre la política o lo político en momentos propiamente *abisales*, según Lyotard. Para ese entonces la filosofía política francesa o sus sucedáneos ni siquiera podían afirmar que lo político pudiera ser pensado, al menos mediante las categorías legadas por la tradición. Como decía, el Centro fue fundado en París con el respaldo de la Escuela Normal Superior, que le brindó su apoyo durante cuatro años a partir de 1980. En *El entusiasmo*, Lyotard refiere que el tema de la *retirada* de lo político, además de ser el objeto de la lección inaugural, fue el marco de referencia tanto de las ponencias como de las discusiones por aquellas suscitadas. Según Lyotard, la *retirada* de la política se inscribe bajo una condición de la modernidad sobre la cual ha-

bria de comentar ampliamente<sup>1</sup> en sus otros trabajos las características sobresalientes: vocabularios de la nostalgia, ausencia de entusiasmo, escenario de la deslegitimación de los saberes occidentales. Condición del presente en el cual las doctrinas existentes (familias de proposiciones) ya no pueden sustentar la pretensión de representar por sí solas todo lo político. En otro de sus textos Lyotard llama a este momento el fin de los relatos de legitimación.

En 1981, fecha en que fuera redactado este argumento que conocemos como *El entusiasmo*, bajo el término *retirada* Lyotard describe y nombra la imposibilidad de pensar la política mediante otras formas que no sean las consagradas por los vocabularios técnicos de la profesionalización política. Algo sucede en los últimos años. Sea lo que fuere (posmodernidad, deslegitimación, etcétera), lo cierto es que poco tiempo atrás solíamos pensar en los vocabularios propios de la profesionalización política como si poseyeran un acceso privilegiado a su referente, en razón, supongo, de su condición peculiar de existencia. Se trataría de vocabularios mediante los cuales la práctica política se *hace*. De pronto, no obstante, esta práctica política que se hace, y que por lo tanto es definida por los mismos vocabularios que ella constituye al hacerse, se pone en duda. No es para menos, diría yo. El vocabulario que a la fecha se reclama como verdadero vocabulario político, porque se define en la práctica política, es el que siempre ha definido lo que debe entenderse como práctica política: el eterno círculo vicioso. Lo curioso es que no nos hubiéramos percatado de esto antes. A pesar de ello, la razón política occidental no cae en regocijos inútiles; antes bien, prefiere escoger la melancolía y la tristeza que toda pérdida trae consigo; nace así la *retirada* de la política. *Retirada* acompañada contradictoriamente por una demanda de unidad frente a la angustia causada por la deslegitimación. El Centro de Investigaciones Filosóficas sobre lo Político y sus productos parecen haber sido prohijados por esta situación o condición del presente (en aquellos principios de 1980).

Desde un punto de vista pragmático, la deslegitimación es capaz de proponer nuevas formas de pensar lo político y la política que no conlleven la angustia ni la nostalgia. Vía pragmática que no lleva a la instauración de una nueva fami-

lia de proposiciones con pretensiones de universalidad, sino, como se ha testimoniado en prácticas políticas minoritarias, conducente a *nombrar* (redefinir) las prácticas de lo político, los sujetos de la política y las relaciones políticas en las que incurren los individuos *de forma pasajera y estratégica*.<sup>2</sup>

La experiencia política de nuestro presente, que pasa siempre por una forma de dominación paradigmática (la democracia) y que por lo tanto coloca al capital como juez legitimador, haciendo de toda proposición una mercancía más de la sociedad *informatizada*, no deja de colocar su impronta en la cotidianidad. No es según la idea de *hombre libre*, que ha sido un producto de esta sociedad *informatizada*, como podremos criticar este marco de opresión, ni según una filosofía del sujeto libre en su voluntad y determinado en sus afectos —producto de la misma sociedad *informatizada*— como podremos criticar la dominación. La vía posible que se abre es igualmente pragmática; la crítica posible se abre como una serie de pasos o puentes entre proposiciones heterogéneas que reconocen y respetan la heterogeneidad. La responsabilidad de la reflexión contemporánea parece ser hoy, según Lyotard, la de respetar las distintas familias de proposiciones heterogéneas, buscando siempre nombrar, es decir, construir nuevas proposiciones para decir lo que antes no podía decirse con los lenguajes existentes. Lyotard finaliza así su argumento: “Eso será ser fieles, sin paradoja, a la idea kantiana de la ‘cultura’ entendida como rastro de la libertad en la realidad; dice Kant que la cultura es ‘la aptitud de proponerse en general fines’.” (*El entusiasmo*, p. 131.)

En alguna ocasión lei por ahí que no habiendo la filosofía dejado de pensar en los mismos problemas que el pensamiento griego había enunciado para la racionalidad occidental, nada tenía de extraño utilizar la frase de que en cierto sentido seguimos *hablando en griego*; algo semejante se me ocurre después de leer el texto lyotardiano *El entusiasmo*: seguimos hablando según Kant cuando reflexionamos sobre lo político. Así, todo hace suponer que *nombrar* o *redefinir* lo político y la política es siempre una suerte de *derivación* del vocabulario kantiano de lo político. Si esto es cierto, lo es casi exclusivamente para un pensamiento relativamente reciente. Hasta donde podemos leer en publicaciones periódicas o infor-



<sup>1</sup> Jean-François Lyotard, *La condición postmoderna*, Cátedra, Madrid, 1984, 119 pp.; *La posmodernidad (explicada a los niños)*, Gedisa, Barcelona, 1987, 122 pp.

<sup>2</sup> *Ibid.*, “Pequeña perspectiva de la decadencia y de algunos combates minoritarios por entablar allí”, en *Políticas de la filosofía*, Dominique Grisoni (comp.), Fondo de Cultura Económica, México, 1982, 36 pp.

mativas de todo tipo, el vocabulario al que se recurre aún tiene un ligero acento *según Hegel*, que creo debe mucho a la jerga marxista más o menos heterogénea que conocemos. Sea como fuere, me atrevo a indicar una situación curiosa que parece centrarse en esta última década: la puesta al día del vocabulario kantiano de la política. Ciertamente es que se trata de una puesta al día que no se inscribe en el neokantismo ni puede tampoco situarse como poskantismo: se trataría más bien de un vínculo similar al que la metáfora guarda con su referente.

No es casual que en las mismas fechas en que el Centro de Investigaciones Filosóficas sobre lo Político abriera sus puertas, en otros espacios se comenzara a estudiar el vocabulario kantiano de la política con cierto cuidado; inmediatamente se me ocurre el artículo de Foucault que lleva por título "Qué es la Ilustración", y si se quiere un poco aventuradamente la emergencia del nuevo vocabulario *habermastano* de lo político que hablaría *según Kant* sin hacerlo explícitamente. De la misma forma me atrevería a citar todas las nuevas traducciones de la obra kantiana, en especial esos textos que la tradición encontró difícilmente clasificables, textos limítrofes donde la historia y la política parecían pensarse a través del vocabulario de la estética. Y ya que mencionamos la estética, por qué no pensar que el actual renacimiento y puesta al día de Adorno y Horkheimer leídos *según Kant* no dejan de ser un testimonio —no tan fortuito tal vez— de la reinauguración del escenario kantiano de la política.

Ana María Escalera

## Gustavo Sainz, la onda en llamas

*Muchacho en llamas*, de Gustavo Sainz. Editorial Grijalbo, México, 1988, 223 pp.

Libro construido en torno a la memoria y la formación de un joven escritor, *Muchacho en llamas* es una obra que ofrece condiciones para examinar algunos problemas que la permanencia en el tiempo supone para la literatura. Reconstruyendo diarios de la primera juventud, recordando la atmósfera cultural de los primeros sesenta, Sainz sale en búsqueda de un rostro perdido.

Reencuentro con los días que originaron *Gazapo* (1965), *Muchacho en llamas* nos obliga a volver a la primera novela de Gustavo Sainz. Hoy resulta increíble, por ejemplo, que ésta le pareciera a José Luis Martínez "una curiosa novelita pornográfica". Los jóvenes que hoy leen esta novela en los talleres literarios y en las clases de literatura no pueden ocultar fácilmente su rubor ante la fama semilegendaria de *Gazapo*. No sólo los que entre éstos quieren ser escritores prefieren intoxicarse con Bataille, sino que aquellos devaneos eró-

ticos de un joven de la clase media de esos días les resultan ñoños y cursis, no alcanzaron a coagularse ni como mito literario, ni como eficaz nostalgia de costumbres. La de *Gazapo* es la imposibilidad impredecible de ciertos libros para sobrevivir a la coyuntura sentimental que iluminaron. Una evidente pobreza de espíritu aqueja a la obra de Gustavo Sainz. No podemos sino confirmar ahora los reparos que ya en 1974 Paloma Villegas y algunos años después José Joaquín Blanco pusieron al proyecto de Sainz. *Gazapo* dejó ver la debilidad de su apuesta radical y pronto quedó como testimonio del desuso propio de cierto costumbrismo involuntario que es demasiado volátil como para sobrevivir y enraizar hasta el futuro. Es necesario insistir en el falso problema de la llamada literatura de la onda, término que ha sido justamente repudiado por los etiquetados principales (Sainz y José Agustín), pero que se mantiene como asunto de jerga académica y referencia histórica. La onda —ya se ha dicho— no introdujo el coloquialismo en la narrativa mexicana (todavía hay quien sostiene esa barbaridad), sino que lo trasladó a la exploración del lenguaje emergente de los jóvenes de la clase media. García Márquez dijo alguna vez que le gustaba México por las vertiginosas metamorfosis del habla cotidiana. Siendo así, la onda basaba sus innovaciones idiomáticas sobre una materia esencialmente volátil y unos años después arqueológica. La paradoja en la diferencia entre el coloquialismo de la onda y los que lo precedieron (el indigenista), o los que lo continúan (el urbanoide), es que estos últimos funcionan sobre lenguas arquetípicas que sólo existen en la literatura y que reflejan la idea lingüística que ésta tiene del otro. La onda apostó por el instante, y si de radicalidad coloquial se trataba, perdió. El otro aspecto está en la exaltación de Juvenilia y sus consecuencias para una sociología del oficio literario en México. Sainz y José Agustín (ambos, desde muy jóvenes, escritores expertos) pusieron (a través de sus libros) el ejemplo de una narrativa que podía escribir *cualquiera*, pues se basaba en el lenguaje de *todos* y brindaba a cualquier joven medianamente letrado la oportunidad de hacer de sus aventuras adolescentes y de la jerga de sus amigos asunto de literatura. Este *wertherianismo* rocanrolero infestó durante varios años los talleres literarios (su espacio natural). La litera-



tura de la onda fue una lectura social más que una experiencia literaria. Los libros de Juan Villoro son la muestra más elaborada de esa herencia entre nosotros.

Sainz, naturalmente, no es responsable del ambiente que *Gazapo* contribuyó a difundir y sería injusto acusarlo de improvisar, pues en la contradicción entre la vacuidad de sus temas y la maquinaria textual de sus elaboraciones es donde está su problema. Recorrer sus siete novelas es comprobar que su profundo interés por la naturaleza orgánica del texto va de la mano de una escritura sin centro que ha probado varios caminos sin encontrar nada que decir. Sainz siempre parece querer estar al día, su afán de modernidad está signado por ambiciones culturales que lo hundan en los lugares comunes de la tradición. Cada novela de Gustavo Sainz es un sobretiro en el gusto colectivo: el servilismo ante la nueva novela en *Obsesivos días circulares* (1969), el alarde discursivo en *La princesa del Palacio de Hierro* (1974), la épica urbana en *Compadre lobo* (1980), las indagaciones fuentesianas sobre la conciencia milenaria en *Fantasmas aztecas* (1982) o el más afortunado mundo de los acertijos en *Paseo en trapezoido* (1985). Siempre una búsqueda formal que construye una máquina parlante que sólo alcanza a balbucear las doxas de la tradición.

En *Muchacho en llamas* encontramos un viraje y algunas respuestas. Libro que se quiere empezado a escribir en 1987 y culminado en 1961, es el viaje en que Sainz se deja atrás a sí mismo, y, no tan paradójicamente, se encuentra. Novela de iniciación, *Muchacho en llamas* es una combinación legible y a veces feliz de la consunción adoles-

cente, el cuadro de época y la salvación por la escritura. El personaje (Sócrates) es la necesaria negación del Menelao de *Gazapo*, es su realidad descarnada, la exhibición sin ambages del proceso en que un autor se va disociando en personajes; su vida es la de los personajes de *Gazapo*, pero aquí no hay una apuesta cultural, sino un reconocimiento íntimo: la pedantería, la ambición y la ternura del artista adolescente. Es, también, un cuadro de época. Un ayer donde el teatro aún no se disociaba de la vida literaria, donde había dos suplementos culturales, donde escritores de hoy aparecen empezando, donde el divorcio empezaba a generalizarse entre la clase media. Diarios íntimos, ejercicios narrativos iniciales, reseñas de teatro, conversaciones periodísticas con Usigli, Fuentes, Jodorowsky. Un libro que recupera una memoria y enriquece nuestra mirada retrospectiva en cuanto a la literatura y a otras educaciones sentimentales. Es lástima que el cuidadoso armado de esta bitácora se apoye en una idea forzada, la del *Muchacho en llamas*, que asocia su propia combustión interna con la de aquellos que se han incendiado químicamente y forma parte de los anales de lo sobrenatural.

Gustavo Sainz se quejó en una entrevista reciente de que cada libro que escribe lo hace más invisible ante la crítica. Sin que esto signifique convalidar los vicios y las vergüenzas de la crítica mexicana, cabe preguntarse si no será que tras la llamarada de *Gazapo* los libros de Sainz no traen entre sus páginas la fórmula para hacerse visibles.

Christopher Domínguez Michael

## Cuando tiembla la poesía

*Miro la tierra*, de José Emilio Pacheco, Ediciones Era, México, 1986.

El más reciente conjunto de poemas de José Emilio Pacheco, *Miro la tierra*, responde a dos preguntas que tanto autor como lectores se deben haber hecho. ¿Cómo se arma un libro de poemas? ¿Cómo se escribe sobre la inmediatez? La primera es crucial en la trayectoria de Pacheco. Libros como *El reposo del fuego* (1966) e *Islas a la deriva* (1976) difieren no sólo en el afianzamiento de una expresión y en la soltura con que el poeta se muestra a los lectores, sino en la forma en que fueron concebidos. De hecho esa forma fue operando por expansión y recolección: las circunstancias provocan los poemas; el autor ordena y distribuye esos textos. O los poemas crecieron en cuadernillos que luego Pacheco reunió según los avatares de cada publicación. Lo cierto es que *Tarde o temprano* (1980) puso, al parecer, un tope a una manera de mirar (poética) y a la actitud que moldeaba esas miradas. De ahí que *Los trabajos del mar* (1983), revelando las viejas técnicas de armado de Pacheco, fuese un libro casi extemporáneo, al que defendían poemas de gran calibre. Con lo cual no sugiero que sólo bastaba un grupo de excelentes poemas para que se sostuviera, como tal, el libro. Hay algo más. Y no significa recobrar el simbolismo estructural de *El reposo del fuego*, pero definitivamente Pacheco debía estar buscando algo después de un libro tan contundente como *Tarde o temprano*. Esa búsqueda ha sido interrumpida con una vuelta a los hábitos conocidos. ¿La razón? El azar de una tragedia. Pero es como intentar desprenderse de los vicios cotidianos. Podríamos elegir ejemplos de esa esfera, radicales y obsesivos como la poesía, uno de los vi-



Esta lectura española del último libro de José Emilio Pacheco apareció en *Hora de Poesía*, núms. 49-50.



cios más terribles. Sean el (dejar de fumar para un adulto o el (dejar de) morderse las uñas para un niño e incluso para un adulto. No quiero sonar a *koan* budista. Pero la palabra *conjunto* adquiere más sentido en *Miro la tierra*. Las cuatro partes son cuadernillos también. Comprobamos que se mantiene el orden *tradicional* (aquí las traducciones-aproximaciones van al final). La pregunta sería: ¿deseaba el poeta alterar sus propias costumbres?

La otra inquietud tiene que ver con los poemas mismos. Pacheco es un poeta que ha hablado de la cotidianidad y del presente a partir de analogías con los animales, los viajes, el pasado y las máscaras (heterónimos). Un poema como "Las ruinas de México (elegía del retorno)" tiene que dialogar necesariamente con algunos poemas que integran la sección "Antigüedades mexicanas" de *Islas a la deriva*. Hay indudables flancos que se ofrecen a la especulación: la circunstancia no puede ser más inmediata, aunque el poema haya sido escrito durante un año. Me pregunto si el tiempo del *luto* ha concluido (¿o sería mejor hablar de luto poético?). ¿Se puede escribir sobre un ser querido mientras se está viviendo aún —*procesando*, aclararía el analista— la experiencia de la pérdida? Si se puede, pero se corre el peligro de mezclar lo poético con lo afectivo. El tópico existe: en la poe-

sía colonial abunda el tema del terremoto. (Sólo para el caso de la ciudad de Lima, que domino mejor, habría tres nombres conocidos: Pedro de Oña, Rodrigo de Carvajal y Juan del Valle y Caviedes.) Pero es interesante trazar ciertas analogías y diferencias. El fenómeno natural era trasladado a la poesía para expresar, en la mayoría de los casos, la ira vengativa de Dios o el castigo por los pecados de la ciudad. En el caso del poema de Pacheco *no* existe el desorden de la naturaleza, sino más bien un desorden de carácter más ideológico (la ecología y su profanación) que debe pagarse políticamente. La inmediatez de este juicio contiene un par de recursos estilísticos: un *yo* autobiográfico que se muda poco a poco en *yo* declamatorio; un *tono* que tiene que ser moral porque el discurso es didáctico. La sección más importante de *Miro la tierra* adopta una calidad cívica, pero pierde por ello la posibilidad de apelar a la plurisignificación. Dicho de otro modo: en sus más famosos poemas en torno a conceptos como ciudad e historia, Pacheco empleaba una *poética especulativa*. Pero ante una tragedia nacional no cabe más que la *constatación*, y por eso encontramos apoyaturas de tipo patriótico, público, y pocas veces asoma el hada sorpresa (excepto cuando se habla sobre las almejas y las moscas o las fotografías, lo

que demuestra un distanciamiento metafórico-descriptivo frente al suceso). El final del poema es una arenga que seguramente todo lector compartirá, pero por razones más políticas que poéticas.

Lo mejor de *Miro la tierra* está en el medio. Pero es el Pacheco que ya conocemos, con sus sabias inyectivas al poder. De pronto, en "Alabanzas" hay una estrofa (la X) que bien pudo integrar el poema sobre el terremoto, y otra (la VI, "Haikú de la IBM") que parece salida de *Irás y no volverás*. Y, claro, cuando uno empieza a espigar, encuentra. En el poema "Cain" hay otra estrofa que nos remite a la primera sección: *El frío, el calor, el terremoto, el diluvio / o la sequía, la tempestad, la epidemia / muestran hasta qué punto nos aborrece la tierra; / nos ve como insectos / torturadores que la roen por dentro / y la saquean, envenenan, destruyen* (p. 53). Pero el ejemplo es claro de cómo la mejor alternativa para la inmediatez sigue siendo la analogía y la invención. Lo admirable radica en la conciencia de un *yo* que se debate por definir en términos poéticos una circunstancia que afecta a la colectividad. Más importante aún es querer situar una poética diferente: *Con qué facilidad en los poemas de antes hablabamos / del polvo, la ceniza, el desastre y la muerte. / Ahora que están aquí ya no hay palabras / capaces de expresar qué significan / el polvo, la ceniza, el desastre y la muerte.* ("Las ruinas...", II, 10, p. 22). Esta lucidez le confiere a *Miro la tierra* la excepción para una norma que anularía el libro de antemano. Pacheco asume toda responsabilidad, como debe ser. Y es obvio que el lector sigue hasta el final leyendo *casí* un mismo poema. El canto de Pound sobre la usura dialoga conscientemente con unos versos (*Secamos toda el agua de la ciudad, destruimos / por usura, los campos y los árboles*) de la primera parte, y el guante les debería caer a aquellos que en ese largo poema reciben el odio y la condena (todo profeta es un juez) del *yo*.

*Miro la tierra* responde, pues, las dos preguntas iniciales. Difícilísimo es trabajar con la inmediatez desde una poética colectiva. Ya no es conveniente concebir el libro como una reunión de cuadernillos. José Emilio Pacheco tiene en sus manos algunos indicios. No hay tregua con el lenguaje. Para grandes poetas, semejantes riesgos.

JULIETA CAMPOS  
**El Lujo  
del Sol**

Son éstos los testimonios palpables y visibles de la memoria, vivos como otros tantos lenguajes, que destiló el pasado: la suma de manifestaciones que, en torno a la lengua y la palabra, integran la cultura popular de Tabasco.

Fotografía  
Pablo Méndez



JULIETA CAMPOS  
**Bajo el Signo de  
Ix Bolon**

Tabasco es obra del agua: delta de dos ríos que precipitan su caudal desde las alturas de la sierra, son sus tierras aluvión que muda de rostro sin tregua y, con su mudanza, marca la biografía de los hombres.

Fotografía  
Gerardo Suter



GOBIERNO DEL ESTADO DE TABASCO  
FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

# UTOPIAS

En el siguiente número de *UTOPIAS*  
colaborarán, entre otros:

*Horacio Cerutti*

*César González*

*Gianni Vattimo*

*Adolfo Sánchez Vázquez*

*Maurizio Ferraris*

*Rafael Alberti*

*Hugo Hiriart*

*Vicente Leñero*

*Gilberto Meza*

*Carlos Monsiváis*

*Ana María Escalera*

*Leticia Flores*

*Federico Ortiz Quezada*

*Carlos E. Solórzano*

Producción y asesoría editoriales  
 Corrección de estilo y de pruebas  
 Diseño gráfico y diagramación  
 Maquilamos y supervisamos por usted  
 fotocomposición, negativos, impresión y  
 encuadernación



**EQUIPO EDITOR**  
 SOCIEDAD CIVIL



Ámsterdam, 33-B; primer piso  
 Colonia Hipódromo; 06100 México, D.F.  
 Teléfonos 533 39 02 y 211 86 86

ABRE UN ESPACIO BILINGÜE E INEDITO  
 PARA EL INTERCAMBIO CULTURAL,  
 SE SITUA EN EL JUEGO DE LAS MIRADAS  
 QUE SE CRUZAN ENTRE MEXICO Y FRANCIA,  
 EUROPA Y AMERICA LATINA

APARECE TRES VECES AL AÑO



REVISTA CULTURAL DEL IFAL

*Las Iluminaciones*  
 REVISTA DE TIFLOLOGIA

VOLUMEN I  
 NUMERO 2  
 OCT NOV DIC 1988



SOBRE EL MOVIMIENTO DEL 68  
 LA FAMILIA Y LOS INVIDENTES  
 TESTIMONIOS DE UN PERIODISTA CIEGO

*Las Iluminaciones/Revista de Tiflogia*

Ceguera y cultura se derraman entre sus páginas.

Ceguera: educación, rehabilitación, prevención, capacitación y recreación son algunos de sus temas.

Cultura: economía, filosofía, historia, literatura, sociología y otras disciplinas enriquecen el contenido de esta publicación.

Sensibilizar a la opinión pública a través de la información y vincular la ceguera con la cultura son sus principales objetivos.

Ceguera y cultura iluminadas por la luz de la inteligencia.

Información: Calle Iglesia, 18; colonia San Jerónimo Lídice; 10200 México, D.F. Teléfonos 758 50 56, 682 05 05 y 595 34 20.



De antología...  
nuestro siguiente número de

# Zurda

# Zurda

## “Política artística para un México democrático”

Ensayos de Sergio de la Peña, Luis Javier Garrido, Arnoldo Martínez Verdugo, Roger Bartra, José Revueltas, Carlos Monsiváis, Alberto Hilar, Carmen Galindo, Manuel Aguilar Mora, Daniel Cazés, Víctor Magdaleno, José Ramón Enríquez, René Villanueva, Enrique Rojas Bernal, Raúl Macín, Hiquingari Carranza, Andrés Ruiz, Ignacio Betancourt, Miguel Ángel Guzmán, Gerardo de la Fuente Lora, Lilia Rubio, Juan Luna. Foro de la Cultura Mexicana / Entrevista a Néstor García Canclini / Literatura: Felipe Garrido, Aurora Ocampo, Eraclio Zepeda, Roberto López Moreno, Lourdes Sánchez / Arte dramático: Enrique Alonso, Héctor Ortega, Miguel Ángel Pineda, Ana María Escalera / Música: Víctor Roura, José Antonio Alcaraz, Alain Derbez, Guillermo Noriega / Danza: Patricia Camacho, César Delgado, Georgina Román, Javier Contreras / Artes visuales: Jorge Alberto Manrique, Leticia Ocharán, Mario Orozco Rivera, José Fuentes Salinas, Rafael López Rangel, Arnulfo Aquino / Cine y video: Patricia Vega, Ysabel Graciela Juárez, Araceli Zúñiga, Redes / Cine-Video / Reseña de Shifra Goldman, César Espinosa / Ensayos fotográficos de Ileri de la Peña, Marco Antonio Cruz, Max Fund, Enrique Villaseñor, Jorge Izquierdo / Laminarios con obras gráficas de Gabriel Macotela, Mario Orozco Rivera, Leticia Ocharán, Jorge Perezvega, René Villanueva, Arnulfo Aquino, César Espinosa, Rafael Barajas (El Fisgón) / Suplemento “Poesía y gráfica cubanas / 30 años de revolución”

Aparecerá en mayo de 1989

De venta en El Juglar, principales librerías  
y en Jalapa, 213; colonia Roma; teléfono  
574 13 22

Lector especializado  
en literatura, historia  
o arte mexicano:



Tenemos a la venta ejemplares de primeras ediciones  
de los contemporáneos, modernistas, estridentistas y au-  
tores mexicanos de principios de siglo.

Consulte nuestro catálogo. Nuestras oficinas están en Ani-  
ceto Ortega 639, colonia del Valle. Teléfonos 575-5087 y 575-  
6159.

## LA GACETA DEL FONDO DE CULTURA ECONÓMICA



- Desde 1971 un correo imprescindible de la literatura hispanoamericana
- Lo más destacado de la creación literaria nacional e internacional
  - Rutas del pensamiento crítico contemporáneo
- Revisión de clásicos y modernos
- Adelantos y reseñas de los libros del FCE

DE VENTA EN  
LIBRERÍAS DE  
PRESTIGIO Y  
AHORA EN  
PUESTOS DE  
PERIÓDICOS  
\$ 2,000.00



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA



## Publicaciones de la Facultad de Filosofía y Letras Universidad Nacional Autónoma de México

De próxima aparición:

*Son cerca de cien años*, de Eduardo Casar

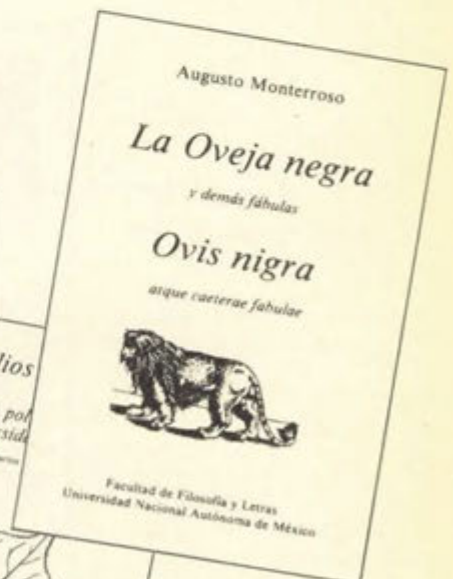
*Idea de vario linaje*, de Eduardo Nicol

*Pedro Henríquez Ureña en México*, de Alfredo Roggiano

*La luna no era de queso*, de José Luis González  
(coedición con Editorial Nueva Imagen)

*La lengua florida / Antología de la literatura safardí*, de Angelina Muñiz  
(coedición con el Fondo de Cultura Económica)

*Actualidad de Husserl*, de varios autores  
(coedición con Alianza Editorial Mexicana)



# La Jornada

*La Jornada* es la mejor opción periodística de México: abundante y variada información en el menor espacio; diversidad de secciones informativas sobre el país, el mundo, la economía, la capital, la cultura, los espectáculos y los deportes; los juicios más certeros y críticos en los artículos de sus colaboradores; actualidad gráfica en fotografías y caricaturas; la imagen moderna en un diseño nuevo y funcional. Cada semana, *La Jornada* entrega a sus lectores dos suplementos culturales: *La Jornada de los Libros*, que aparece los sábados, presenta información y crítica sobre el mundo editorial; *La Jornada Semanal* se edita los domingos con materiales de investigación y análisis sobre la cultura de México y el mundo; en ambas publicaciones hallará usted a los mejores escritores de nuestro país. Los sábados aparece también un suplemento dirigido al público infantil, *La Jornada Niños*, y el primer lunes de cada mes circula *Doble Jornada*, una publicación para las mujeres.

Conviértase en uno de nuestros lectores



518-1764

# La

*Un diario a la medida de su tiempo*

---

---

---

---



## El rector en la Facultad de Filosofía y Letras\*

Distinguidos embajadores y representantes de misiones diplomáticas; señor y señora Mauss; maestros distinguidos de la Facultad; colegas universitarios:

Agradezco muy profundamente la invitación que la comunidad de la Facultad me ha hecho a través del director, maestro Arturo Azuela, para estar hoy en este acto verdaderamente especial que me complace haber vivido con ustedes.

Es un acto que combina lo fundamental de la vida académica de una universidad: el establecimiento de mecanismos de la ampliación y perfeccionamiento de la planta docente, y el énfasis en el aspecto de la investigación como materia central de la generación de conocimiento, particularmente para una facultad como la de Filosofía y Letras, que ha sido y es pilar de la cultura de este país, y, obviamente, de la fortaleza académica de la Universidad.

El reconocimiento también a sus alumnos, no solamente del nivel de licenciatura, sino también, especialmente, del posgrado. Difícilmente se podía haber dado una mejor combinación de actos que celebrasen la parte central y preponderante de la academia en la Universidad. . .

Quiero hacer referencia en especial a la generosísima participación y apoyo de la familia Mauss en la constitución del fondo del fideicomiso que permite tener los reconocimientos que se han entregado hoy. En el mundo académico, particularmente para aquellos que nos dedicamos de tiempo completo

a la vida académica, el reconocimiento a la creatividad y a la originalidad del trabajo individual es esencial desde el punto de vista anímico y psicológico; no tengo la menor duda de que premios como éstos son mucho más de lo que representan en términos económicos. . .

Este tipo de premios es posible gracias a la generosidad de algunos miembros de nuestra sociedad que reconocen en la Universidad la casa de cultura más importante del país y que, en consonancia con esto, hacen un esfuerzo para apoyar y financiar instituciones como ésta; pero también demuestra el grado de integración de personas que, habiendo venido de diversos países, se compenetran y se hacen y tratan de ser mucho más parte de la sociedad que les ha dado casa y les ha dado el ambiente para desarrollarse, y esto representa, en gran medida —yo estoy seguro—, un acto de retribución.

Ojalá que hubiese muchas más familias Mauss. Las hay, en diversas partes afortunadamente surgen hoy; empiezan a multiplicarse con mayor frecuencia. La sociedad comienza a darse cuenta con mayor intensidad de la importancia de su integración a la vida de la casa de la cultura que es la Universidad, y ojalá que haya una vinculación mucho más robusta, mucho más real, de la Universidad con nuestra sociedad.

Quisiera, finalmente, felicitar a los alumnos que han recibido hoy las distinciones como reconocimiento a su esfuerzo y a su dedicación, que en el ambiente de la Facultad de Filosofía y Letras han podido tener desarrollos reconocidos, por la misma Facultad, como notables para ser presentados en esta reunión. Agradezco nuevamente a la comunidad de la Facultad de Filosofía y Letras, y al maestro Azuela, la invitación que me han hecho para compartir con ustedes este acto particularmente estimulante y —diría yo— *corazonador*, si la palabra se pudiera usar. También quiero agradecer a los países cuyas embajadas están representadas aquí el apoyo que prestan a la Facultad y a la Universidad. Muchas gracias.

\* Fragmentos de la intervención del doctor José Sarukhán, el 17 de febrero de 1989, en el Aula Magna de la Facultad de Filosofía y Letras, durante la ceremonia en la que se inauguraron los programas de Literaturas Francófonas y Estudios Eslavos, y se entregaron los premios Mauss a las mejores tesis de Historia en licenciatura, maestría y doctorado, así como los diplomas a los alumnos más destacados del año académico 1988.